



AÑO VII

NÚM. LXXIV

LA

ESPAÑA MODERNA

Director: J. LÁZARO

—
FEBRERO 1895
—

MADRID

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE A. AVRIL

San Bernardo, 92.—Teléf, 3.074

Para la reproducción de los artículos comprendidos en el presente tomo, es indispensable el permiso del Director de LA ESPAÑA MODERNA.

EL JAPÓN Y LAS ISLAS FILIPINAS



LA suprema lógica del instinto sin necesidad de los auxilios de la reflexión, da singular interés á la victoria del Japón sobre China. Los oradores que, desde la cátedra del Ateneo (1) han expuesto los hechos y estudiado el problema, han sido llevados por el curso de sus razonamientos á conclusiones idénticas; coincidencia tanto más elocuente cuanto que sus puntos de vista eran bien diversos; pero es dudoso, si la opinión se ha dado cuenta exacta de la importancia de lo que allí está sucediendo, único medio de galvanizar nuestra administración ultramarina y de atraer la mirada de los gobiernos, solicitada por angustiosas cuestiones de momento, á aquellas, que no siéndolo tanto, entrañan, sin embargo, mayores y más graves consecuencias.

Para ello sería preciso, ante todo, darse cuenta de lo que significa la victoria del Japón; porque para los que creen que se trata de un hecho casual y pasajero, de uno de esos accidentes de la historia de las naciones que se repiten y se asemejan, no hay razón que despierte el interés: en cambio, se

(1) D. Julián Suárez Inclán, coronel de Estado Mayor; D. Ramón Auñón, capitán de navio; D. Rafael Comenge, fiscal del Tribunal de lo Contencioso-administrativo de Filipinas, y D. Eduardo Toda, de la carrera consular.

hace grandísimo para los que se aperciben de que el imperio llamado del Sol naciente ha justificado su título, surgiendo del silencio y de la monotonía de la vida oriental en condiciones y con fuerza tales, que, una vez conocidas, sería insensato suponer habían de tener por únicas consecuencias la humillación de la China.

No lo piensan así los ingleses, cuyo gran periódico, á pesar de sus inclinaciones y simpatías hacia los chinos, escribía al resumir los acontecimientos de 1894.

«Con verdad puede decirse que el sueño secular en que dormía el Oriente se ha interrumpido de manera que ha maravillado al universo; y que en el conflicto con la torpe y pesada masa del Imperio chino, el Japón, que hace apenas treinta años vivía cerrado al comercio y á las ideas de Europa, ha dirigido por mar y tierra una victoriosa campaña, con tal celeridad, precisión científica é invariable éxito, que es difícil hallar en la historia europea (1), algo que con ella pueda compararse.»

Aceptando este aserto y admitiendo como fundado aquel juicio, el patriotismo requiere volver los ojos á los intereses españoles en el Pacífico, y examinar con atención la crítica situación en que va á encontrarse al archipiélago filipino.

I

Los antecedentes de la guerra actual son dato de la mayor importancia para el juicio del porvenir. Al transformar el Japón su antigua civilización injertando en ella la de Europa, no sólo se ha preocupado de su poder militar, como pu-

(1) *The Times*, 31 de Diciembre; Juicio del año 94.

diera á primera vista creerse. Su transformación ha tocado todos los organismos de la vida nacional, pero principalmente aquellos de acción honda y permanente: la instrucción, la enseñanza, la cultura social en todos sus aspectos, las obras públicas, la administración de las fuerzas vivas del país, y como complemento de todo esto y medio de dar satisfacción á necesidades ingénitas, la creación y organización de fuerzas militares de mar y tierra que garantice la supremacía á que ya tiene derecho y la expansión á que aspira.

La población del Japón se ha desarrollado siempre con increíble rapidez. La riqueza del suelo (1), la sobriedad de los habitantes, su aplicación al trabajo, y su habilidad para hacerlo productivo y agradable, su instinto artístico, que convierte en atractivos muchos de los elementos de cultura que para nosotros los europeos son antipáticos, y el vigor de la raza, han dado siempre al Japón tal vitalidad, que los que conocen su historia pretenden que el carácter legal que allí tiene la prostitución, ha nacido de la necesidad de contener su gran fuerza reproductiva. Aun teniéndolo por exacto, todavía resultará que hoy se acomodan difícilmente en aquellas islas 41 millones de habitantes y que para poder mantenerlos necesitan una gran expansión territorial, enviando su población á las islas cercanas en primer término, á los continentes lejanos más adelante.

Por eso ya en 1891, enviaron su escuadra á recorrer los mares del hemisferio Austral para reconocer los territorios que, no estando todavía ocupados por naciones cristianas, pudieran ser objeto de la colonización japonesa. Por eso también ocuparon las islas Sulphur al Norte de las Marianas y esa idea preocupaba á sus ministros, cuando en el año 87, durante la visita que el general Terreros á su vuelta de Filipinas hizo á Yedo, uno de sus ministros trató de averiguar, como la cosa

(1) La sola cosecha de arroz es considerada como superior á la de todos los granos y cereales que produce el Imperio ruso.

más natural y sencilla, las condiciones bajo las cuales podría el gobierno de España cederles las islas Marianas.

Y por eso también se prevé que el desenlace más probable de la actual contienda será la ocupación de la isla Formosa, prolongación natural del Archipiélago japonés, y desde la cual, una vez poblada y cultivada, se encontrarán en el camino de aquellas otras islas esparcidas entre la de Formosa y la de Luzón.

En todas ellas encontrarán una población china, activa, movible y explotadora del comercio, aun cuando no apegada á la tierra, población que ha llegado á tener gran influencia en Filipinas y ese encuentro habrá de dar inevitable ocasión á choques y á competencias que influirán no poco en la política, en la administración y en el porvenir de Filipinas.

II

Para entrar con acierto en el examen de esta cuestión, importa saber cuáles son las relaciones actuales de España con el Japón, y hasta donde esto sea prudente y posible, el juicio y la apreciación que de nuestro poder y fuerza se han formado los que dirigen aquel Imperio. En cuanto á lo primero, conviene consignar que todos los gobernadores generales de Filipinas y sus autoridades más inteligentes se han ocupado siempre del Japón; han visto en sus puertos un mercado riquísimo para Filipinas, en su raza los elementos de una emigración que, al contrario de lo que hace la raza china, se apega al suelo, forma familia y se incorpora al territorio, y en las diversas combinaciones que se podían prever antes de la revelación que de su propia vitalidad ha hecho el Japón, un aliado

importante ó un enemigo poderoso, según las circunstancias del momento.

Abundando en esas ideas, ya en 1888 el ministerio de Estado prevenía al de Ultramar la conveniencia de intimar nuestras relaciones con el Japón, y no faltaron diplomáticos inteligentes que aconsejaran con empeño, aunque sin resultado, se creara una sociedad española para el monopolio del tabaco á la sazón ofrecido por los japoneses y que al fin quedó en manos de una sociedad holandesa. Perdimos esa ocasión, y abandonamos por inercia ventajas considerables para la producción filipina; pero el interés que el Japón inspiraba subsiste en el Archipiélago, hasta el punto de que hace un año el actual gobernador general, marqués de Peñaplata, nombró una comisión que preparase un tratado y estudiase la forma de desarrollar relaciones económicas entre ambos pueblos (1). Pero como nos ocurre con frecuencia, cuando eran necesarios los actos, se estaba todavía en el período de las preparaciones, y mientras se pensaba en negociar, Inglaterra firmaba en Agosto último un tratado que formará época en las relaciones de Europa con el Japón.

En cuanto á la apreciación que los japoneses hacen de España, forzoso es decir, y vale más no ocultarlo, que es benévola pero no entusiasta. Lo cual proviene de algo que no saben explicarse, porque cuando todas las naciones europeas se han disputado con empeño la ocasión y los medios de concurrir á la obra de renovación del Japón y le han ofrecido ingenieros, artistas, mecánicos, profesores, oficiales y cuanto les ha servido para su instrucción técnica, científica é industrial, España no ha mostrado el menor empeño, ni aun formulado el más pequeño deseo de tomar parte en aquel concurso.

Otra reflexión muy curiosa hecha por un personaje japonés á un diplomático español, capaz de apreciarla en toda su ex-

(1) D. Rafael Comenge y D. Ricardo Avilés fueron los funcionarios, con gran acierto, escogidos para esta misión.

tensión, ayuda á explicar la idea que el pueblo japonés tiene de España. En el anhelo con que han perseguido la civilización europea y en el afán con que se la han asimilado, no han podido menos de extrañar que un pueblo de tanto renombre en la historia como el español, pudiera vivir en Europa y no sacar partido, ventaja, ni provecho de esos mismos grandes progresos que con tanto interés se han asimilado ellos. En cambio han podido apreciar el emporio que España posee en Filipinas, quizá conocen nuestra manera de administrarlo; con seguridad saben las fuerzas que en el archipiélago tenemos y aquellas de que podemos disponer en caso extremo, y seguramente no han dejado de estimar en cuanto vale la condición de nuestros soldados y de nuestros marinos, especialmente de éstos, á quienes en cuantas ocasiones han visitado sus puertos, han prodigado atenciones que hacen honor á la perspicacia con que saben juzgar el fondo y las condiciones de la raza española.

De todas maneras, saben seguramente que de todas las naciones europeas con quienes el Japón ha de estar, por su geografía, en íntimo contacto, hay dos, Rusia y España, que le interesan en primer término. Rusia, por su vecindad con Corea y por su interés naval en el norte del Pacífico; España, por sus posesiones de Filipinas y por su posición estratégica y valiosísima en medio de aquellos mares y en la primera etapa de las expansiones del Japón.

Importa, pues, hacernos conocer, y sobre todo hacernos juzgar con exactitud. Los japoneses son una raza fría, observadora é inteligente: la manera de influir en ellos es hacerlos ver, con nuestra previsión, que tenemos conciencia de nuestra posición y de nuestros destinos, con la rapidez y energía en los procedimientos que la voluntad responde á la conciencia de nuestro propio valer.

III

Pocas gentes en Europa, sin excluir los diplomáticos, conocían el verdadero estado del extremo Oriente y la proximidad del conflicto entre China y el Japón, cuando en el mes de Agosto el telégrafo anunció á los gabinetes europeos que los periódicos de Yokohama publicaban el texto de un tratado de comercio concertado entre el Japón é Inglaterra, cuya base era el reconocimiento de la soberanía del imperio y la renuncia por parte de Inglaterra de la jurisdicción consular que á título de infamante inferioridad pesaba sobre el Japón.

Hace honor á la diplomacia inglesa habers e adelantado á los hechos militares que pocos días después empezaron, y después de los cuales el Japón se encuentra ya en el caso de dictar condiciones; pero le da todavía mayor crédito el haber aprovechado las circunstancias para abrir por completo el Imperio á la industria, al comercio y á la investigación de los europeos.

Si el naciente Imperio reclamaba con razón el derecho de juzgar en sus tribunales á todo el mundo como los países civilizados; si sacudía de una vez para siempre la degradante inferioridad de ver en su propio territorio actuar los tribunales extranjeros, y si de esta manera reclamaba y obtenía plaza entre las naciones civilizadas, lógico era que, á su vez, hiciese desaparecer las trabas y abriese por doquiera ancho camino á la industria, á la navegación y hasta á la curiosidad europea, y como consecuencia inevitable sujetase sus tarifas aduaneras á una convención que los ingleses querían durase veinte años, y ellos redujeron á doce, y por la cual adquirieron el de-

recho de elevar las tarifas de introducción sobre los artículos de mayor consumo, obteniendo en cambio los ingleses la rebaja de la mayor parte de los productos industriales.

Esa iniciativa, que tan útil ha de ser para Inglaterra, España hubiera podido tomarla desde el año 88. Su gobierno sabía ya entonces que se acercaba ese momento, y sabía, sobre todo, que le era tanto más fácil negociar un tratado, cuanto que España no tenía en aquellos puertos los intereses ni los temores que el comercio inglés y el norteamericano. No se hizo, y ya es tarde para tomar la iniciativa, pero no lo es todavía, por fortuna, para sacar partido de las nuevas circunstancias.

IV

De las anteriores premisas se deduce una consecuencia tan lógica como inevitable. La situación á que en el mundo llega el Japón, elevándose de pronto al rango de nación de primer orden, implica una transformación radical en las relaciones de Europa con el mundo oriental, y especialmente con las posesiones que España tiene en aquellos mares. Negarse á reconocerlo, esperando acontecimientos que no tardarían en presentarse, sería dormirse sobre los rails fiado en que la vibración producida sobre ellos por la locomotora avisará á tiempo el peligro. Esto no quiere decir, ni está en el pensamiento del que estas líneas escribe, que el cambio y la transformación que en el extremo Oriente se verifica, implique necesariamente la guerra, ni siquiera sugiera temores á hostilidades, que nos aperciban á la defensa inmediata y á la organización de nuestros elementos militares en el archipiélago filipino. Esta cues-

ción es para tratada aparte, porque no se enlaza más íntimamente con lo que vengo diciendo, que con otros aspectos de las relaciones interiores de España. Lo que aquí importa consignar es que lo que está ocurriendo en los mares orientales nos interesa profundamente bajo dos aspectos: primero por la influencia que ha de ejercer en aquellas poblaciones indígenas la gloria y poderío á que de pronto se eleva una parte de su propia raza, la raza malaya. De su humillación y abatimiento ante la raza caucásica, aun en los dos grandes imperios del extremo Oriente, han participado en mayor ó menor grado todos los pueblos de iguales orígenes: de la regeneración, de la fuerza, de la elevación que alcanza hoy uno de sus pueblos, habrán de participar todos los que de él se sienten hermanos ó afines; por lo cual hay que aperebirse desde ahora á la sacudida que á modo de corriente eléctrica va á cruzar los territorios del pacífico, como eco de la victoria del Japón. Seguir gobernando Filipinas con los mismos procedimientos, con la misma falta de criterio ó con la misma lenta, perezosa y descuidada administración que hasta ahora hemos empleado, es absolutamente imposible: ese sistema y ese procedimiento ha perecido al mismo tiempo que el prestigio de la China en la boca del Yalú ó en los muros de Port-Arthur.

La otra razón, y no menos poderosa, es la atracción que para el comercio, la industria y la civilización en todas sus manifestaciones va á ejercer el nuevo foco encendido en el Imperio del *Sol naciente*. Antes sus puertos estaban cerrados, su territorio prohibido, su vida interior reservada: hoy sus puertos se abren, los europeos viajarán por todas partes, sus agentes se establecerán en todos los sitios, y al llegar allí atraídos por la riqueza y solicitados por el llamamiento del país, lo encontrarán preparado á recibirlos por la instrucción, los progresos y las reformas de estos últimos treinta años, realizados por maestros europeos llevados por los príncipes japoneses. En esta concurrencia, llegarán antes los que estén más cerca, y llegarán en mejores condiciones los que tengan pro-

ductos solicitados por aquel mercado; y como el Japón consume, principalmente azúcar y tabaco, Filipinas no debe encontrar rival para sus dos grandes productos. Con ellos sólo la navegación recibiría poderoso impulso y la bandera española llegaría en paz á aquellos puertos donde apenas es conocida y adonde sería saludada con júbilo.

Pero no es esto sólo. Las líneas de navegación peninsulares, con sólo prolongarlas desde el puerto de Manila, llegarán á Corea y Japón, para llevarles con los productos filipinos, uno peninsular, que seguramente encontrará inmediato mercado, el vino, sobrante por todas partes en España, y al cual los japoneses han mostrado grandísima inclinación siempre que han tenido ocasión de gustarlo. Aquel pueblo rico y hoy llamado á los lujos y satisfacciones de la victoria, sólo bebe un mal aguardiente destilado de arroz llamado *saki*: nuestro vino, barato y sano, tendría allí un mercado que, á poco que se desarrollase, habría de bastar para absorber los cinco millones de hectolitros que hemos dejado de enviar á Francia. Y cuenta que como allí no están preparados, ni las construcciones, ni los puertos para las grandes bodegas y depósitos, el vino habrá de ir principalmente en botellas, con lo cual se desarrollará poderosamente la industria y comercio de los envases.

Estas dos observaciones se resumen en una sola palabra: iniciativa de los gobernantes españoles, atención, cariño, preocupación constante de cuanto á Filipinas concierne, y eso, no sólo por lo que ellas son, valen y tienen derecho á pedir de nosotros, sino por el interés de quien está llamado á utilizar una inmensa fuente de riqueza y administrar un imperio que, medio oculto á nuestras distraídas miradas en las sombras del extremo Oriente, aparece de pronto iluminado con claridad vivísima que nos evidencia á un tiempo su importancia, sus peligros y sus extraordinarias riquezas (1).

(1) A las ideas aquí expuestas en resumen, dió forma concreta y

V

Si por combinaciones de la suerte y accidentes de la fortuna, las islas Filipinas fueran un país ignorado como hace cuatro siglos, y los españoles, descubriéndolas hoy, las incorporasen á su patria, ese descubrimiento y esa incorporación se considerarían, y con razón, como una de las mayores fortunas conocidas en la historia, y como uno de los mayores beneficios reservados por Dios á las naciones. ¿Qué valen las posesiones asiáticas, que con tanto esfuerzo procuran asimilarse los franceses, Siam, Annam, Tonkín, qué vale Madagascar, qué representa Burma y aun los grandes territorios africanos que con empeño se disputan las principales naciones de Europa, comparadas con el Archipiélago filipino? Colonización, comercio, fuerza militar, mercados poderosos y seguros, gérmenes de riqueza de facilísimo desarrollo y de cuantiosísimos resultados, influencia decisiva en los mares del hemisferio austral, todo eso se presentaría de un golpe á los espíritus reflexivos, y todas esas grandezas, serían justificadas y fundadas. Pues bien; todo eso lo tenemos y todo eso aparece ahora más fuerte, más rico, más poderoso, más susceptible de nuevo desarrollo y más productivo de bienes, al contemplar con reflexiva atención lo que significa para Filipinas el renacimiento del Japón, y para el mundo civilizado la revelación de ese nuevo poder.

No sería exacto, pero tampoco sería patriótico, decir que práctica el ministerio de Estado en dos reales órdenes dirigidas, la una al ministerio de Ultramar y la otra á la Presidencia del Consejo de Ministros, en Octubre último.

hemos sabido aprovecharnos hasta ahora de ese don de la Providencia, llamado el archipiélago filipino. Los que así lo piensen, en vez de lanzarse á la fácil censura, que se preparan y ayuden á sacar partido de estas circunstancias, y con el aguijón para los unos del peligro futuro, con el estímulo para los otros de positivas é inmediatas ventajas, y con el anhelo para todos de cumplir la misión civilizadora de España en Filipinas, contribuyan á crear una opinión que imprima á los gobiernos la dirección de que hoy carecen y les exija el cumplimiento de tan altísima misión, pensando que esas cuestiones son las que ensanchan y levantan el espíritu público, lo vigorizan y lo apartan de aquellas otras viles, raquílicas y miserables en que se empequeñece hoy el alma española y entre las cuales se aniquilan las fuerzas más nobles y más vivas del país.

S. MORET Y PRENDERGAST.

EN TORNO AL CASTICISMO

La tradición eterna.

Tomo aquí los términos *castizo* y *casticismo* en la mayor amplitud de su sentido corriente.

Castizo, deriva de *casta*, así como *casta* del adjetivo *casto*, puro. Se aplica de ordinario el vocablo *casta* á las razas ó variedades puras de especies animales, sobre todo domésticas, y así es como se dice de un perro que es «de buena casta», lo cual originariamente equivalía á decir que era de raza pura, íntegra, sin mezcla ni mesticismo alguno. De este modo *castizo* viene á ser puro y sin mezcla de elemento extraño. Y si tenemos en cuenta que lo castizo se estima como cualidad excelente y ventajosa, veremos cómo en el vocablo mismo viene enquistado el prejuicio antiguo, fuente de miles de errores y daños, de creer que las razas llamadas puras y tenidas por tales son superiores á las mixtas, cuando es cosa probada, por ensayos en *castas* de animales domésticos y por la historia además, que si bien es dañoso y hasta infecundo á la larga todo cruzamiento de razas muy diferentes, es, sin embargo, fuente de nuevo vigor y de progreso todo cruce de castas donde las diferencias no preponderen demasiado sobre el fondo de común analogía.

Se usa lo más á menudo el calificativo de *castizo* para de-

signar á la lengua y al estilo. Decir en España que un escritor es castizo, es dar á entender que se le cree más español que á otros.

Escribe claro el que concibe ó imagina claro, con vigor quien con vigor piensa, por ser la lengua un vestido trasparente del pensamiento; y hasta cuando uno, preocupado con el deseo de *hacerse estilo*, se lo forma artificioso y pegadizo, delata un espíritu de artificio y pega, pudiendo decirse de él lo que de las autobiografías, que aun mintiendo revelan el alma de su autor. El casticismo del lenguaje y del estilo no son, pues, otra cosa que revelación de un pensamiento castizo. Recuerde á este propósito el lector cuáles son, entre los escritores españoles de este siglo, los que pasan por más castizos y cuáles por menos, y vea si entre aquéllos no predominan los más apegados á doctrinas tradicionales de vieja capa castellana, y entre los otros los que, dejándose penetrar de cultura extraña, apenas piensan en castellano.

Pienso ir aquí agrupando las reflexiones y sugerencias que me han ocurrido pensando en torno á este punto del casticismo, centro sobre que gira torbellino de problemas que suscita el estado mental de nuestra patria. Si las reflexiones que voy á apuntar logran sugerir otras nuevas á alguno de mis lectores, á *uno solo*, y aunque sólo sea despertándole una humilde idea dormida en su mente, *una sola*, mi trabajo tendrá más recompensa que la de haber intensificado mi vida mental, porque á una idea no hay que mirar por de fuera, envuelta en el nombre para abrigarse y guardar la decencia, hay que mirarla por de dentro, viva, caliente, con alma y personalidad. Sé que en el peor caso, aunque estas hojas se sequen y pudran en la memoria del lector, formarán en ella capa de mantillo que abone sus concepciones propias.

Lo más de lo que aquí lea le será familiarísimo. No importa. Hace mucha falta que se repita á diario lo que á diario *de puro sabido se olvida*, y piense el lector en este terrible y fatal fenómeno. Me conviene advertir, ante todo, al lector de espíritu nota-

riesco y silogístico, que aquí no se prueba nada con certificados históricos ni de otra clase, tal como él entenderá la prueba; que esto no es obra de la que él llamaría *ciencia*; que aquí sólo hallará retórica el que ignore que el silogismo es una mera figura de dicción. Me conviene también prevenir á todo lector respecto á las afirmaciones cortantes y secas que aquí leerá y á las *contradicciones* que le parecerá hallar. Suele buscarse la verdad completa en el *justo medio* por el método de remoción, *via remotiois*, por exclusión de los extremos, que con su juego y acción mutua engendran el ritmo de la vida, y así sólo se llega á una sombra de verdad, fría y nebulosa. Es preferible, creo, seguir otro método, el de afirmación alternativa de los contradictorios; es preferible hacer resaltar la fuerza de los extremos en el alma del lector para que el medio tome en ella vida, que es resultante de lucha.

Tenga, pues, paciencia cuando el ritmo de nuestras reflexiones tuerza á un lado, y espere á que en su ondulación tuerza al otro y deje se produzca así en su ánimo la resultante, si es que lo logro.

Bien comprendo que este proceso de vaivén de hipérboles arranca de defecto mío, mejor dicho, de defecto humano; pero ello da ocasión á que el lector colabore conmigo, corrigiendo con su serenidad el mal que pueda encerrar tal procedimiento rítmico de contradicciones.

I

Elévanse á diario en España amargas quejas porque la cultura extraña nos invade y arrastra ó ahoga lo castizo, y va zampando poco á poco, según dicen los quejosos, nuestra personalidad nacional. El río, jamás extinto, de la invasión *europaea*

en nuestra patria, aumenta de día en día su caudal y su curso, y al presente está de crecida, fuera de madre, con dolor de los molineros á quienes ha sobrepasado las presas y tal vez mojado la harina. Desde hace algún tiempo se ha precipitado la europeización de España; las traducciones pululan que es un gusto; se lee entre cierta gente lo extranjero más que lo nacional y los críticos de más autoridad y público nos vienen presentando literatos ó pensadores extranjeros. Algunos hay que han hecho en este sentido por la cultura nacional más que en otro cualquiera, abriéndonos el apetito de manjares de fuera, sirviéndonoslos más ó menos aderezados á la española. Y hasta Menéndez y Pelayo, «español incorregible que nunca ha acertado á pensar más que en castellano» (así lo cree por lo menos, cuando lo dice), que á los veintiún años, «sin conocer del mundo y de los hombres más que lo que dicen los libros», regocijó á los molineros y surgió á la vida literaria, defendiendo con brío en «La Ciencia Española» la causa del casticismo, dedica lo mejor de su «Historia de las ideas estéticas en España», su parte más sentida, á presentarnos la cultura europea contemporánea, razonándola con una exposición aperitiva. Cada vez se cultivan más las lenguas vivas, hay muchos ya que casi piensan en ellas, y aun cuando prescindamos de los efectos que han dado ocasión á que corra por ahí y se utilice un «Diccionario de galicismos», nos hallamos á menudo con escritores que escriben francés traducido á un castellano de regular corrección *gramatical*.

«¡Mi yo, que me arrancan mi yo!», gritaba Michelet, y una cosa análoga gritan los que, con el agua al cuello, se lamentan de la crecida del río. De cuando en cuando, agarrándose á una mata de la orilla, lanza algún rehacio conminaciones en esa lengua de largos y ampulosos ritmos oratorios que parece se hizo de encargo para celebrar las venerandas tradiciones de nuestros mayores, la alianza del altar y el trono y las glorias de Numancia, de las Navas, de Granada, de Lepanto, de Otumba y de Bailén.

Más bajo, mucho más bajo y no en tono oratorio, no deja de oírse á las veces el murmullo de los despreciadores sistemáticos de lo castizo y propio. No faltan entre nosotros quienes, en el seno de la confianza, revelan hiperbólicamente sus deseos manifestando un voto análogo al que dicen expresó Renán cuando iban los alemanes sobre París, exclamando: ¡que nos conquisten! Estaría sin duda pensando entonces el historiador del pueblo de Israel en aquella doctrina con tanto amor puesta por él de realce, en aquella doctrina de anarquismo y de sumisión de que fué profeta Jeremías en los días del rey Josías, al pedir que los israelitas se sometieran al yugo de los caldeos para que, purificados en la esclavitud y el destierro de sus disensiones y vicios internos, pudieran llegar á ser el pueblo de la justicia del Señor.

Mas no hace falta *conquista*, ni la conquista purifica, porque á su pesar y no por ella, se civilizan los pueblos. No hizo falta que los alemanes conquistaran á Francia; sirvió la paliza del 70 de ducha que hiciera brotar y secarse las corrupciones del segundo imperio. Para nosotros tuvo un efecto análogo la francesada. El Dos de Mayo es en todos sentidos la fecha simbólica de nuestra regeneración, y son hechos que merecen meditación detenida, hechos palpitantes de contenido, el de que Martínez Marina, el teorizante de las Cortes de Cádiz, creyera resucitar nuestra antigua teoría de las Cortes mientras insuflaba en ella los principios de la revolución francesa, proyectando en el pasado el ideal del porvenir de entonces, el que un Quintana cantara en clasicismo francés la guerra de la Independencia y á nombre de la libertad patria la libertad del 89, y otros hechos de la misma casta que estos. La invasión fué dolorosa, pero para que germinen en un suelo las simientes no basta echarlas en él, porque las más se pudren ó se las comen los gorriones; es preciso que antes la reja del arado desgarré las entrañas de la tierra, y al desgarrarla suele tronchar flores silvestres que al morir regalan su fragancia. Si el arador es un Burns se enternece y dedica un tierno re-

cuerdo poético, una lágrima cristalizada, á la pobre margarita segada por la reja, pero sigue arando, y así sus prójimos sacan de su trabajo pan para el cuerpo y reposo para el alma, mientras la margarita, podrida en el surco, sirve de abono.

Lo mismo los que piden que cerremos ó poco menos las fronteras y pongamos puertas al campo que los que piden más ó menos explícitamente que nos conquisten, se salen de la verdadera realidad de las cosas, de la eterna y honda realidad, arrastrados por el espíritu de anarquismo que llevamos todos en la medula del alma, que es el pecado original de la sociedad humana, pecado no borrado por el largo bautismo de sangre de tantas guerras. Piden un nuevo Napoleón, un gran anarquista, los que tiemblan de las bombas del anarquismo y mantienen la paz armada, fuente de él.

Es una idea arraigadísima y satánica, sí, satánica, la de creer que la subordinación ahoga la individualidad, que hay que resistirse á aquélla ó perder ésta. Tenemos tan deformado el cerebro, que no concebimos más que ser ó amo ó esclavo, ó vencedor ó vencido, empeñándonos en creer que la emancipación de éste es la ruina de aquél. Ha llegado la ceguera al punto de que se suele llamar individualismo á un conjunto de doctrinas conducentes á la ruina de la individualidad, al manchesterismo tomado en bruto. Por fortuna, la esencia de éste cuando nació potente fué el soplo de la libertad y la desaparición de las trabas artificiales, de las cadenas tradicionales; aquel «dejad hacer y dejad pasar» que predicaron los economistas *ortodoxos* traerá la *ley natural* que ellos buscaban, la verdadera y honda ley natural social, la que ha producido la sociedad misma, su ley de vida, la ley de solidaridad y subordinación. Más que ley natural es ésta sobrenatural, porque eleva la naturaleza al ideal naturalizándola más y más. Pero así como los que hoy se creen legítimos herederos del manchesterismo porque guardan su cadáver, se alían á los herederos de los que le combatieron, y se alían á éstos para aho-

gar el alma de la libertad que el manchesterismo desencadenó, así conspiran á un fin los que piden muralla y los que piden conquista. Querer enquistar á la patria y que se haga una cultura lo más exclusiva posible, calafateándose y embreándose á los aires colados de fuera, parte del error de creer más perfecto al indio que en su selva caza su comida, la prepara, fabrica sus armas, construye su cabaña, que al relojero parisiense que puesto en la selva moriría acaso de hambre y de frío. Hay muchos que llaman preferir la felicidad á la *civilización* el buscar el sueño; hay muchos en cuyo corazón resuena grata la voz de la tentación satánica que dice: «ó todo ó nada.»

Es cierto que los que van de cara al sol están expuestos á que los ciegue éste, pero los que caminan de espaldas por no perder de vista su sombra de miedo de perderse en el camino ¡creen que la sombra guía al cuerpo! están expuestos á tropezar y caer de bruces. Después de todo, aun así caminan hacia adelante, porque el sol del porvenir les dibuja la sombra del pasado.

II

Piden algunos ciencia y arte españoles, y este es el día en que, después de oírles despacio, no sabemos bien qué es ello... ¡se llama ciencia á tantas cosas y á tantas se llama arte! Dicen los periódicos que *la ciencia dice* esto ó lo otro cuando habla un hombre ¡como si la ciencia fuera un espíritu santo! y aunque nadie si se para á pensar cree en tan grosera blasfemia, las gentes no se paran de ordinario á pensar y arraigan en la impunidad los disparates. Los más atroces, aquellos de que se apartan todos si los ven desnudos, sirven de base á ra-

zonamientos de todos, dan vida á argumentos y pseudo-razones que engendran á su vez violencias y actos de salvajismo.

A todos nos enseñan lo que es la ciencia, y lo olvidamos al tiempo mismo que lo estamos aprendiendo, en un solo acto. Olvidamos que la ciencia es algo vivo, en vías de formación siempre, con su fondo formado y eterno y su proceso de cambio.

De puro sabido se olvida que la representación del mundo no es idéntica en dos hombres, porque no son idénticos ni sus ambientes ni las formas de su espíritu, hijas de un proceso de ambientes. Pero si todas las representaciones son diferentes, todas son traducciones de un solo original, todas se reducen á unidad, que si no los hombres no se entenderían, y esa unidad fundamental de las distintas representaciones humanas es lo que hace posible el lenguaje y con éste la ciencia.

Como cada hombre, cada pueblo tiene su representación propia y en la ciencia se distingue por su preferencia á tal rama ó á tal método, pero no puede en rigor decirse que haya ciencia nacional alguna. Todo lo que se repita y vuelva á repetir el trivialísimo lugar común de que la ciencia no tiene nacionalidad, todo será poco, porque siempre se lo olvidará de puro sabido y siempre *se hará ciencia* para cohonestar actos de salvajismo é injusticia. ¡Cuánto no ha influido la suerte de la Alsacia y la Lorena en el cultivo de la sociología en Francia y Alemania! La obra de Malthus, ¿no tuvo como razón de ser el propinar un bálsamo á la conciencia turbada de los ricos? El proceso económico ó el político explican el proceso de sus ciencias respectivas. ¡Cuán lejos estamos de la verdadera religiosidad, de la *pietas* que anhelaba Lucrecio, de poder contemplarlo todo con alma serena, *paccata posse omnia mente tueri!*

Si hablamos de geometría alemana ó de química inglesa, decimos algo, ¡y no es poco decir algo! pero decimos más si hablamos de filosofía germánica ó escocesa. Y decimos algo,

porque la ciencia no se da nunca pura, porque la geometría y más que ella la química y muchísimo más la filosofía, llevan algo en sí de pre-científico, de sub-científico, de sobre-científico, como se quiera, de intra-científico en realidad y este algo va teñido de *materia* nacional. Esto en la filosofía es enorme, es el alma de esa conjunción de la ciencia con el arte, y por ello tiene tanta vida, por estar preñada de intra-filosofía. Y es que como el sonido sobre el silencio, la ciencia se asienta y vive sobre la ignorancia viva. Sobre la ignorancia viva, porque el principio de la sabiduría es saber ignorar; sobre la viva y no sobre la muerta como quieren asentarla los que piden ciencia de proteccionismo. Y aquí tolere el lector que dejando por el pronto suspendido este oscuro cabo suelto prosiga al hilo de mis reflexiones.

La representación brota del ambiente, pero el ambiente mismo es quien le impide purificarse y elevarse. Aquí se cumple el misterio de siempre, el verdadero misterio del pecado original, la condenación de la idea al tiempo y al espacio, al cuerpo. Así vemos que el nombre, cuerpo del concepto, al que le da vida y carne, acaba por ahogarle muchas veces si no sabe redimirse. Del mismo modo la ciencia, que arrancando del conocimiento vulgar, ligado al ambiente exclusivo y *nacional*, empieza sirviéndose de la lengua vulgar, moriría si poco á poco no fuera redimiéndose, creando su tecnicismo según crece, haciéndose su lengua universal conforme se eleva de la concepción vulgar. A no ser por el latín, no hubiera habido filosofía escolástica en la Edad Media; al latín universal y muerto debió su cuerpo y su pecado original también.

Un conocimiento va entrando á ser científico conforme se hace más preciso y organizado, conforme va pasando de la precisión cualitativa á la cuantitativa. En un tiempo la verdadera ciencia científica era la matemática; la física ha entrado en el periodo realmente científico cuando subordinándose á la mecánica racional, se ha hecho matemática y se ha pasado de la alquimia á la química al reducir la previsión cualitativa

de cambios químicos á previsión cuantitativa según peso, número y medida. Este proceso lo han descrito á las mil maravillas Whewell y Spencer. Refresque el lector sus enseñanzas, medite un rato acerca de ellas y sigamos.

A medida que la ciencia, pasando de la previsión meramente cualitativa á la cuantitativa, va purificándose de la concepción vulgar, se despoja poco á poco del lenguaje vulgar, que sólo expresa cualidades, para revestirse del *nacional*, científico, que tiende á expresar lo cuantitativo. Los castizos nombres *agua fuerte*, *sosa*, *piedra infernal*, *salitre*, *aceite de vitriolo*, evocan en quien conoce esos cuerpos la imagen de un conjunto de cualidades, cuyo conocimiento es utilísimo en la vida, pero los nombres *ácido nítrico*, *carbonato sódico*, *nitrate de plata*, *nitrate potásico*, *ácido sulfúrico*, despiertan una idea más precisa de esos cuerpos, marcan su composición, y no ya estos nombres, las fórmulas que apenas se agarran al lenguaje vulgar por un hilillo, HNO_3 , NaCO_3 , AgNO_3 , KNO_3 , H_2SO_4 , suscitan un concepto *cuantitativo* de esos cuerpos. El que conoce el *vinagre* como $\text{C}_2\text{H}_4\text{O}_2$ y el *espíritu de vino* como $\text{C}_2\text{H}_5\text{OH}$, sabe de estos, *científicamente*, más que el que sólo los conoce por el nombre vulgar y castizo. ¡Cuán preferible es la fórmula $\text{C}_6\text{H}_4(\text{OH})_2$ á este terminacho, híbrido de lengua vulgar y científica, *metahidroxibencina!* Ya en la distinción lingüística entre *ácido sulfuroso* y *ácido sulfúrico* iba un principio de distinción científica, pero, ¡cuanto mayor es ésta en la diferencia de fórmulas H_2SO_3 y H_2SO_4 ! Como el cardo corredor, así los conceptos científicos, cuando rompen el lazo que les ataba á las raíces enterradas en el suelo en que nacieron, es cuando pueden, libres, ir á esparcir su simiente por el mundo. ¡Si todas las ciencias pudieran hacerse un álgebra universal, si pudiéramos prescindir en la economía política de esas condenadas palabras de *valor*, *riqueza*, *renta*, *capital*, etc., tan preñadas de vida, pero tan corrompidas por pecado original! Un álgebra les serviría de bautismo á la vez que extraeríamos ciencia de su fondo histórico, metafórico.

Aquí tenemos la ventaja del empleo de la lengua griega en el tecnicismo científico, que *estén en griego* los vocablos y que perdiendo el peso de la tradición permitan el vuelo de la idea.

¿Que esto es abogar por la fórmula y contra la idea? ¡Como si las fórmulas no tuvieran vida! ¡Como si una nube que descansa en un risco no tuviera más vida que el risco mismo! ¡Nebulosidades!... de ellas baja la lluvia fecundante, ellas llevan á que se sedimente en el valle el detritus de la roca. Cuando no se cree más que en la vida de la carne, se camina á la muerte.

¡Qué hermoso fué aquel gigantesco esfuerzo de Hegel, el último titán, para escalar el cielo! ¡Qué hermoso fué aquel trabajo hercúleo por encerrar el mundo todo en fórmulas vivas, por escribir el álgebra del universo! ¡Qué hermoso y qué fecundo! De las ruinas de aquella torre, aspiración á la ciencia absoluta, se han sacado cimientos para la ciencia positiva y sólida; de las migajas de la mesa hegeliana viven los que más la denigran. Comprendió que el mundo de la ciencia son formas enchufadas unas en otras, formas de formas y formas de estas formas en proceso inacabable, y quiso levantarnos al cenit del cielo de nuestra razón, y desde la forma suprema hacernos descender á la realidad, que iría purificándose y abriéndose á nuestros ojos, razionalizándose. Este sueño del Quijote de la filosofía ha dado alma á muchas almas, aunque le pasó lo que al barón de Münchhausen, que quería sacarse del pozo tirándose de las orejas. Tenía que hablar una lengua, lengua nacional, y el lenguaje humano es pobre para tal empresa, que era la empresa nada menos que de hacernos dioses. Fué—dicen algunos—la revelación del satanismo (1) y luego ha venido el convertirse Nabucodonosor, que quiso ser dios, en bestia

(1) Por serlo, admiran á Hegel los que adoran á Satanás *al revés*, los que en realidad creen en una especie de divinidad de que son dos formas Dios y el Demonio, los absolutistas que creen lo más lógico dentro del liberalismo, el anarquismo.

y andar hozando el suelo para extraer raíces de que alimentarse. Esta es una atroz blasfemia en que nos detendremos más adelante.

¡Formas enchufadas unas en otras, formas de formas y formas de estas formas en proceso inacabable es el mundo de la ciencia, en que se busca lo cuantitativo de que brotan las cualidades! Pero si dentro de las formas se halla la cantidad, dentro de ésta hay una cualidad, lo intra-cuantitativo, el *quid divinum*. Todo tiene entrañas, todo tiene un dentro, incluso la ciencia. Las formas que vemos fuera tienen un dentro como le tenemos nosotros y así como no sólo nos conocemos, sino que *nos somos*, ellas *son*. ¿De qué nos serviría definir el amor, si no lo sintiéramos? ¡Cómo se olvida que las cosas *son*, que tienen entrañas! Cuando oigo la queja de mi prójimo, que para el ojo es una forma enchufadora de otras, siento dolor en mis entrañas y á través del amor, la revelación del *ser*. A través del amor llegamos á las cosas con nuestro *ser* propio, no con la mente tan sólo, las hacemos *prójimos*, y de aquí brota el arte, arte que vive en todo, hasta en la ciencia, porque en el conocimiento mismo brota del *ser* de que es forma la mente, porque no hay luz, por fría que parezca, que no lleve chispa de calor.

Por natural instinto y por común sentido comprende todo el mundo que al decir *arte castizo*, *arte nacional*, se dice más que al decir *ciencia castiza*, *ciencia nacional*, que si cabe preguntar qué se entiende por *química inglesa* ó por *geometría alemana*, es mucho más inteligible y claro el hablar de *música italiana*, de *pintura española*, de *literatura francesa*. El arte parece ir más asido al *ser* y éste más ligado que la mente á la nacionalidad, y digo parece porque es apariencia.

El arte no puede desligarse de la lengua tanto como la ciencia ¡ojalá pudiera! Hasta la música y la pintura, que parecen ser más universales, más desligadas de todo localismo y temporalismo, lo están y no poco; su lengua no es universal, sino en cierta medida, en una medida no mayor que la de la

gran literatura. El arte más algébrico, la música, es alemana ó francesa ó italiana.

En la literatura, aquí es donde la gritería es mayor, aquí es donde los proteccionistas pelean por lo castizo, aquí donde más se quiere poner vallas al campo. Dicen que nos invade la literatura francesa, que languidece y muere el teatro nacional, etc., etc. Se alzan lamentos sobre la descastación de nuestra lengua, sobre la invasión del *barbarismo*. Y he aquí otra palabra pecadora, corrompida. Al punto de oirla, asociamos el barbarismo al sentido corriente y vulgar de *bárbaro*; sin querer, inconscientemente, suponemos que hay algo de barbarie en el barbarismo, que la invasión de éstos lleva nuestra lengua á la barbarie, sin recordar—que también esto se olvida de puro sabido—que la invasión de los *bárbaros* fué el principio de la regeneración de la cultura europea ahogada bajo la senilidad del imperio decadente. Del mismo modo, á una invasión de atroces barbarismos debe nuestra lengua gran parte de sus progresos, v. gr., á la invasión del barbarismo krausista, que nos trajo aquel movimiento tan civilizador en España. El barbarismo será tal vez lo que preserve á nuestra lengua del *salvajismo*, del salvajismo á que caería en manos de los que nos quieren en la selva donde el salvaje se basta. El barbarismo produce al pronto una fiebre, como la vacuna, pero evita la viruela. Por otra parte, son barbarismos los galicismos y los germanismos actuales, y, ¿no lo eran acaso los hebraismos de Fr. Luis de León, los italianismos de Cervantes ó el sinnúmero de latinismos de nuestros clásicos? El mal no está en la invasión del barbarismo, sino en lo poco asimilativo de nuestra lengua, defecto que envanece á muchos.

El arte por fuerza ha de ser más castizo que la ciencia, pero hay un arte eterno y universal, un arte *clásico*, un arte sobrio en color local y temporal, un arte que sobrevivirá al olvido de los costumbristas todos. Es un arte que toma el *ahorá* y el *aquí* como puntos de apoyo, cual Anteo la tierra para recobrar á su contacto fuerzas; es un arte que intensifica lo ge-

neral con la sobriedad y vida de lo individual, que hace que el verbo se haga carne y habite entre nosotros. Cuando se haga polvo el museo de retratos que acumulan nuestros *fotógrafos*, retratos que sólo á los parientes interesan, que en cuanto muere el padre arranca de la pared el hijo el del abuelo para echarlo al Rastro, cuando se hagan polvo, vivirán los tipos eternos. A ese arte eterno pertenece nuestro Cervantes, que en el sublime final de su *Don Quijote* señala á nuestra España, á la de hoy, el camino de su regeneración en Alonso Quijano el Bueno; á ese pertenece porque de puro español llegó á una como renuncia de su españolismo, llegó al espíritu universal, al *hombre* que duerme dentro de todos nosotros. Y es que el hondo fruto de toda sumersión hecha con pureza de espíritu en la tradición, de todo examen de conciencia, es, cuando la gracia humana nos toca, arrancarnos á nosotros mismos, despojarnos de la carne individuante, lanzarnos de la patria chica á la humanidad.

Dejemos esto, que á ello volveremos más despacio. Volveremos á mirar el *costumbrismo*, el *localismo* y *temporalismo*, la invasión de las minucias fotográficas y nuestra salvación en el arte eterno. Reproduciré y comentaré aquel divino último capítulo de *Don Quijote*, que debe ser nuestro evangelio de regeneración nacional. No le retenga al lector de seguirme la aparente incoherencia que aquí reina, espero que al fin de la jornada vea claro el hilo, y además ¡es tan difícil y tan *muerto* alinear en fila lógica lo que se mueve en círculo!

III

Si no tuviera significación viva lo de ciencia y arte españoles, no calentarían esas ideas á ningún espíritu, no hubieran muerto hombres, hombres vivos, peleando por lo castizo.

Peró mientras no nos formemos un concepto *vivo*, fecundo, de la tradición, será de desviación todo paso que demos hacia adelante del casticismo.

Tradición, de *tradere*, equivale á «entrega», es lo que pasa de uno á otro, *trans*, un concepto hermano de los de *transmisión*, *traslado*, *traspaso*. Pero lo que pasa queda, porque hay algo que sirve de sustento al perpetuo flujo de las cosas. Un momento es el producto de una serie, serie que lleva en sí, pero no es el mundo un caleidoscopio. Para los que sienten la agitación, nada es nuevo bajo el sol, y éste es estúpido en la monotonía de los días; para los que viven en la quietud, cada nueva mañana trae una frescura nueva.

Es fácil que el lector tenga olvidado de puro sabido que mientras pasan sistemas, escuelas y teorías va formándose el sedimento de las verdades eternas de la eterna ciencia; que los ríos que van á perderse en el mar arrastran detritus de las montañas y forman con él terrenos de aluvión; que á las veces una crecida barre la capa externa y la corriente se enturbia, pero que, sedimentado el limo, se enriquece el campo. Sobre el suelo compacto y firme de la ciencia y el arte eternos corre el río del progreso que le fecunda y acrecienta.

Hay una tradición eterna, legado de los siglos, la de la ciencia y el arte universales y eternos; he aquí una verdad que hemos dejado morir en nosotros repitiéndola como el Padre nuestro.

Hay una tradición eterna, como hay una tradición del pasado y una tradición del presente. Y aquí nos sale al paso otra frase de lugar común, que siendo viva se repite también como cosa muerta, y es la frase de «el presente momento histórico». ¿Ha pensado en ello el lector? Porque al hablar de un momento presente *histórico* se dice que hay otro que no lo es, y así es en verdad. Pero si hay un presente *histórico*, es por haber una tradición del presente, porque la tradición es la sustancia de la historia. Esta es la manera de concebirla en vivo, como la sustancia de la historia, como su sedimento,

como la revelación de lo intra-histórico, de lo inconsciente en la historia. Merece esto que nos detengamos en ello.

Las olas de la historia, con su rumor y su espuma que reverbera al sol, ruedan sobre un mar continuo, hondo, inmensamente más hondo que la capa que ondula, sobre un mar silencioso y á cuyo último fondo nunca llega el sol. Todo lo que cuentan á diario los periódicos, la historia toda del «presente momento histórico», no es sino la superficie del mar, una superficie que se hiela y cristaliza en los libros y registros, y una vez cristalizada así, una capa dura, no mayor con respecto á la vida intra-histórica que esta pobre corteza en que vivimos con relación al inmenso foco ardiente que lleva dentro. Los periódicos nada dicen de la vida silenciosa de los millones de hombres sin historia que á todas horas del día y en todos los países del globo se levantan á una orden del sol y van á sus campos á proseguir la oscura y silenciosa labor cotidiana y eterna, esa labor que como la de las madreporas suboceánicas, echa las bases sobre que se alzan los islotes de la historia. Sobre el silencio augusto, decía, se apoya y vive el sonido; sobre la inmensa humanidad silenciosa se levantan los que meten bulla en la historia. Esa vida intra-histórica, silenciosa y continua como el fondo vivo del mar, es la sustancia del progreso, la verdadera tradición, la tradición eterna, no la tradición mentira que se suele ir á buscar al pasado enterrado en libros y papeles y monumentos y piedras.

Los que viven en el mundo, en la historia, atados al «presente momento histórico», peloteados por las olas en la superficie del mar donde se agitan náufragos, éstos no creen más que en las tempestades y los cataclismos seguidos de calmas, éstos creen que puede interrumpirse y reanudarse la vida. Se ha hablado mucho de una reanudación de la *historia* de España, y lo que la reanudó en parte fué que la historia brota de la no historia, que las olas son olas del mar quieto y eterno. No fué la restauración de 1875 lo que reanudó la historia de España, fueron los millones de hombres que siguieron ha-

ciendo lo mismo que antes, aquellos millones para los cuales fué el mismo el sol después que antes del 29 de Setiembre de 1868, las mismas sus labores, los mismos los cantares con que siguieron el surco de la arada. Y no reanudaron en realidad nada, porque nada se había roto. Una ola no es otra agua que otra, es la misma ondulación que corre por el mismo mar. ¡Grande enseñanza la del 68! Los que viven en la historia se hacen sordos al silencio. Vamos á ver, ¿cuántos gritaron el 68? ¿A cuántos les renovó la vida aquel «destruir en medio del estruendo lo existente», como decía Prim? Lo repitió más de una vez: «*¡Destruir en medio del estruendo los obstáculos!*» Aquel bullanguero llevaba en el alma el amor al ruido de la historia; pero si se oyó el ruido es porque callaba la inmensa mayoría de los españoles, se oyó el *estruendo* de aquella tempestad de verano sobre el silencio augusto del mar eterno.

En este mundo de los silenciosos, en este fondo del mar, debajo de la historia, es donde vive la verdadera tradición, la eterna, en el presente, no en el pasado muerto para siempre y enterrado en cosas muertas. En el fondo del presente hay que buscar la tradición eterna, en las entrañas del mar, no en los témpanos del pasado, que al querer darles vida se derriten, revertiendo sus aguas al mar. Así como la tradición es la sustancia de la historia, la eternidad lo es del tiempo, la historia es la forma de la tradición como el tiempo la de la eternidad. Y buscar la tradición en el pasado muerto es buscar la eternidad en el pasado, en la muerte, buscar la eternidad de la muerte.

La tradición vive en el fondo del presente, es su sustancia, la tradición hace posible la ciencia, mejor dicho, la ciencia misma es tradición. Esas últimas leyes á que la ciencia llega, la de la persistencia de la fuerza, la de la uniformidad de la naturaleza, no son más que fórmulas de la eternidad viva, que no está fuera del tiempo, sino dentro de él. Spinoza, penetrado hasta el tuétano de su alma de lo eterno, expresó de una manera eterna la esencia del ser, que es la persistencia

en el ser mismo. Después lo han repetido de mil maneras: «persistencia de la fuerza», «voluntad de vivir», etc.

La tradición eterna es lo que deben buscar los videntes de todo pueblo, para elevarse á la luz, haciendo conciente en ellos lo que en el pueblo es inconciente, para guiarle así mejor. La tradición eterna española, que al ser eterna es más bien humana que española, es la que hemos de buscar los españoles en el presente vivo y no en el pasado muerto. Hay que buscar lo eterno en el aluvión de lo insignificante, de lo *inorgánico*, de lo que gira en torno de lo eterno como cometa errático, sin entrar en ordenada constelación con él, y hay que penetrarse de que el limo del río turbio del presente se sedimentará sobre el suelo eterno y permanente.

La tradición eterna es el fondo del ser del hombre mismo. El hombre, esto es, lo que hemos de buscar en nuestra alma. Y hay, sin embargo, un verdadero furor por buscar en sí lo menos humano; llega la ceguera á tal punto, que llamamos original á lo menos original. Porque lo original no es la mueca, ni el gesto, ni la *distinción*, ni lo *original*; lo verdaderamente original, es lo originario, la humanidad en nosotros. ¡Gran locura la de querer despojarnos del fondo común á todos, de la masa idéntica sobre que se moldean las formas diferenciales, de lo que nos asemeja y une, de lo que hace que seamos *prójimos*, de la madre del amor, de la humanidad en fin, del hombre, del verdadero hombre, del legado de la especie! ¡Qué empeño por entronizar lo pseudo-original, lo distintivo, la mueca, la caricatura, lo que nos viene de fuera! Damos más valor á la acuñación que al oro, y, ¡es claro!, menudea el falso. Preferimos el arte á la vida, cuando la vida más oscura y humilde vale infinitamente más que la más grande obra de arte.

Este mismo furor que, por buscar lo diferencial y distintivo, domina á los individuos, domina también á las *clases históricas* de los pueblos. Y así como es la vanidad individual tan estúpida que, con tal de originalizarse y distinguirse por algo,

cifran muchos su orgullo en ser más brutos que los demás, del mismo modo hay pueblos que se vanaglorian de sus defectos. Los caracteres nacionales de que se envanece cada nación europea, son muy de ordinario sus defectos. Los españoles caemos también en este pecado.

IV

Hay un ejército que desdeña la tradición eterna, que descansa en el presente de la humanidad, y se va en busca de lo *castizo é histórico* de la tradición al pasado de nuestra casta, mejor dicho, de la casta que nos precedió en este suelo. Los más de los que se llaman á sí mismos tradicionalistas, ó sin llamarse así se creen tales, no ven la tradición eterna, sino su sombra vana en el pasado. Son gentes que por huir del ruido presente que les aturde, incapaces de sumergirse en el silencio de que es ese ruido, se recrean en ecos y retintines de sonidos muertos. Desprecian las constituciones forjadas más ó menos filosóficamente á la moderna francesa, y se agarran á las forjadas históricamente á la antigua española; se burlan de los que quieren hacer cuerpos vivos de las nubes, y quieren hacerlos de osamentas; execrando del jacobinismo, son jacobinos. Entre ellos, más que en otra parte, se hallan los dedicados á ciertos estudios llamados históricos, de erudición y compulsas, de donde sacan legitimismos y derechos históricos y esfuerzos por escapar á la ley viva de la prescripción y del hecho consumado, y sueños de restauraciones.

¡Lástima de ejército! En él hay quienes buscan y compulsan datos en archivos, recolectando papeles, resucitando cosas muertas en buena hora, haciendo bibliografías y ca-

tálogos, y hasta catálogos de catálogos, y describiendo la cubierta y los tipos de un libro, desenterrando incunables y perdiendo un tiempo inmenso con pérdida irreparable. Su labor es útil, pero no para ellos ni por ellos, sino á su pesar; su labor es útil para los que la aprovechan con otro espíritu.

Tenía honda razón al decir el Sr. Azcárate que nuestra cultura del siglo XVI debió de *interrumpirse* cuando la hemos olvidado; tenía razón contra todos los desenterradores de osamentas. En lo que la hemos olvidado se interrumpió como *historia*, que es como quieren resucitarla los desenterradores, pero lo olvidado no muere, sino que baja al mar silencioso del alma, á lo eterno de ésta.

Cuando nos invade una ciencia más ó menos moderna, sea la filología, por ejemplo, al ver citar á alemanes, franceses, ingleses ó italianos, alza la voz un desenterrador y pronuncia el nombre de Hervás y Panduro, que aun así sigue olvidado, porque lo que en él había de eterno se nos viene con la ciencia, y lo demás no vale el tiempo que se pierde en leerlo. El que perdí leyéndolo no lo recobraré en mi vida.

Toda esa falange que se dedica á la labor utilísima de recoger y encasillar insectos muertos, clavándoles un alfiler por el coselete para ordenarlos en una caja de entomología, con su rotulito encima, y darnos luego eso por lo que no es, toda esa falange salta de gozo cuando se les figura que un hombre de genio, que sabe sacar á las osamentas la vida que tienen, ahoga bajo esa balumba de dermatoesqueletos rellenos de paja algo de la tradición eterna. ¡Con qué gozo infantil han recibido la obra de Taine, que creen en su ceguera ha de contribuir á ahogar el ideal de la Revolución francesa! No ven que si esa obra ha hallado eco vivo es por ser una revelación de la tradición eterna purificada, no ven que de ella sale más radiante el 93. ¿Hay cosa más pobre que andar buscando con chinesco espíritu senil las *causas históricas* del protestantismo, un enjambre de pequeñeces muertas, mientras vive el protestantismo purificado, mientras su obra persiste? ¡Buscar los

orígenes históricos de lo que tiene raíces intra-históricas con la necia idea de ahogar la vida! ¡Gran ceguera no penetrarse de que la causa es la sustancia del efecto, que mientras éste vive es porque vive aquélla!

Mil veces he pensado en aquel juicio de Schopenhauer sobre la escasa utilidad de la historia y en los que lo hacen bueno, á la vez que en lo regenerador de las aguas del río del Olvido. Lo cierto es que los mejores libros de historia son aquellos en que vive lo presente, y, si bien nos fijamos, hemos de ver que cuando se dice de un historiador que resucita siglos muertos, es porque les pone su alma, les anima con un soplo de la intra-historia eterna que recibe del presente. «Se oye el trotar de los caballos de los francos en los relatos merovingios de Agustín Thierry», me dijeron, y, al leerlos, lo que oí fué un eco del alma eterna de la humanidad, eco que salía de las entrañas del presente.

Pensando en el parcial juicio de Schopenhauer, he pensado en la mayor enseñanza que se saca de los libros de viajes que de los de historia, de la transformación de esta rama del conocimiento en sentido de vida y alma, de cuánto más hondos son los historiadores artistas ó filósofos que los pragmáticos, de cuánto mejor nos revelan un siglo sus obras de ficción que sus historias, de la vanidad de los papiros y ladrillos. La historia presente es la viva y la desdeñada por los desenterradores tradicionalistas, desdeñada hasta tal punto de ceguera que hay hombre de estado que se quema las cejas en averiguar lo que hicieron y dijeron en tiempos pasados los que vivían en el ruido, y pone cuantos medios se le alcanzan para que no llegue á la historia viva del presente el rumor de los silenciosos que viven debajo de ella, la voz de hombres de carne y hueso, de hombres vivos.

Todo cuanto se repita que hay que buscar la tradición eterna en el presente, que es intra-histórica más bien que histórica, que la historia del pasado sólo sirve en cuanto nos lleva á la revelación del presente, todo será poco. Se mani-

fiestan esos tradicionalistas de acuerdo con estas verdades, pero en su corazón las rechazan. Lo que les pasa es que el presente les aturde, les confunde y marea, porque no está muerto, ni en letras de molde, ni se deja agarrar como una osamenta, ni huele á polvo, ni lleva en la espalda certificados. Viven en el presente como somnámbulos, desconociéndolo é ignorándolo, calumniándolo y denigrándolo sin conocerlo, incapaces de descifrarlo con alma serena. Aturdidos por el torbellino de lo *inorgánico*, de lo que se revuelve sin órbita, no ven la armonía siempre *in fieri* de lo eterno, porque el presente no se somete al tablero de ajedrez de su cabeza. Le creen un caos; es que los árboles les impiden ver el bosque. Es en el fondo la más triste ceguera del alma, es una hiperestesia enfermiza que les priva de ver el *hecho*, un solo hecho, pero un hecho vivo, carne palpitante de la naturaleza. Abominan del presente con el espíritu senil de todos los *laudatoris temporis acti*; sólo sienten lo que les hiere, y como los viejos, culpan al mundo de sus achaques. Es que la dócil sombra del pasado la adaptan á su mente, siendo incapaces de adaptar ésta al presente vivo; he aquí todo, hacerse medida de las cosas. Y así llegan, ciegos del presente, á desconocer el pasado en que hozan y se revuelven.

Se les conoce en que hablan con desdén del éxito, del divino éxito, único que á la larga tiene razón aquí donde creemos tenerla todos; del éxito que siendo más fuerte que la voluntad se le rinde cuando es ésta constante, cuando es la voluntad eterna, madre de la fe y de la esperanza, de la fe viva que no consiste en creer lo que no vimos, sino en crear lo que no vemos; maldicen al éxito, que para la siega de las ideas espera á su sazón, tan sordo á las invocaciones del impaciente como á las execraciones del despechado. Se les conoce en que creen que al presente reina y gobierna la fuerza oprimiendo al derecho; se les conoce en su pesimismo.

Hay que ir á la tradición eterna, madre del ideal, que no es otra cosa que ella misma reflejada en el futuro. Y la tradi-

ción eterna es tradición universal, cosmopolita. Es combatir contra ella, es querer destruir la humanidad en nosotros, es ir á la muerte, empeñarnos en distinguirnos de los demás, en evitar ó retardar nuestra absorción en el espíritu general europeo moderno. Es menester que pueda decirse que «verdaderamente *se muere* y verdaderamente está cuerdo Alonso Quijano el Bueno»; que esos «cuentos» viejos que desentierran de nuestro pasado de aventuras y que «han sido verdaderos en nuestro daño, los vuelva nuestra *muerte* con ayuda del cielo en provecho nuestro.»

Para hallar la humanidad en nosotros y llegar al pueblo nuevo conviene, sí, nos estudiemos, porque lo accidental, lo pasajero, lo temporal, lo castizo, de puro sublimarse y exaltarse se purifica destruyéndose. De puro español, y por su hermosa muerte sobre todo, pertenece Don Quijote al mundo. No hagamos nuestro héroe á un original á quien no le sirva ante la conciencia eterna de la humanidad toda la labor que en torno á su sombra hagan los entomólogos de la historia, ni la que hagan los que ponen sobre nuestras cualidades nuestros defectos, toda esa falange que cree de *mal gusto*, de *ignorancia* y *mandado recoger* el decir la verdad sobre esa sombra y de muy buen tono burlarse del himno de Riego.

Volviendo el alma con pureza á sí, llega á matar la ilusión, madre del pecado, á destruir el yo egoísta, á purificarse de sí misma, de su pasado, á anegarse en Dios. Esta doctrina mística tan llena de verdad viva en su simbolismo es aplicable á los pueblos como á los individuos. Volviendo á sí, haciendo examen de conciencia, estudiándose y buscando en su historia la raíz de los males que sufren, se purifican de sí mismos, se anegan en la humanidad eterna. Por el examen de su conciencia histórica penetran en su intra-historia y se hallan de veras. Pero ¡ay de aquel que al hacer examen de conciencia se complace en sus pecados pasados y ve su originalidad en las pasiones que le han perdido, pone el pundonor mundano sobre todo!

El estudio de la propia historia que debía ser un implacable examen de conciencia, se toma por desgracia como fuente de apologías y apologías de vergüenzas, y de excusas, y de disculpaciones y componendas con la conciencia, como medio de defensa contra la penitencia regeneradora. Apenas leer trabajos de historia en que se llama glorias á nuestras mayores vergüenzas, á las *glorias* de que purgamos; en que se hace jactancia de nuestros pecados pasados; en que se trata de disculpar nuestras atrocidades innegables con las de otros. Mientras no sea la historia una confesión de un examen de conciencia no servirá para despojarnos del pueblo viejo, y no habrá salvación para nosotros.

La humanidad es la casta eterna, sustancia de las castas históricas que se hacen y deshacen como las olas del mar; sólo lo humano es eternamente castizo. Mas para hallar lo humano eterno hay que romper lo castizo temporal y ver cómo se hacen y deshacen las castas, cómo se ha hecho la nuestra, y qué indicios nos da de su porvenir su presente. Entremos ahora en indicaciones que guien al lector en esta tarea, en sugerencias que le sirvan para ese efecto.

MIGUEL DE UNAMUNO.

LOS TRES ARCOS DE CIRILO

CONCLUSIÓN

IV

Al llegar aquí es necesario, para mejor inteligencia de esta historia, decir de qué personas se componía la familia del duque, entre la cual vivía Cirilo.

Habíase casado el gran señor en primeras nupcias con una dama de la más calificada nobleza, poseedora de varios títulos y dueña de fincas y rentas pingües, que constituían uno de los mejores y más saneados caudales de España. Falleció esta señora á los pocos años de matrimonio, dejando á su esposo en prenda de su unión dos niños y una niña. Al mayor de los niños, lindo y robusto, se le llevó al cielo la difteria; y quedó el segundo, Fernán, todo retuerto y canijo, y la niña, Leonela, que, aunque pálida, desmedrada y sujeta á frecuentes ataques nerviosos, tenía mil adoradores que acudían formando enjambre, como moscas á la miel, porque era muy verosímil que, dada la mala salud y la vida licenciosa y calaveresca de su hermano, en la cabeza de la señorita Leonela llegasen á reunirse los bienes, títulos y grandezas de la egregia casa.

No encontrando el duque gran entretenimiento ni eficaz consuelo en la paternidad, entretuvo su viudez con diversas aventuras más ó menos secretas, hasta que clavó la rueda de su voluntad una mujer seductora, una de esas mujeres que al cruzar serenas y desdeñosas por entre la multitud, tienen el privilegio de alzar un rumor lisonjero, himno de loores que entonan á su belleza cuantos tienen la dicha de admirarla. La nueva duquesa de Ambas Castillas era

oriunda de Valencia y recreada en Córdoba, y aliaba á la hermosura plástica la gracia divina propia de los países de luz. Morena y alta sin desgarbo, sus ojos negros, sus acentuadas facciones y sus labios curvos y turgentes recordaban la raza semítica, de la cual tal vez corrían por sus venas gotas de sangre. De la majestad de su cuerpo, de la forma tornátil de su cuello y brazos, de la atracción de su sonrisa, de otras mil perfecciones que podrían detallarse en la duquesa, nada contaré por no extender demasiadamente este tentador capítulo. Sólo añadiré, pues conviene para buena inteligencia del lector, que la duquesa era de familia acomodada y noble, aunque no tanto, ni mucho menos, como la del duque. Este, al casarse, no había incurrido propiamente en lo que se dice *mesalianza*, pero, sin descender de un modo censurable, había hecho una boda de gusto y amor. La duquesa poseía hasta tres ó cuatro mil duros de renta, que el generoso marido la dejaba para alfileres menudos, sin contar otros alfileres de cabeza más gorda que pagaba él contentísimo. Además, el duque tenía en su casa, como á cosa propia, á una hermana soltera de la marquesa. La tal hermana soltera, que jamás se apartaba de los duques, distaba mucho de poner la espléndida beldad de la duquesa, y no obstante se parecían, en la estatura, el andar, y en ese indefinible *no sé qué* conocido por *aire de familia*. Llamábase Fina, y el nombre la cuadraba perfectamente, pues era suave y delicada en su trato, y de simpático y dulce carácter.

Entreteníase Cirilo en mirarse disimuladamente al espejo colocado sobre la chimenea, para enterarse de cómo le sentaba la nueva ropa y cerciorarse de que le caía como un guante, cuando fueron entrando en el saloncito que precedía al comedor las personas cuyo inventario queda hecho, amén de una institutriz alemana muy seria y de muchas libras. Primero bajó el duque, deseoso de quitar á su secretario la natural cortedad, de presentarle á todos y de colocarle desde el primer día en el pie de imperceptible y dorada dependencia que le correspondía allí. Hablóle con familiaridad y llaneza, pero en aquella misma llaneza de gran señor notó perfectamente Cirilo el matiz de la relación que debía mediar entre ellos, y como discreto y altivo suprimió el *usted*, y mientras el duque le llamaba *Hinojales*, él se guardó muy bien de emplear otra fórmula que *el señor duque*. No ha de negarse que le causó esto alguna mortificación, pero supo disimularla.—Poco después que el duque apareció la señorita Fina, vestida con modestia, de seda gris, y sonriente y afable como de costumbre. Luego se dejó ver Leonela, que, ataviada con original coquetería y peinada con artístico refinamiento,

realzaba los pocos atractivos que le había prodigado la naturaleza, y los realzaría mejor si no viniese, no se sabe porqué, fosca, de mal humor y encapotada. Detrás de Leonela no tardó en presentarse la duquesa, de blanco, con una sierpe de diamantes en el pelo, hecha un sol de buena moza, tanto que desde su aparición parecía mejor alumbrada la estancia. Todas las señoras estaban escotadas, dispuestas á concluir la noche en el Real; y al dar el reloj las ocho y media sin que Fernán apareciese, el duque dispuso que se sirviese la comida, porque el caso era frecuentísimo y muchas las veces que el señorito comía en el Casino, en el Club ó Dios sabe dónde.

En ese momento de silencio que generalmente acompaña á la operación de trasegar la sopa del plato al estómago, Cirilo, mirando á hurtadillas á su alrededor, tuvo tiempo de pensar mil y mil cosas que de súbito le cortaron el apetito. Sentado al lado de la señorita Leonela y casi frente á la duquesa de Ambas Castillas,—sin vacilar un instante, sin que le contuviese ningún género de consideración ni se le apareciesen de relieve los obstáculos que podría encontrar un plan tan atrevido y loco,—con la presteza del rayo decidió Cirilo que aquellas dos mujeres, las primeras que encontraba, tan altas, tan empingorotadas en la cumbre de la sociedad, tan bien ataviadas, y tan distantes de él que probablemente ni recordaban su presencia, podían servir de base á dos de las arcadas que había visto soñando despierto. La duquesa, con su mágica y fascinadora beldad, representaba la arcada de mirto y rosas. Leonela, con su fabulosa riqueza y sus rancios y altaneros timbres, era la arcada de oro. Y en cuanto á la arcada de bronce y mármol, ó sea la que significa fama y gloria, ¿en quién podría Cirilo basarla mejor que en el ilustre prócer que le dirigía la palabra en aquel momento, ó sea en el duque? El duque abriría á su *yerno* las puertas más cerradas é infranqueables; el duque empollaría y sacaría á luz su reputación; el duque le serviría de pedestal á él, á Cirilo Hinojales, y le daría el hilo conductor para orientarse al través de los laberintos de la política, hasta que pudiese recorrerlos por cuenta propia, dejándose á su mentor muy atrás... ¡Y ya tenemos á Cirilo viendo palpables las tres arcadas, tocándolas con mano ansiosa y febril! Tan persuadido se sintió de que, en efecto, los hermosos arcos estaban allí, en el florido centro de aquella mesa misma, que empezó á congojarle y producirle como una especie de trasudor el pensamiento de que tal vez iban á ser incompatibles dos partes de su destino, pues si otorgaba su preferencia á la duquesa, se celaría y enojaría mucho Leonela, y si optaba resueltamente por Leonela, la duquesa

se había de sentir y hasta oponerse á la boda con todas sus fuerzas y su poderoso influjo. Y esto de la oposición de la duquesa consternó á Cirilo tanto, que estuvo á punto de creer fallidas sus esperanzas, por ser el obstáculo formidable. Con semejante incertidumbre y zozobra volvió á mirar y remirar á las dos damas, á fin de resolver allá en sus adentros cuál de ellas era más merecedora de que se cifrase en ella el porvenir. En semejante examen visual, no cabe duda que habían de estar por la duquesa todas las probabilidades de victoria. Era la primera vez que Cirilo,—que, como sabemos, había vivido ignorante de las pasiones y apartado del trato con mujeres,—veía tan de cerca á una, adornada con todas las perfecciones y gracias y capaz de trastornar el seso á un anacoreta penitente. Contemplando de soslayo á la duquesa, Cirilo sentía que por sus venas circulaba derretida y candente lava volcánica, y veía en el espacio lucécitas de colores y sentía el zumbido en los oídos que caracteriza el paroxismo del deseo. La sola idea de merecer—ó disfrutarlos sin haberlos merecido—los favores de aquella deidad, estremecía á Cirilo con toda la fuerza emotiva propia de los veinticuatro años, transportándole á regiones que se parecen mucho al paraíso. Como el marino que mira desde lejos la isla donde pronto sentará el pie, y se recrea en su verdor y feracidad, y ya cree aspirar el perfume de las flores y la deliciosa esencia de los sazonados frutos que penden de los árboles, Cirilo detallaba de antemano las divinas perfecciones que custodiaba el blanco corpiño, y se abismaba en la luz voluptuosa de los árabes ojos y en la sonrisa de la boca fresca como la flor del granado. Todo esto era, ¡quién lo duda!, un trasunto del cielo; pero también es fuerza confesar que otras veces las ventajas de Leonela, aunque no encarnadas en algo tangible, se representaban con extraordinaria viveza á la fantasía de Cirilo. Juraría él que tenía presentes las dehesas, los olivares, los majuelos, las casas, los valores y títulos, y, en suma, todas las formas de propiedad que constituían la magnífica fortuna de la casa de Ambas Castillas; y además—suprimiendo con riguroso decreto al Fernán que no se había dejado ver—también divisaba coronas heráldicas, muchos blasones hermosados por el polvo de los siglos, y una gran consideración, que Cirilo hacía extensiva hasta á sus padres. Por no tacharse á sí mismo de interesado y de coburgo, pensaba el bueno de Cirilo que en todos sus planes de engrandecimiento y triunfo social entraba por mucho el lícito y honesto afán de compensar los sacrificios de los que le engendraron y otorgarles una vejez llena de dulces satisfacciones.

Cuando se engolfaba y abstraía en estos ensueños áureos, no sabiendo si decidirse por la duquesa ó por Leonela, ocurrió algo que momentáneamente inclinó la balanza del lado de esta última. Y fué que la señorita, que, como dijimos, parecía estar de muy mal talante y hasta colérica cuando se presentó á comer, y que ni siquiera había mirado á la cara al secretario de su papá cuando se lo presentaron, de repente y como por casualidad convirtió los ojos á él, hacia la mitad de la comida, y no menos impensadamente empezó á dirigirle la palabra con vivacidad y empeño. Cambio tan repentino en la señorita fué la gota de agua que hizo desbordarse las ambiciosas ilusiones de Cirilo. "Me ha mirado,"—pensaba—"y con solo mirarme, ya está esta niña como electrizada, sin acertar á disimular la impresión que la produce." Sin fatuidad alguna, bien podía Cirilo tenerse por guapo y buen mozo: acababa de decírselo el espejo en que se había contemplado con sus arreos nuevos, bien cortados, y su pechera blanquísima; así es que ni un punto dudó de que hubiese dado recto y mortal flechazo á la señorita Leonela, y que eran ciertos los toros de la boda, el ducado y todo lo demás. Lo que le desasegaba mucho era que la señorita se derritiese tan de repente y tanto, en presencia de su padre y de su madrastra, que por fuerza habían de hacer á la boda una oposición terrible. A cada coquetería de Leonela, á cada palabrilla dicha con tono entre despótico é insinuante para llamar la atención del secretario, Cirilo miraba de reojo á los duques, sorprendiéndose de no advertir en ellos ni la menor señal de desagrado ó de alarma. Subió de punto la sorpresa de Cirilo, cuando, habiéndose empeñado Leonela en que las acompañase al Real aquella noche, el duque alabó la idea, apadrinó el proyecto en seguida, y sólo se le ocurrió el siguiente comentario: "Va V. á oír á Tamagno en una de las cosas que mejor canta. No he visto *Otelo* más admirable."

Al Real se fueron, en efecto, después de saboreado muy tranquilamente el café. Apenas se instalaron en el palco, comenzó el desfile de visitas y la ceremonia de las presentaciones. De aquellos señores y caballeros á quienes Cirilo era presentado, unos le dirigían la palabra con interés y cortesía, y otros sólo le concedían una ojeada desdeñosa. Pocos le alargaban la mano, y algunos, después de hacerle una cortesía insolente de puro ceremoniosa, le volvían la espalda y se ponían á hablar por lo bajo con el duque, ó á reír y bromear con las señoras. Sin embargo, Leonela no le desamparaba: y al entrar en el palco un señorito en extremo elegantón y perfilado, con venera roja en el frac, de mezquina facha y desparpajo sumo,—

por la presentación supo Cirilo que era el marqués de Altacruz,— Leonela, en vez de atender á tan distinguido y notable galán, consagró más que nunca sus atenciones al secretario, y se puso á cuchichearle casi al oído, celebrando el palique como si fuese muy importante y donoso. Y el engreidísimo Cirilo notó con inexplicable júbilo que al señor marqués parecía saberle, como quien dice, á cuerno quemado la tal maniobra. Dos ó tres veces intentó intervenir en la plática, y otras tantas Leonela le soltó una zarpadita ó arañazo muy mono, que le obligó á retroceder. Cirilo estaba embriagado de vanidad, y su embriaguez procedía, no sólo de los mimillos y atenciones de la hija del duque,—que le entregaba su abanico, le ofrecía una flor para el ojal, le convidaba á probar los bombones de un saquito de raso, y le tenía materialmente sujeto—sino de cierto suave y peculiar perfume que exhalaban el pelo y la ropa de la duquesa, y que ya había respirado en el coche. También se le subían á la cabeza las luces del teatro, la concurrencia esplendorosa y el arrullo de la música, himno consagrado á su triunfo y á los incomparables destinos que le aguardaban.

Al retirarse á su habitación, al mirarse á su armario de luna, al desabrocharse el blanco chaleco, decía Cirilo enloquecido y extático: —Pues, señor.... ¡esto va viento en popa!

V

Corrieron algunos días sin que Cirilo hallase motivo para no seguir alimentando las mismas ilusiones. El duque le trataba con extremada afabilidad, demostrando especial empeño en no hacerle sentir la dependencia de ningún modo humillante, y en enterarle de muchas cosas que conviene que sepa un joven si ha de abrirse camino en el mundo; y la señorita Leonela, si por momentos le torcía el gesto, parecía querer mortificarle y hasta le administraba algún arañacillo gatuno, seguía teniendo horas en que, girando la veleta, se mostraba tan pegajosa, tan zalamera y tan insinuante, que no se requería gran fatuidad para creer que en su corazón había abierto brecha el joven, discreto y apuesto secretario. Recobrado algo de la inevitable timidez de los primeros momentos, Cirilo empezaba á

terciar sin cortedad ni empacho en las conversaciones, precaviéndose contra la indiscreción y el entrometimiento, pero sabiendo demostrar un aplomo que él mismo encontraba de muy buen gusto. Su vasta cultura y sus múltiples conocimientos tenían ocasión de manifestarse y de brillar, y más de una vez gozó el deleite vanidoso de que sus dichos arrancasen á los duques y á Leonela sonrisas, frases y expresiones de explícita y halagüena aprobación. Sentía, como se siente un aire templado y perfumado que nos rodea y envuelve, la simpatía que iba despertando en los dueños de la casa, y el favorable concepto que gradualmente conquistaba y merecía. Esto le prestaba ánimos y redoblaba la intensidad y brillo de sus facultades. Notaba que empezaban á pedirle su opinión, á tomarle por árbitro en las pequeñas discusiones suscitadas entre la familia. El mismo duque, con bondadosa deferencia, propia de persona de tan escogida educación y de tan gran señor, no se desdeñaba de consultar á menudo á Cirilo, rindiendo tributo á la superioridad y amplitud de sus estudios en determinadas materias. También la señorita Fina demostraba especialísimo afecto y bondad al secretario; y hasta el señorito Fernán, el primogénito, el heredero de la casa, tenía la delicadeza, rara en él, de tratar á Cirilo con una mezcla de fraternidad juvenil y de algo que parecía consideración á su valer intelectual, demostrada en frases capaces de envanecer á una estatua de granito. "V., Hinojales, que es un sabio, me dirá tal ó cual cosa," solía exclamar el duquesito, pegando al secretario cordiales palmadas en el hombro.

En medio de estas gratas sorpresas, tan incitantes para el amor propio de Cirilo, notaba éste con terror que en la lucha que sostenían en su espíritu los hechizos de la duquesa y las riquezas y posición de Leonela, mal de su grado iba venciendo lo que menos convenía; ó sea, que el ver de cerca y diariamente á una mujer como la duquesa; el beber la luz de sus pupilas y el recrearse en los juegos de la risa y de la palabra sobre el hendido rubí de sus labios, era gravísimo empeño para un hombre que no ha probado aún las amargas delicias de la pasión y que está en lo más lozano y brioso de una tardía y reprimida juventud. A pesar de las coqueterías felinas, desiguales y caprichosas de la señorita Leonela, Cirilo sentía que hácia la duquesa se le iban el alma y los sentidos, arrebatados por imán poderoso. Comprendía que por una palabra de la duquesa, por una de aquellas miradas que se clavaban en el corazón como saetas de emponzoñada punta, daría en tierra con la ambición, la gloria y todos los cálculos interesados, relativamente bajos

y miserables. En resumen: lo que Cirilo veía en aquel momento y lo que le trastornaba el meollo, era el arco de rosas, el arco fragante y embriagador.

Había oído decir Cirilo—porque son cosas que corren sin que se sepa quién las averigua y las afirma,—que la duquesa, á pesar de su radiante hermosura y los escollos que por culpa de ella la rodeaban, era dama de intachable reputación, que guardaba á su esposo el decoro y la fidelidad más estrictas. Aunque aficionada al mundo y á sus pompas, y dada á divertirse, como mujer tan moza y de tan lucidas prendas, nadie podía alabarse de haber conseguido de ella ni el más inocente favor. Se dejaba incensar, sonreía al incienso, lo respiraba, pero ni aun parecía ver á los turiferarios. A ser Cirilo un seductor de oficio, ducho en las artes de la galantería, esta fama de la duquesa le hubiese arredrado, haciéndole comprender lo arduo y difícil de la conquista. A Cirilo le encendió más y más. Parecíale natural que hasta entonces el pecho de la duquesa hubiese sido de mármol, pero que por él se convirtiese en cera blanda y suave. Sentíase dispuesto á ofrecerla un amor ecuatorial, bien distinto de los insustanciales homenajes que la sociedad la brindaba diariamente. Creía que el cuarto de hora de la duquesa había sonado desde que apareció en escena el secretario de su esposo, y que así debía estar escrito en los astros, no habiendo más remedio sino que el decreto se cumpliera.

Cuando más alborotado y nerviosico le traían estos pensamientos, sucedió una cosa que, no á él, sino á otro más práctico, y á cualquiera, hubiese puesto á dos dedos de la locura. Y fué que una noche, al retirarse á sus habitaciones, que estaban en el piso bajo de la casa de los duques y tenían reja y puertecilla al jardín, encontró en el suelo de su dormitorio una cartita cerrada muy cuca, sin sobrescrito, que se apresuró á recoger y que devoró con avidez, frotándose los ojos como quien ve visiones. El corazón le latía atr opelladamente, y la cabeza le daba vueltas, mientras la sangre zumbaba en sus oídos con ruido torrencial. Lo primero que había conocido, aun antes de leer la carta, fué que el papel era el mismo que usaba la duquesa para escribir sus billetes de confianza y amistad. Cirilo recordaba, por haberlo visto en dos ó tres ocasiones en manos de la camarera ó del portero encargados de enviar las esquelas, aquel papel de primorosa forma angostísima, de color agarbanzado y de sedoso crujir. Al romper el sobre, dos indicios nuevos le hicieron comprender mejor que sólo de la duquesa podía proceder la misiva misteriosa. En la cabeza del papel, finas tijeras

habían recortado cuidadosamente algo, que era, á no dudarlo, la coronita ducal de plata y colores; y del interior se exhalaba, dulce, delator é inequívoco, aquel perfume peculiar de la dama, ligera exhalación que al respirarla causaba á Cirilo vértigo indecible. La letra—Cirilo la conocía por haber echado una rápida ojeada á las esquelitas vistas en manos de la camarera ó del portero—confirmaba la suposición: aunque ligeramente disfrazada, y muy impersonal, como suelen ser las letras aristocráticas, de la duquesa era sin duda alguna; Cirilo la hubiese distinguido entre mil.

Póngase el piadoso lector en el caso del joven secretario, y dígame qué sentiría al repasar la carta, y ver que era de amor, lo que se dice de amor, aunque de amor muy velado, sutil, vaporoso y metafísico. El encogimiento más lisonjero para Cirilo había dictado aquella epístola; se veía que luchaban allí la vergüenza que contiene la pluma, y la afición que la estimula y atropella. Decía la anónima corresponsal (pues la carta no tenía firma alguna) que apelaba á aquel medio para dar á entender su estado de alma, por no atreverse á indicarlo de otro modo, temerosa de las burlas del mundo y las bellaquerías de la gente, que no comprende ni compadece las enfermedades del corazón. Añadía que su amor era puro y elevadísimo, y que, *por lo pronto*, sólo aspiraba á que no fuese acogido con sentimientos menos sublimes de los que revelaba la carta. Insistía en la necesidad de guardar mucho secreto y precauciones infinitas por evitar el enojo de *ciertas personas*, y sugería que la respuesta debía ser colocada á tal hora, en determinado mueble del recibidor que precede á las habitaciones de la duquesa. Prevenía mucho á Cirilo contra las coqueterías de Leonela, advirtiéndole que era una niña sin corazón, que se casaría por interés y orgullo, pero se complacería en burlarse del joven secretario y hasta en despreciarle si le creía rendido. En su estilo y hasta en sus repeticiones, la carta delataba el desorden y la turbación de quien ama de veras.

Alimenta el minero que se dedica á buscar pepitas de oro lavando la despreciable arena, constante aspiración á encontrar una de extraordinario grosor, de esas que por sí solas constituyen para el que las halla una fortuna. El infeliz achicharrado por el sol y rendido por el cansancio, se pasa la vida soñando con el hallazgo inestimable que ha de darle de un golpe libertad y dicha. A cada momento se imagina que ya tiene la pepita entre las manos, y cree ver el lindo color mate del oro nativo. De repente, ¡oh cielo piadoso! la pepita aparece, gruesa, pesada, enorme... y el lavador de arena duda de sus ojos y no da crédito á la felicidad que momentos antes

firmeramente esperaba... Algo así le sucedió á Cirilo. En la primer sorpresa—á pesar de su fatuidad inocente é involuntaria—dudó si la carta que acababa de leer era carta verdadera, y se frotó los párpados y se llevó las manos á la frente, á fin de evitar que se le escapase la razón...

No se acostó hasta la madrugada. Febril, agitadísimo, garrapeó más de media docena de respuestas, sin que ninguna le satisficiera, hasta que logró concentrar en una de ellas todo el fuego de la sensibilidad y la quintaesencia de la amorosa gratitud. Nótese que si bien era Cirilo novicio en estas lides, le servía de mucho para entrar en ellas con ventaja la memoria y la lectura. Recordando páginas incandescentes de la *Nueva Eloísa*, del *Werther*, de la correspondencia de la señorita Aissé, y fragmentos de otras obras literarias modernas y antiguas, y envolviéndolo todo en un baño de poesía y de entusiasmo suministrado por su propia pasión, logró componer una carta de la cual no quedó descontento. Respiraba la carta ardor caballeresco; declaraba que no trataría de forzar el transparente incógnito de la bella, y que en público refrenaría sus ojos y velaría cuidadosamente para no infundir sospechas á nadie; pero que esperaba, en compensación, otras páginas más terminantes, que viniesen á ofrecerle la certeza de su ventura, en la cual aún no osaba creer. Como discreto y enemigo de traer á colación nada desagradable, Cirilo se guardaba bien de hacer la menor alusión al duque, ni á los sagrados deberes que por él infringía la duquesa.— Y al día siguiente, á la hora que señalaba la epístola, Cirilo depositó la suya en el mueble, diestramente escondida, y se retiró al punto, como le mandaban.

Por la noche, en el comedor, Cirilo, aun cuando trató de guardar el mayor disimulo, de estar lo mismo que todos los días, no pudo menos de buscar á hurtadillas las pupilas de la duquesa. Y hubo un momento... en que le pareció que se fijaban en él con insinuante energía. No sabía Cirilo que las mujeres muy hermosas tienen, entre otros encantos, el mirar involuntariamente á los más indiferentes con algo de amoroso efluvio. Sí: aquellos magníficos ojos árabes expresaban mundos de ternura y de poesía. A no dudarlo, la duquesa había leído la carta de Cirilo: tal vez la llevase guardada en el seno, allí donde el negro terciopelo del traje, encuadrando la blancura de la soberbia tabla de pecho, ostentaba un riquísimo broche de limpias y celestes turquesas, rodeado de resplandeciente pedrería.

A la noche, al volver á su cuarto, Cirilo encontró la anhelada respuesta. La incógnita suplicaba encarecidamente que no se for-

mase de ella mal concepto por haber tenido la aparente ligereza de escribir á un hombre y de mostrarse prendada de él. Era que la incógnita apreciaba en todo su valor las raras prendas de Cirilo, hasta para él mismo ocultas. Ella había sabido discernir su mérito, su instrucción, su talento, su educación completísima, y comprendido que era Cirilo de esos hombres que rara vez se encuentran y dondequiera que aparecen deben fijar la atención más que otros, á quienes sólo recomienda y distingue el nacimiento ó la fortuna. De todos modos, la incógnita, algo ruborizada de la impetuosa contestación del mancebo, se proponía guardar en lo sucesivo gran reserva, probar á su adorador rendido, á ver si en constancia y firmeza rayaba tan alto como en fuego y vehemencia repentina.

Excusado parece advertir que en seguida respondió Cirilo, y se estableció una correspondencia larga y tendida entre él y la incógnita, sirviendo de estafeta ya el tallado mueble, ya una jardinera con plantas, colocada á la parte de afuera del tocador de la duquesa, ya la cara interior de un cuadro de Albano, ya el ángulo de un tapiz, entre dos clavos y bajo la tela. Los temas favoritos de las epístolas eran cual se deja entender: Cirilo apremiaba solicitando una entrevista, donde se cerciorase de que su dicha tenía algo de real y auténtica: la dama resistía, aplazaba, alegaba el temor, la vergüenza, el riesgo, los inconvenientes que en casos tales se suelen alegar... —Por último, la proximidad de un acontecimiento que se anunciaba en casa de los duques proporcionó ocasión para señalar la cita.—Habíasele antojado á Leonela, en uno de sus arrechuchos de zambra y bullicio, que sería cosa muy linda dar un baile al cual todas las señoras asistiesen de capuchón de encaje blanco, sobre traje blanco también, y luciendo, como único adorno y distintivo, una franja de flores que descendiese desde el pecho hasta el talle. El traje debía ser uniforme, pero en el distintivo cabía variedad: cada señora podía lucir su favorita flor. Los hombres llevarían capuchones negros. Claro que lo de los disfraces no era sino un recurso para animar algo, desde los primeros momentos, la fiesta pues, por lo demás, ni los duques habían de dejar entrar á nadie desconocido, ni los blancos antifaces tardarían mucho en caer transformando en acompasado y ceremonioso baile lo que empezase con el alboroto y jarana propios de la temporada carnavalesca.

Sin embargo, esas horas concedidas á la máscara y á la relativa libertad que ofrece, Cirilo contaba aprovecharlas; la dama de los billetitos y él se encontrarían en el jardín de invierno, cerca del grupo de amores de mármol rosa que bailan alrededor de una hoguera.

La espesa sombra de los gomeros y palmeras protegería un breve y delicioso coloquio, tal vez decisivo, y de cualquier modo anhelado, como anhela el sediento la gota de agua que ha de refrigerarle.

VI •

Dos ó tres días antes del señalado para la función, el duque se encaró con su secretario, en ocasión de hallarse los dos despachando correspondencia, que el duque minutaba y Cirilo había de contestar después extensamente con arreglo á la minuta; y tomando del cajón siempre entreabierto un excelente cigarro, y tendiendo á Cirilo otro, díjole afectuosamente:

—Oiga V., Hinojales; yo no he querido jamás que se creyese de mí que tengo la sombra del manzanillo, que lo esteriliza todo en derredor. Al contrario: me gusta ser árbol de buen arrimo. Ya habrá V. oído que hice hombre á Orduña, el que es hoy gobernador de Cádiz: y mire V., aquí en confianza, Orduña, valía muy... muy poquito. Aquello fué sacar de un leño un santo milagroso. Con V. ha de ser más fácil y más lucida la empresa. ¡En V. hay veta, hay persona!...

Confuso, y aun algo punzado de remordimiento, Cirilo se inclinó, afectando una modestia que desmentía su radiante é involuntario sonreír.

—Estoy—añadió el duque—muy contento del desempeño de todo lo que hasta hoy he encomendado á V. Las notas para mi discurso de ingreso en la Academia de Ciencias morales y políticas, son tan nutridas, tan curiosas, tan originales, tan de primera mano, facilitan tanto el trabajo, que para lo que falta ya por hacer... se podría decir que será obra de V. el discurso. Gracias á lo que V. revolvió en los *Diarios de Sesiones* de las anteriores legislaturas, he dado dos ó tres buenos revolcones á mis adversarios políticos en las Cortes. El informe para la comisión es de oro. El artículo *inspirado* al *Criterio dinástico* ha producido un efecto sorprendente. En fin, que V. ha aligerado mis tareas, y se ve que ninguno de esos trabajos es arco de iglesia para V., porque tiene V. fondo de repuesto en

lo que ha estudiado y en lo que sabe. Pero el mundo es de tal manera, Hinojales, que V. podría valer doble de lo que vale, y quedarse toda su vida arrinconado, si la casualidad no le hubiese puesto en contacto conmigo. Sus aptitudes de V. son generales y varias, y, sin embargo, difícilmente encontrarían aplicación, á no haber podido apreciarlas quien las puede también presentar al público.

—Es muy cierto, señor duque—respondió Cirilo con franqueza.— A V. deberé seguramente el poder usufructuar cuanto he atesorado. Pero el que V., absorbido por tan graves quehaceres, no tenga tiempo para buscar unas notas de mala muerte, no significa que no sepa V. cien veces más, en todos los terrenos, que este pobre estudiante.

—No achicarse, no achicarse—repuso el duque visiblemente satisfecho y lisonjeado á su vez, porque Cirilo había pronunciado aquellas palabras con expresión muy noble y sincera.—Lo he querido decir es que por bonitos muebles que ponga V. en una habitación, mientras no dé V. luz á las lámparas, no se ven las preciosidades. Deseo ser, para V., la claridad que descubre y realza los objetos de valor. Estimo demasiado sus servicios de V. para privarme de ellos en algún tiempo; pero no seré tan egoísta que por aprovechar un secretario útil le corte las alas. Al contrario: le haré á V. volar. Al terminarse la legislatura presente y procederse á nuevas elecciones, ó pierdo mi nombre, ó V. tiene su acta.

Sintió Cirilo á estas palabras un choque eléctrico. La palabra *acta* ejerce sobre nuestra juventud mágica y misteriosa influencia. Un acta no es nada y lo es todo: se parece á la *miliaria aurea* de la antigua Roma, que servía de centro al universo. Y un pensamiento impertinente cruzó por la cabeza de Cirilo: si él conseguía aprovechar bien alguna de aquellas rachas de predilección que le demostraba la señorita Leonela... ¡ni dado ni gracias! ¡acta y aun actas le había de regalar á montones su *señor suegro*!

Como si el duque leyese, en cierto modo, en el alma de Cirilo, y se adelantase á formular ideas que no podía expresar el secretario, añadió, soltando la ceniza en un cenicero de plata repujada:

—El acta es el a b c de cualquier posición, es el cable á que tienen que agarrarse todos, si han de empezar á salir á flote. Bueno: pues del acta me encargo yo. Conseguida el acta, es preciso que se dedique V. á pensar en otra cosa... ¿No adivina cuál? Vamos, que á sus años de V. no aguardaría yo á que me la sugiriese nadie. Se trata de una mujer... Una mujer que vea en V. prendas personales suficien-

tes para compensar la falta de caudales y de un nombre ya hecho, de esos que se imponen... y que le traiga á V. en las blancas manecitas siquiera un millón de reales!... Créame V.: tales fénices no son muy difíciles de encontrar, y V. sería el menos listo de los solteros si no indagase pronto donde anida media docena de ellos—sea en su futuro distrito, ó en Madrid,—para escoger, de la media docena, lo que más agrade, lo que más responda á sus aspiraciones de V.

Aquí Cirilo se sintió invadido por una ola de ingratitud burlesca é involuntaria. Parecíale muy cómico que el duque se mostrase tan solícito en indicarle como medio de engrandecimiento una mujer; pero reprimiendo sin dilación al mal instinto, trató de reconocer con reverentes y discretas frases el buen deseo del duque, y le aseguró que estaba dispuesto á seguir en todo y por todo sus consejos, añadiendo, no sin ciertos asomos de doble intención sarcástica, que por mucho que, gracias á tan inestimable dirección, mejorase su suerte, su mayor deseo era que ésta consistiese en no apartarse nunca del lado del señor duque, en seguir unido á su casa todo lo más íntima y estrechamente que fuese dable.

Después de tal conversación, se halló Cirilo en uno de esos estados de exaltación moral y de plenitud de espíritu, que elevan á un hombre al quinto cielo. Allá en no muy remoto porvenir veía sentadas las bases de la posición social y política: muy cerca, el momento en que las insinuantes é imprevistas libertades de Leonela le diesen pie para intentar una entrada por asalto en el frívolo corazón de la señorita; y más próximo aún, tan próximo como el día de la fiesta, que ya se acercaba, el instante divino en que la duquesa, envalentonada por el antifaz, dejase asomar á sus labios la confesión del sentimiento revelado en sus perfumadas epístolas.

Tarde para la imaginación, como todo lo que ardientemente se desea, pero en realidad á su punto y hora, llegó la noche de la fiesta de los duques. Notó con alegría Cirilo que si la fila de salones, el comedor, las antecámaras, el fumadero y hasta la galería se encontraban iluminados con esplendidez, derrochándose luz eléctrica en centenares de globitos y bujías, en el jardín de invierno una mano previsorá y sin duda omnipotente en la casa había conservado la más deliciosa penumbra, que por los sitios donde se agrupaban plantas algo frondosas casi podía llamarse oscuridad. Recorrió el jardín como por curiosidad Cirilo, y estudió el sitio donde los helechos y las lantanas, de lozanía tropical, servían de marco al corrillo de amores de mármol rosa; y percibió que allí, más que en parte alguna, la impertinente luz se había escatimado. Estas precauciones,

que únicamente podían provenir de quien, como la duquesa, mandaba en aquel palacio, alborotaron más y más el corazón del joven, é hicieron girar su sangre impetuosa y encendida. El convenio con la incógnita era encontrarse en tal sitio á la media noche en punto, porque poco después se calculaba que empezarían á caer los antifaces.

Desde las diez y media se poblaron y animaron los salones: la notita original de los disfraces blancos había engolosinado á la sociedad, y como los duques no solían prodigar sus recepciones, y en las que daban no omitían gasto ni primor, de los convidados sólo dejaron de asistir los que se hallaban imposibilitados por enfermedad ó algún motivo igualmente poderoso. Las damas hacían encantador efecto con sus albos capuchones de blonda española, de encaje francés, de fino tul ó de crujiente seda, realzados por la franja de flores naturales, en que consistía el verdadero lujo del disfraz, pues se habían encargado flores raras á todos los puntos de España y á París y Niza también, y alguna de aquellas cintas de orquídeas ó de violetas de Parma valía un puñado de duros. La mayoría de los hombres, sobre todo los solteros, llevaban dominó y antifaz de raso negro y su correspondiente ramito al izquierdo lado.

Cirilo no se había puesto aún el dominó. Lo tenía de reserva en sus habitaciones, á las cuales podía pasar por varios sitios, por el fumadero, ó saliendo del jardín de invierno al otro jardín. Pensaba vestírselo cuando conviniese á su plan amoroso. Apoyado en una columna de la galería de las porcelanas, vió organizarse el primer rigodón, y no quiso bailarlo, porque los pensamientos que le exaltaban le hacían preferir una semisoledad, un sibarítico aislamiento en medio del bureo de la fiesta. Después del rigodón preludió la orquesta un vals, y al punto mismo notó Cirilo que tenía muy próximo cierto grupo, formado por una encapuchonada vivaracha, delgadilla, que parecía tener azogue, y un caballero de no muy buen talle, que ostentaba sobre el dominó una cruz de Montesa hábilmente ejecutada con florecitas diminutas. No se necesitaba gran penetración para reconocer en la encapuchonada á la señorita Leona, porque sobre los inequívocos indicios del aire y de la actitud y de los contornos que el capuchón revelaba, Cirilo sabía que las dueñas de la casa lucirían sobre el disfraz ramos de *muguet*, y de esta blanca y fragante flor era la franja prendida del hombro á la cintura de la máscara. El caballero parecía pedir algo, muy rendido y suplicante; la tapada rehusaba desdeñosa, arisca y mofadora. Solicitaba el favor de aquel vals, y se negaba ella con terquedad y con

desabrimiento. Por fin, ante un ruego más insistente, ella se volvió de súbito, y tomando el brazo de Cirilo, "Aquí está la pareja á quien prometí este vals," exclamó. Una inspiración atrevida, un repentino cálculo estratégico, dictó á Cirilo las palabras siguientes: "Por cierto que ya iba á reclamar mis derechos, figurándome que los olvidaba V.," Y ciñendo el talle de Leonela y dejando con la boca abierta al dominó de la caballerisca cruz, lanzóse al torbellino, bendiciendo una vez más la previsión de los amorosos padres que le habían enseñado, entre tantas graves disciplinas humanas, la al parecer inútil y baldía ciencia de girar á compás al son de la música, con garbo, maestría y airosa disposición. Desde las primeras vueltas de aquel vals, comprendió Cirilo, rebosando orgullo, que ya no encontraría ocasión más favorable para dar un paso decisivo con la hija del duque. El capuchón, el antifaz, la distinción de que acababa de ser objeto, la proximidad de dos cuerpos enlazados por la cadena vertiginosa y dulcemente mareante de la danza, eran ventajas que sólo un necio podría no tomar en cuenta; y como la esmerada educación física y la gimnasia corporal habían prestado á Cirilo esa energía y resolución que procede de la fuerza y de la salud, guardóse bien de desperdiciar tan únicos momentos, y sin vacilar murmuró al oído de Leonela cuanto puede sugerir la ambición disfrazada de amor, y oculta bajo los encajes y las flores de la pasión sin esperanza. Leonela escuchaba con avidez, y bajo la diminuta careta de raso veía Cirilo relucir los ojos y observaba cómo se enrojecían las orejitas menudas donde danzaba una perla redonda, mientras una emoción inequívoca hacía subir y bajar el menguado seno, y doblarse el talle y casi caer sobre el hombro de la pareja una cabeza vencida y subyugada por turbación invencible... No era preciso ser zahorí para interpretar tales signos, ni brujo para descifrar el sentido del ardoroso, "creo que sí," respuesta á una pregunta de Cirilo, arrogante y tierna á la vez... En términos que, sin pecar de insolente, el secretario se atrevió á valerse de la confusión del gentío para llegar á su pecho el pecho de Leonela, estrechando á la vez su flaca mano, calenturienta á través del guante.

"Pedir más sería gollería," pensaba el secretario, cuando, terminado ya el vals, dejó á la inmutada Leonela entre un grupo de amiguitas, todas encapuchonadas y muy bullangueras y reidoras. Cirilo se apartó, no sólo por hábil cálculo, sino porque se acercaba la hora de vestir el dominó, y empezar á maniobrar hacia el rincón del jardín de invierno. Acababa de ver pasar á una encapuchada del porte y silueta de la duquesa, y en el mismo instante en que hacía

el soliloquio de que también ella esperaba el momento, Cirilo sintió sobre su hombro una mano; volvióse, y vió al dominó de la cruz de Montesa hecha de flores, que le interpelaba brusca y descortésmente. El diálogo fué rápido y sustancioso.—“¿Se puede saber dónde has aprendido á mentir con tal frescura, señor secretario?,”—“En la misma cátedra donde tú cursaste la necesidad.”—“Agradece que respeto la casa donde estoy: á no ser así, tendría gusto especial en soltarte...”—“¿Una bofetada? Basta la intención. Yo se la pagaré á V. en moneda contante, señor marqués de Altacruz.”—“Pues espere V. con la visita de un par de amigos míos mañana.”—“Se les recibirá, y ni ellos ni V. tendrán que quejarse de mí.”

Hay instantes en que los acontecimientos se precipitan de un modo tal, que no dan tiempo ni á sentir temor, ni á especular sobre lo futuro. Caminamos en medio de un vértigo, perdiendo el sentimiento de la realidad. Esto le ocurrió á Cirilo. Lejos de reflexionar y de romperse el meollo cavilando en que tenía un lance en perspectiva, y con un regular espadachín, Cirilo sólo pensó en correr á su cuarto, vestirse el negro dominó, ajustarse el antifaz, y deslizarse en el jardín de invierno aguardando á la desconocida, ó sea á la duquesa, pues para él era lo mismo. Ya faltaban pocos minutos: en breve la blanca forma soñada y anhelada se aparecería entre los árboles.

Acercóse al artístico grupo de amorcillos, y con un movimiento feliz, que supo hacer que pareciese impremeditado, si alguien por casualidad lo observaba, rompió la bombilla de luz eléctrica que, oculta entre el follaje, iluminaba misteriosamente aquel rincón. Como el sitio puede decirse que estaba solo, nadie había de reparar en la hazaña, realizada tan á tiempo, que ya una mujer encapuchada, penetrando tímidamente en el recinto, se acercaba con furtivo paso. Al reconocer Cirilo la estatura y el aire de la duquesa, se precipitó, no sin arrebató imprudente, y tomando las manos de la aparición, la arrastró hacia el sitio más sombrío. Ciego, demente, trémulo de felicidad, Cirilo desplegó en un minuto toda la retórica que la pasión dicta y enseña; y tanto dijo; de tal manera se explicó, que convenció á la tapada de que aquella peligrosa entrevista lo sería mucho menos, y al par tendría muy diferente dulzura, sabor y gracia, si por la puertecilla del jardín de invierno saliesen al otro jardín y en diez segundos se encontrasen á salvo en la misma estancia de Cirilo. Previsto estaba todo: no había luz para que no se filtrase por la reja un rayo inoportuno y delator; echadas las llaves que incomunicaban el aposento, á fin de que ningún criado

pudiese atisbar; y en el bolsillo de Cirilo la de la puertecilla que comunicaba con el jardín, teniendo así asegurada la salida por dos ó tres puntos, á prevención de cualquier sorpresa. La encapuchada se asustó, dudó, resistió, puso objeciones, cedió al fin...

VII

Al otro día de la memorable fiesta, Cirilo se despertó de un sueño de oro, luz y fuego, con la noticia de que el duque le llamaba urgentemente á su despacho. Levantado á prisa, no sin cierta alarma, y vestido en un decir Jesús, no necesitó Cirilo sino mirar á la cara del duque para comprender instantáneamente que aquel señor *sabía algo*.

Algo, sí; ¿pero qué? ¿La escena del vals con Leonela? ¿El inminente duelo con el marqués de Altacruz? O más bien, ¡cielos vengadores! ¿el episodio del jardín y su incomparable desenlace, cuyo recuerdo aún le producía un estremecimiento de profunda y soñada dicha?

Mas, ¿cómo cabía que supiese esto último el duque? Cerrada y oscura la habitación; apagado el diálogo, en que más que palabras hubo una mímica del cielo; cauta la salida, con mil precauciones; relativamente breve la entrevista; imposible de advertir, en noche de máscaras una ausencia tan corta del salón... á no ser que el mismo diablo, que todo lo añasca, hubiese enterado al ofendido esposo...! Y si éste no estaba al tanto de lo ocurrido, ¿qué significaba aquel gesto sombrío y fosco, aquellos ojos destellando ira, aquella voz dura, sibilante y seca, como un latigazo, con que el duque dijo á su secretario, mientras le mantenía de pie con la actitud y acentuaba la mortificante, ironía:

—¡Bien ha correspondido V. á mis atenciones, señor Hinojales! ¡Bien! ¡Cada cual se porta como quien es... y V. es hombre de fiar!

—Señor duque...—balbució el culpado, pronto á arrojarse á los pies del magnate y pedirle perdón, tal se encontró de aturdido, y tanto le llegó al alma el reproche.

—Los ingratos—añadió severamente el duque—rara vez cobran

el precio de su ingratitud. Siento haber calentado en el pecho una víbora, pero esto me servirá de lección, haciéndome en lo sucesivo más cauto. Yo sabré mirar mucho á quién introduzco en mi casa.

—No soy ingrato, señor duque, no—exclamó afligido Cirilo.—La fuerza de la pasión me ha extraviado. Un sentimiento irresistible...

—A otro perro con ese hueso—repuso prontamente el duque.—Bien sabemos el valor de semejante excusa. ¡La pasión! Veo que es V. mozo de más cuidado de lo que parece, y cuando el otro día le di á V. consejos para el porvenir, no debió V. de reirse poco de mi candidez. Muy ajeno me encontraba de creer que ya había V. planteado bajo mi techo el socorrido sistema de la caza de gangas matrimoniales. No se podrá decir de V. que no pica alto! ¡Por vida del señorito, ira de Dios!

—De Leonela se trata—pensó Cirilo respirando un poco, pues le parecía que de dos males el menor era aquel. Las palabras que el duque añadió inmediatamente y sin endulzar el tono de enojo y desprecio con que se expresaba, dejaron atónito al secretario, causándole el efecto de una ducha de agua helada, despedida con violento empuje.

—A pesar de todos mis consejos; desoyendo mis advertencias y rehusando otras soluciones más racionales y más conformes con su interés, mi cuñada Fina jura y perjura que después de lo acontecido no tiene más recurso que casarse con V. sin demora, en lo cual, por otra parte, según dice, sigue los impulsos de su corazón, pues asegura que se ha prendado de V. desde el mismo día en que le ha visto.

—¡Su cuñada de V., señor duque!—exclamó Cirilo con el más profundo asombro.—¿He oído bien? ¿Se trata de la señorita Fina?

—¿Pues de quién se había de tratar? ¡Hágase V. de nuevas!... Ella misma me ha confesado la verdad, y que anoche perdió la noción de su decoro, hasta el punto de que... de que va V. á ser mi concuñado; y me parece que, para principio de carrera, no es malo el salto que ha sabido V. pegar... Además, yo no ocultaré á V. que, por amor propio, por egoísmo bien entendido, he de procurar elevarle á V. lo más posible: pero cualquiera que sea mi esfuerzo por hacer de V. un personaje, en el fondo de mi alma, amiguito, en el fondo de mi alma le he juzgado á V.... y le considero un vividor de la peor ralea, y, sobre todo, oígalo V. bien, un ingrato!

Mientras el duque se producía así, Cirilo hacía una serie de rapidísimas reflexiones para tratar de entender el extraño enigma. No cabía duda: el duque había sospechado de la duquesa; tal vez

había visto salir del cuarto del secretario á la dama recatada en su capuchón, y Fina se sacrificaba por salvar á su hermana, por dejar su honor á cubierto, y él tenía que imitarla, emulando su heroico sacrificio.

—Señor duque...—murmuró aturdido—confieso que no sé qué pensar ni qué decir... Su enojo de V. me aflige, me llega al alma, y le ruego que no siga hablándome en ese tono, y que tenga compasión de mí. Por firme que sea mi propósito de no faltar al respeto que le debo por tantos estilos, temo que una frase injuriosa me lastime demasiado y dé al traste con mi sufrimiento, y desearía que no le quedase á V. de mí triste memoria. Antes de contestar á lo que acaba V. de decirme, permítame V.,—se lo ruego por favor,—que conferencie un instante con la señora duquesa.

—Accedo—dijo el duque—porque á mi esposa la interesa mucho la suerte de su hermana, y precisamente me había dicho también que con V. deseaba hablar un momento.

Salió el duque, y al poco tiempo Cirilo sintió el crujido de las faldas de la duquesa, que entraba serena y magnífica como la Juno de Homero. Y á la primer mirada que cruzó con la dama; sin que mediasen otras explicaciones, comprendió Cirilo de golpe y porrazo el extraño error que había padecido, y vió abatirse á tierra, marchito y lánguido, envuelto en las ruinas de su corazón, el gallardo arco de mirto y rosas.

—Mi hermana—dijo apaciblemente la duquesa—ha cometido una imprudencia insensata; ha labrado en un instante su desdicha. No sólo se ha precipitado de cabeza en el abismo, desmintiendo en una hora una vida entera de recogimiento y dignidad; no sólo ha sucumbido como una niña sin experiencia, á los treinta y cinco años que tiene, sino que ni ha reparado, en su ceguedad, que me comprometía gravísimamente á mí. Se ha servido, para escribir á V., de mi papel de cartas; y como nuestra letra se parece mucho, pues hemos sido educadas en el mismo colegio, y las cartas fueron anónimas, excuso decir á V. lo que podría suponerse si alguna cayese en malas manos. A no tener yo, por fortuna, reputación bien sentada; á no poseer la absoluta confianza de mi esposo, porque la merezco, he podido verme envuelta en alguna horrible red. Ha llegado á tanto la obcecación de esa pobre hermana mía, que hasta convertía mis muebles en estafeta, y que ayer, en el empeño que tuvo en vestirse y encapuchonarse exactamente como yo, sin pliegue más ni pliegue menos, demostró que al jugar su honra no le importaba echar la ajena por el balcón. En fin, ella lo ha querido, y

ella es quien ha de soportar las consecuencias de este desliz. Procure V. que nunca tenga que arrepentirse, porque Fina es una santa, y si V. la juzgase por este paso imprudentísimo, sería injusto con la que pronto se llamará su mujer.—Y aquí la duquesa dió muestras de enternecerse, y aún llevó el pañuelo de batista á los bellos ojos.

—Alto ahí, señora duquesa—exclamó Cirilo, que empezaba á perder los estribos al apurar tan á fondo la hiel del desengaño.—Yo no he dicho todavía si estoy dispuesto á aceptar el altísimo honor que se me ofrece con la mano de la señorita Fina. Antes de resolver sobre este punto delicado, permítame V. que reflexione un par de horas. Ya volveré á comunicar á V. lo que haya decidido.

Y saliendo bruscamente de la estancia, dirigióse como un rayo á las habitaciones de Leonela, á cuya doncella intimó que necesitaba, á todo trance, ver y hablar sin dilación, á la señorita. Al ruido del diálogo, salió Leonela vestida de mañana, ojerosa, deshecha; y al reconocer al secretario, sus enjutas mejillas se tiñeron de rubor. Despició á la doncella, encargándola que no llamase á la *Fraulein*, y se acercó á Cirilo, como interrogando.

—Leonela—dijo Cirilo sin ambages ni circunloquios—anoche he debido á V. una distinción... no, no, varias distinciones... de tan alto precio, que trastornarían á cualquiera la cabeza y el alma. De lo que V. me diga ahora pende mi vida. ¿Qué debo creer? Repito la pregunta que dirigí á V. anoche valsando: ¿siente V. algo por mí? ¿Soy para V. *alguien*, alguien en quien piensa, alguien que le importa?

—Ojalá me fuese V. indiferente—contestó tartamudeando la señorita.—Ojalá, Hinojales. No me costaría entonces tanto trabajo determinarme á fijar el día de mi boda con el marqués de Altacruz, á quien me complazco en desesperar, para que no crea el muy tonto que me ha seducido.

—Es que entonces, Leonela, si es así, no debe V. casarse sino conmigo, y no con el marqués á quien no quiere. ¡No faltaba más, Leonela! Seguro de que V. me distingue, disputo esta mano al mismísimo Cid. Que venga el marqués á arrebatármela. Que venga todo el género humano.

—Amigo mío—murmuró zalameramente la señorita, echando á Cirilo un brazo por el cuello,—¿qué está V. fantaseando? ¡Si pudiésemos hacer como en las zarzuelas, que se casa la gente con quien le gusta, y los reyes con las pastorcitas!... Le aseguro á V. que lo deploro, y que me caso de bien mala gana. Pero reflexione

V., y comprenderá que el mundo no es así como querríamos que fuese. Sólo nos está permitido, todo lo más, un *rêve*... No le gusta á V. *rêver*?... ¡Es tan bonito!... Es casi más bonito que la realidad... ¡Oh, *rêver*!

Al expresarse así Leonela, acercábase más al secretario, y sus dedos secos se enclavijaban y fundían en los de la fuerte y varonil mano del joven, y su aliento precipitado delataba la vehemencia y acción del consabido *rêve*. Cirilo separó su diestra en un arranque de indignación furiosa; y haciendo una reverencia sarcástica, salió disparado de las habitaciones de Leonela, llevando sobre su espíritu todo el peso del arco de oro y pedrería, que acababa de derrumbarse estrepitosamente. Sentíase capaz de estrangular y de patear á Leonela, olvidando que los móviles que le arrastraban hacia la hija del duque no eran más puros que los que atraían á la hija del duque hacia él.

Desde su cuarto escribió Cirilo al duque una carta lacónica y glacial, renunciando á la honra que se le brindaba de ser esposo de la señorita Fina, y rogando que se le dispensara también, desde aquél punto y hora, de su cargo de secretario. Metió sus efectos en la maleta, llamó á un mozo de cuerda, y al cruzar el umbral del palacio de Ambas Castillas creyó sentir un fragor terrible, un estrépito como de cien cañonazos: era el arco de mármol y bronce, que lo mismo que los dos arcos anteriores, se venía al suelo.

Del lance con Altacruz, que se verificó dos días después, sacó Cirilo, á pesar de su gran experiencia de sala de armas, un mediano charrascazo, que á poco que se hubiese corrido el filo del sable le parte la sién. Del episodio con la cuñada del duque, la mala voluntad y tirria perseverante de este señor, el cual se dió gran prisa á buscar á Fina un pretendiente y á casarla, aprovechando el natural despecho que concibió la señorita contra su seductor involuntario. Privado de las aldabas á que se asia, en vano luchó Cirilo para buscar nuevas sendas por donde ascender y prosperar: la única gente que le conocía le conocía por el duque, y éste, que un tiempo pensó elevarle, se esmeró tanto en rebajarle y oscurecerle, que Cirilo se vió rechazado de todas partes, sin medio humano de romper la conjura del olvido y de la frialdad desdeñosa que en torno suyo formó su antiguo protector y amo.

Hoy, desempeñando una cátedra en un instituto de provincia,—única situación que pudieron alcanzar sus méritos,—Cirilo suele meditar sobre los problemas de su educación y de su destino. Sospecha que se perdió por falta de cultura moral; porque siendo en

todo un sabio y un ateniense, en su conciencia fué un salvaje, esclavo del apetito y ajeno al sentimiento del deber. No le consuela el reconocer que esta deficiencia es común á toda la generación contemporánea. Además—comprende que no debió querer remontarse tan de golpe, y que, en resumidas cuentas, le convendría mucho haberse casado con Fina, dueña de no despreciable caudal, mujer honesta, sensible y enamorada, y escalón seguro para conservar valimiento con el duque. Pero aquella visión de los tres arcos, que tanto le persiguió, aún le persigue á veces, pues la esperanza y la ilusión nos acompañan hasta el sepulcro; y sé de buena tinta que Cirilo espera la gloria y la medalla de académico C., por una *Gramática analítica razonada y tesoro de etimologías de la lengua copta*.

EMILIA PARDO BAZÁN.

GOYA

CONTINUACIÓN

III

El grabado al agua fuerte y sus dificultades.—Opinión equivocada de algunos críticos sobre la intención de *Los Caprichos*.—Explicación manuscrita de ellos: es de Ceán y no de Goya mismo.—Otras explicaciones apócrifas.—Errores que contienen.—Declaración del autor en el prospecto de su obra.—No se prestaba su carácter á sátiras personales.—Lo que realmente significan *Los Caprichos*.—Los adquirió la Calcografía Real.—Cuadros de la vida de San Francisco de Borja, pintados para la catedral de Valencia.—La pintura no puede expresar más que realidades.—Cuadro de las Santas Justa y Rufina para la catedral de Sevilla.—La Comunión de San José de Calasanz, para las Escuelas Pías de Madrid.—Retratos de la familia de Carlos IV.—Otros retratos.—Cinco cuadros de costumbres que posee la Academia de San Fernando.

Desde que hizo la colección de aguas fuertes de algunos cuadros de Velázquez no había Goya publicado ningún grabado hasta este año de 1798, en que pintó las bóvedas de San Antonio, que fué cuando emprendió la colección conocida con el nombre de *Los Caprichos*.

El grabado al agua fuerte, sencillo y fácil en teoría, pues consiste sólo en dibujar sobre una plancha cubierta de barniz, con una aguja, que vaya descubriendo el cobre en las partes que el ácido ha de atacar, es difícil y entretenido en la práctica cuando se quieren obtener efectos completos de claro-oscuro solamente con la aguja y la punta seca. De este modo

fué como Rembrandt produjo sus admirables grabados; pero no era este el sistema que se acomodaba á la impaciente fogosidad de Goya, que cuando le empleó, como en las copias de Velázquez, se contentó con la media mancha sin buscar el efecto completo. Hay otro procedimiento más complicado, pero con el que se obtiene resultado más pronto y fácilmente, que es el llamado al *aguatinta*, y á él acudió Goya en *Los Caprichos*, y en la mayor parte de los grabados que hizo después, ayudándose más ó menos de la aguja y la punta seca.

La mayor parte, si no todos los críticos que han hablado de esta obra, quieren ver en ella una sátira sangrienta contra los personajes y sucesos de la época. «Si la dama que le sirve de modelo es una Mesalina, si el valido á quien retrata no sostiene siquiera el paralelo con los Leicester y Valenzuelas, no hay modo de que la dama salga de su pincel simpática á los ojos de la gente honrada, ni que el privado obtenga de su mano atractivos que le hagan aceptable,» dice el señor de Madrazo, en el citado Almanaque. Cruzada Villamil, en su libro de *Los Tapices*, es más terminante, pues asegura que Goya, «al censurar los vicios y ridiculizar y anatematizar tales liviandades, cometía los unos é incurría en las otras, pues hería á quienes le encumbraban y consignaba sus flaquezas...»; y añade: «Ni la duquesa de Alba, á quien tanto debió; ni la de Benavente, que tanta ocupación dió á sus pinceles; ni Godoy, de quien tanta honra recibió; ni Carlos IV, que *medio le había abrazado*; ni nadie de cuantos figuraban en la corte y ocupaban elevados cargos, carecen de su página en aquel terrible libro de verdades descarnadas, de severas censuras, de envenenada crítica.» Se refiere á *Los Caprichos*.

Lo mismo indica Carderera en los artículos que publicó en 1835 en el periódico *El Artista* y en la *Gazette des Beaux Arts* en 1860 y 1863.

Nadie como Carderera, que conoció á Goya y trató á su hijo, podía haber dado noticias exactas referentes al artista aragonés, y, sin embargo, son muy poco interesantes y vul-

gares las que dió. Se hizo eco de todas las paparruchas que corrían con respecto á la intención de *Los Caprichos*; afirma que los ángeles de la bóveda de San Antonio son efectivamente retratos de damas conocidas; supone que Goya era un buen espada en el toreo, y dice que un libro de dibujos que poseía era referente á un viaje que el famoso pintor hizo á Andalucía acompañando como amante á la duquesa de Alba, y que en él se consignaban hasta las escenas más íntimas.

Si tales vulgaridades son acogidas y propaladas por un académico español, ¿por qué admirarnos de que extranjeros como M. Ch. Iriarte ó Laurent Matheron hagan de la biografía de Goya un libro de caballerías?

Carderera dice que si Goya hubiera escrito sus memorias serían semejantes á las de Benvenuto Cellini; y M. de Iriarte, determinando más, le atribuye algunos asesinatos y muertes en desafío, violación de monjas y otros excesos; le contrata con una cuadrilla de toreros y le lleva por los pueblos dando corridas. ¡Nos quejamos de que los extraños nos desfiguren, y tenemos á gala el retratarnos desfigurados á sus ojos! A pesar de todo, lo más interesante y lo más sensato y estudiado que se ha escrito sobre Goya lo ha hecho un francés, M. Paul Lefort.

Anda en manos de los aficionados una explicación manuscrita de *Los Caprichos*, de la que Carderera decía poseer el original. Esta explicación no explica nada que no se le ocurra, al ver las láminas, á cualquier persona de buen sentido, y no alude á ninguna personalidad de las que aquellas gentes quieren encontrar por todas partes. Pudiera Goya haber escrito estos comentarios, pero es casi seguro que son obra de su amigo Ceán, tanto por la letra y redacción del original, cuanto porque para no aclarar nada no los hubiera hecho el autor de los dibujos.

Hay otra explicación, que pasa también por auténtica, pero que manifiestamente es apócrifa, pues contiene obscenidades que no vienen al caso, y señala en todas las láminas alu-

siones á personajes determinados, sin que nada lo justifique ni remotamente.

M. Lefort dice que en un ejemplar de la primera edición de *Los Caprichos* vió una nota contemporánea manuscrita en francés, en la que se detallan algunos asuntos; por la copia que da, se ve que esta explicación es tan arbitraria y absurda como todas las que han querido dar aclaraciones concretas.

Pondré un ejemplo: la estampa núm. 19, cuyo epígrafe es *Todos caerán*, representa á dos mozas pelando á un pollo con cabeza de hombre; en primer término hay una vieja sobre un árbol, encima de este grupo está subida una polla con cabeza de mujer; alrededor revolotean otros pájaros con cabezas de hombres, vestidos con trajes de diferentes clases sociales. Manifiestamente esto no representa más que á unas ramera; la que está subida en el árbol es el reclamo que atrae á los incautos.

La lámina siguiente, núm. 20, es el complemento de la anterior y aclara más el concepto. *Ya van desplumados*, dice la leyenda, y, efectivamente, los pollos pelados y cabizbajos son arrojados á escobazos de la casa.

En la estampa núm. 21 se vuelven las tornas; *Cual la descañonan*, y, en efecto, dos golillas despluman á una polla con cabeza de mujer, indicando que conforme las mozas de vida airada explotan á los libertinos, ellas á su vez son explotadas por la gente de curia. Todo esto es claro, no tiene otra interpretación posible; sin embargo, la citada nota francesa asegura muy formal que, «la lámina 19, en la que se ve á dos mujeres ocupadas en desplumar á pequeños personajes, que al punto se elevan por los aires cayendo un momento después; ¿qué otra cosa puede significar que la larga serie de amantes que desde, ó tal vez antes de D. Juan de Pignatelli hasta el príncipe de la Paz se sucedieron cerca de la reina, haciéndose más ó menos ridículos por el escándalo de su tontería ó vanidad? La desgracia de estos favoritos numerosos está más particularmente representada en la lámina 20...»

No pueden admitirse de ningún modo tales suposiciones. Aunque la reina María Luisa tuviera una debilidad con Godoy, nunca dió muestras de serle infiel, como lo manifiesta la nunca interrumpida privanza del favorito. Las catorce cartas que ella escribió en pocos días al gran duque de Berg pidiendo la seguridad y libertad del príncipe de la Paz, demuestran el acendrado cariño que le profesaba, al cabo de tanto tiempo, y el estado de angustia en que su ánimo se hallaba ante el peligro que su amante corría. ¿Es verosímil que buscara amantes para explotarlos y arrojarlos después á escobazos? Son dos las mujeres que están pelando pollos, y las contempla una celestina; otra mujer disfrazada de ave las ayuda á cazarlos. ¿Se ve en alguna el menor rasgo, la menor señal, de que pueda ser la reina? ¡No!

Puesto que estas tres láminas, en que algunos personajes están representados en forma de aves, se refieren unas á otras, ¿puede soñarse que la gente alguacilesca molestase á María Luisa?

¿Qué datos hay para suponer que la estampa núm. 55, titulada *Hasta la muerte*, que representa á una vieja sentada delante del tocador, y una doncella que la está acicalando, mientras dos cortesanos la celebran, sea la caricatura de la condesa de Benavente? Ninguno.

En la lámina 29, *Esto sí que es leer*; ¿por qué ha de ser el duque del Parque el personaje que dormita sobre un libro mientras el peluquero le peina, y el ayuda de cámara le calza? Si, como dice el intérprete, «de este método de instrucción resultó adquirir el duque un gran fondo de conocimientos que el gobierno español aprovechó más de una vez encargándole algunas misiones diplomáticas», no había, en esta costumbre de aprovechar todos los momentos para la lectura, nada de vituperable ni que se prestara al ridículo. No es fácil descifrar lo que el pintor ha querido indicar, como no sea el que las cosas no pueden hacerse bien más que en la ocasión oportuna; pero no parece tratara de ridiculizar la asiduidad de persona que como el citado duque recogió el fruto de sus afanes.

Nada más fácil, ni más vano, que el dar significación determinada á cualquier cuadro, estampa ó dibujo, sin datos para demostrar la exactitud de lo que se nos antoja que representa.

Si se pretendiese, por ejemplo, que Goya, en el tapiz que representa sencillamente á unos leñadores cortando las ramas de un árbol, quiso figurar al pueblo tratando de cortar los abusos del clero y la nobleza, podría haber quien lo creyera, pero nada lo justificaría.

Puestos en este camino de infundadas interpretaciones, no hay inconveniente en suponer que en el tapiz titulado *El Militar y la señora* hace alusión á cualquier personaje conocido cuya esposa no le era fiel; y, por no quedarnos cortos, al mismo Carlos IV y María Luisa cuando eran príncipes de Asturias.

Goya, en el prospecto que publicó para su obra, dijo que había escogido asuntos que diesen ocasión á combatir preocupaciones, imposturas é hipocresías consagradas por el tiempo; pero que protestaba de que ninguna de las láminas fuera sátira personal. No hay por qué dudar de su aserto.

Si al dibujar alguna se acordó de personaje determinado, ó de suceso ó escándalo reciente, no es posible adivinar las intenciones de nadie, y mucho menos cuando se disfrazan. Goya no era bufón ni gracioso; la intención de sus obras es siempre seria; por contrahechas ú horribles que sean algunas de sus figuras, no son caricaturas que tengan por objeto la burla risueña, sino el sarcasmo y desprecio amargos. Como todos los genios satíricos, tiene un sentimiento vivo y profundo de la virtud y de la belleza moral, desesperándose y llegando á dudar de si existen cuando las encuentra holladas á cada paso; ve antes el lado malo que el bueno de las cosas.

Comprende que la sátira es más honda y trascendental cuando ataca los vicios ó las preocupaciones de una manera general, que cuando se fija en los individuos. Pocos serán *Los Caprichos* que no tengan una explicación sencilla y clara, sin que sea necesario recurrir á interpretaciones rebuscadas y maliciosas.

Por otra parte, el carácter del autor no era á propósito para chocar de frente con la corte y las personas influyentes. Se le ve siempre procurando su medro personal y su adelantamiento, plegándose á las circunstancias, á pesar de su carácter brusco. En todas las cartas íntimas que escribió á su amigo Zapater se muestra siempre muy complacido de las bondades que recibía de la familia real y de los grandes personajes. Continuamente está solicitando ascensos. Tiene como honor que el infante D. Luis le dijese en una cacería, al verle tirar á un conejo:—*Este pinta monas aún es más aficionado que yo.*

Durante las vicisitudes por que atravesó la patria en su tiempo, no tomó parte activa en la política, en bando ninguno, y procuró conservar su cargo de pintor de Cámara, lo mismo con Carlos III, que con Carlos IV; con José Napoleón, que con Fernando VII. Ni Goya era hombre capaz de exponerse á comprometer su posición con burlas indiscretas, ni, tratándose de personas con cuya amistad se honraba, tenía autoridad para vituperarlas, ni el hacerlo hubiera dejado de ser una villanía que no se le debe suponer.

No necesita buscarse, repito, una interpretación descabellada para comprender *Los Caprichos*. Algunos de ellos son puramente fantásticos, y no tienen otro objeto que burlarse de la creencia en las brujas, dibujando las grotescas escenas de sus conciliábulos. Otros se refieren á la ligereza y vanidad de algunas mujeres, y más señaladamente á las prostitutas y encubridoras; así como á la insensatez que cometen los hombres incautos á quienes sus pasiones arrastran á dejarse engañar por falsas apariencias. Muchos, atacan malas costumbres y preocupaciones vulgares, como la de meter miedo á los niños con el coco; la de mimarles hasta demasiado grandes; la de castigar sus faltas con azotes; la fe en la virtud de los dientes de los ahorcados, etc.

Otros, en fin, motejan los vicios de los frailes y las supersticiones, siendo la estampa más atrevida de todas las que lleva por lema: *Lo que puede un sastre*, en la que se ve un tronco

de árbol sobre el que está liado un paño que le da el aspecto de un fraile, ante el cual se prosterna de rodillas en adoración una joven, viéndose en segundo término otras mujeres que acuden también devotamente. Esta lámina, y la que lleva por título *El sueño de la razón produce monstruos*, que representa á un hombre, tal vez el autor, recostado en una piedra, cubriéndose la cara con las manos para no ver las espantosas apariciones que pueblan el espacio, demuestran lo benévolas que fueron la censura y la Inquisición durante el reinado de Carlos, llegando hasta el punto de haber podido regresar á vivir á España D. Pablo Olavide, que había sido condenado por hereje en el reinado anterior, y de no haber nadie estorbado tampoco el que Moratín escribiera con socarronería en una de sus comedias:

«... le administraron la unción,
que para el alma es muy buena»;

sin que las gentes tampoco se alarmaran por ello.

Los Caprichos fueron adquiridos para la Calcografía Real, que los publicó en 1803 por instigación del príncipe de la Paz, no siendo este un imbécil que se hubiera prestado á hacerlo, ni hubiera conservado su amistad con el autor, si remotamente pudiera presumirse que aquella obra era una burla de él, de la reina, del rey y de los personajes de la corte.

Cuando hable de *Los desastres de la guerra*, insistiré en demostrar esta particularidad característica de Goya, de no hacer nunca alusiones directas.

Examinada bajo el aspecto del arte, esta colección de los Caprichos es de lo mejor que grabó el autor, si bien en los desastres de la guerra hay quizá más vida y energía.

Todas las láminas están grabadas al aguatinta y ayudadas con rayados á la aguja y punta seca, menos la núm. 32, *Porque fué sensible*, que está solo al aguatinta. En general están bien dibujadas, y las figuras, particularmente las de mujer, son de tipo elegante y esbelto. El claro-oscuro es siem-

pre agradable y de buen efecto, producido enteramente á capricho, sin justificación ninguna, y con muy pocos tonos. Más que efectos estudiados son manchas felices.

Pintó Goya por encargo de la duquesa de Benavente dos cuadros para la catedral de Valencia, representando á *San Francisco de Borja despidiéndose de su familia*, y *el mismo santo exorcizando á un moribundo*. Ambas escenas están representadas con gran sentimiento y expresión. En la primera, los tipos son vulgares, pero expresan bien la aflicción de una despedida. Es un cuadro de costumbres más que un cuadro religioso, y aunque el asunto no es otra cosa, contribuye á hacerle más profano la poca elegancia de los personajes. El otro lienzo es de un aspecto verdaderamente trágico. El santo presenta un crucifijo á la vista del poseído, que medio desnudo se agita convulso en el lecho, horrorizado de las visiones que se cruzan en el espacio.

No sé por qué algún crítico dice que nada le parece más insípido y frío que estos cuadros, porque podrán tener todos los defectos que se quiera menos el de falta de animación, de fuego y de vida.

Por más que se diga, la pintura no puede representar más que lo que se ve; no puede expresar más que acciones y afectos humanos. Nadie ha logrado pintar imágenes que den idea de seres sobrenaturales. Santo y muy bueno que hayamos adoptado una idealidad convencional para representar las escenas sagradas, y que digamos que una obra carece de carácter religioso cuando no se acomoda á esta convención; pero si tomamos por norma á *Beato Angélico*, por ejemplo, no digamos que las *Concepciones*, ni las *Sacras familias* de Murillo son místicas; y aun cuando así lo hagamos, dando mayor latitud á la fórmula á que ha de ajustarse la pintura religiosa, de ningún modo podremos darle tanta que comprendamos en ella á Goya. Desgraciadamente fueron siempre asuntos religiosos los de mayor importancia que le encargaron.

En 1817 pintó el cuadro de *Santa Justa y Santa Rufina* para

la catedral de Sevilla, recomendable por algunas de sus buenas cualidades; pero ni el arreglo de la composición, ni la expresión picaresca de las fisonomías, están en armonía con el asunto. Los restos de un ídolo, que yacen en primer término, son mezquinos.

En 1820 hizo otro cuadro religioso para las Escuelas Pías de San Antonio, representando *La Comunión de San José de Calasanz*, de hermoso efecto, aunque tan vulgar como solía serlo de ordinario el pintor. La escena está bien arreglada y hay en ella cierta unción; quizá es la obra de esta índole en que logró dar mejor con el carácter conveniente.

Como se ve, mediaron algunos años entre la ejecución de unos y otros de estos cuadros religiosos. En el entretanto, se ocupaba el artista, que fué muy laborioso, en retratar á cuantas personas de valía vivieron en su tiempo, empezando por la real familia, y siguiendo por la grandeza, los ministros, los generales, magistrados, literatos, artistas, actores, actrices y grandes damas. La mayoría de estos retratos son obras de primer orden. El Museo de Pinturas y la Academia de San Fernando poseen algunos, por los que puede juzgarse bien al autor. Los estudios para los retratos de la familia de Carlos IV son admirables. El gran cuadro para que sirvieron, tiene gran fineza de color, y ofrece un conjunto armonioso que seduce; pero la composición, en la que todas las figuras están en pie formando líneas paralelas verticales, en fuerza de querer ser sencilla y natural, resulta afectada. El dibujo flaquea en muchas partes, y las cabezas, aunque muy buenas, no tienen la espontaneidad que en los estudios. A pesar de todos estos defectos, es un cuadro importante. Por la edad que representan los personajes, debió ser pintado el año de 1800.

También son de primer orden los retratos ecuestres de Carlos IV y de María Luisa, aun cuando el caballo del primero sea disforme de largo. Es de notar que estos caballos son de los pocos que el autor se sujetó á copiar del natural; pues siempre que pintó caballos, toros ú otros animales, hizo mons-

truos de su invención, como puede observarse en el retrato del general Palafox, que á pesar de todo resulta una cosa hermosa, llena de fuego, de intención y de vida.

Otros muchos retratos pudiera citar de los que existen en el Museo y en otras partes, como el del cuñado de Goya, Francisco Bayeu, y el de la mujer del autor, en el Museo, y los del general Urrutia y el duque de Osuna en casa de éste, pero sobresalió tanto Goya en este género, que serían casi todos los que pintó dignos de examen detenido.

Además de los cuadros para los tapices, de los religiosos y de los retratos, hizo también alguno alegórico, de que ya hablaré, é infinidad de cuadritos, que el llamaba *borrones*, y no son lo menos original é importante de sus obras. He visto muchos, y la generalidad son impresiones de escenas populares, aquellarres de brujas y horrores de la guerra; siempre buscando impresiones dramáticas.

Sucede con éstas, como con otras muchas obras de Goya, que agradan y seducen, á pesar de ser casi tantos sus defectos como sus bellezas. ¿Es esto bueno?, me pregunto delante de algunos cuadros de este artista, que me gustan y atraen á pesar de contravenir á todas las reglas admitidas por idealistas y naturalistas. El dibujo, positivamente, suele ser malo; el color es armónico, es agradable, es brillante, pero es falso; además, si fuera el color lo que atrae, ¿cómo explicar el encanto de muchos de sus grabados, cuyo dibujo no es bueno, y que no tienen color, ni siquiera entonación?

¿En dónde está el límite que separa el mamarracho de la obra de arte? No lo sé. ¿Será que la vida, la intención, el movimiento, que jamás faltan en las creaciones de este autor, son cosas tan esenciales que compensan la falta de otras cualidades? ¿Será que la expresión clara del sentimiento íntimo de un individuo, el alma, digámoslo así, tiene tanta fuerza? No lo sé tampoco. El hecho es que Goya impresiona á todos, y que no sólo le dieron fama sus retratos, como debieron dársela, sino todas sus demás obras, á pesar de sus incorrecciones.

La Academia de San Fernando posee cinco de estos cuadros pequeños de que iba hablando, los más á propósito para poder juzgar. Representan: *Una procesión de Viernes Santo*, acompañada por los disciplinantes; *una sesión del Tribunal de la Inquisición*; *una corrida de toros en la plaza de un pueblo*; *una casa de locos*, y *El Entierro de la Sardina*. Esta última tabla no es compañera, en tamaño, de las anteriores. Aparte de lo excelente de la composición, del color y aun del dibujo de estos cuadros, hay que observar el espíritu, la vida y la intención con que están hechos. Todas las escenas están interpretadas con idea de crítica sarcástica; la casa de locos es el resumen del razonamiento. Los disciplinantes y la veneración de las imágenes, los juicios del Tribunal de la fe, las corridas de toros, las máscaras, todo está visto, representado y juzgado como otras tantas aberraciones del espíritu humano. Y no se diga que á mi vez hago conjeturas tan descabelladas como las que critiqué á los comentadores de *Los Caprichos*; basta ver los cuadros para comprender que no es sólo el aspecto pintoresco lo que ha querido buscar el autor, sino el ridículo también. Además, no es la única vez que trató estos asuntos y explicó claramente la intención con que lo hacía. En *Los Desastres de la guerra*, tiene dos estampas, la núm. 66, *Extraña devoción*, y núm. 67, *Esta no lo es menos*, que indican bastante lo que pensaba del culto de las imágenes. Cuando hablé de *Los Caprichos* hice observar la estampa núm. 52. *Lo que puede un sastre*, y á ella sigue la núm. 53. *¡Qué pico de oro!* en la que se ve á un loro predicando á un tribunal de frailes que duermen ó bostezan; es de temer el voto que darán tales jueces.

Se dirá también que siendo el autor tan aficionado á las corridas de toros, no es creíble que las mirara como cosa estúpida y feroz; pero á pesar que de viejo, según Moratin, se jactaba de haber toreado, es lo más probable que esta fiesta le llamase más la atención por lo animada y pintoresca que por otra cosa, y que al razonar sobre ella comprendiera sus defectos. Las planchas de *La Tauromaquia* parecen estar hechas con inten-

ción de causar horror, terminando, á modo de moraleja, con la muerte de Pepe-Hillo.

En tiempo de Goya la opinión de las personas ilustradas era contraria á las fiestas de toros, por lo que el príncipe de la Paz las prohibió en 1805, siendo uno de los hechos de que se vanagloria en sus *Memorias*. Por no estudiarse bien las cosas ni los personajes, á Godoy se le supone también un gran aficionado á los toros y á la guitarra, instrumento que asegura, en las mismas *Memorias*, no tocó jamás.

De todos modos, es indudable que de cualquier clase que fuese la afición que Goya tenía á las corridas de toros, veía y representaba todo lo que hay en ellas de feroz y de salvaje.

IV

Impresión que hicieron en Goya las desdichas de la guerra.—Sus cuadros y grabados sobre este asunto se inspiran en el horror que le causa, y no en el patriotismo.—Cuadros de las escenas del Dos de Mayo.—Es llamado por Palafox para perpetuar el recuerdo de la defensa de Zaragoza.—Se combate la idea de que el autor pintara con otra cosa que con los pinceles.—No se le puede imitar.—Ni fundó escuela ni ejerció influencia sobre los pintores de su tiempo.—Cuadros pequeños representando horrores de la guerra, y tendencia á los asuntos trágicos.—Colección de aguasfuertes, *Los Desastres de la guerra*.—Otra colección titulada *Los Proverbios*.—Algunas de las láminas de esta colección no admiten la interpretación que las da M. Lefort.—Dificultad de dar forma á fantasías del género de las de Goya.—*La Tauromaquia*.—Observaciones sobre algunos caracteres de las obras citadas.

A un hombre de las ideas y temperamento de Goya debía impresionarle extraordinariamente la guerra y sus estragos, dándole ocasión á ejercitar su genio; no es raro, pues, que así sucediera. Pero no vió la guerra á través del honor, de la gloria, ni del interés de la patria ó de la civilización, sino bajo

el aspecto del desenfreno de las malas pasiones de la humanidad.

Muchos de los *borrones*, ó pequeños cuadros, que antes cité, tienen por asunto escenas de matanzas, saqueos, incendios, violaciones y toda clase de excesos. Bajo el influjo de esta impresión están concebidos y tratados los dos cuadros grandes, con figuras del tamaño natural, representando una escena del motín del Dos de Mayo, y los fusilamientos de la madrugada del día 3 en la Montaña del Príncipe Pío, que se hallan en el Museo.

Es inútil querer defender, como lo hizo Ferrer del Río, que Goya era un patriota, en el sentido que vulgarmente se entiende esta palabra, y suponer, como supone, que no empuñó el artista las armas al levantarse el pueblo de Madrid contra los franceses, porque tenía sesenta y dos años; como si no hubiera habido muchos de más edad que las tomaron. Un hombre robusto y fuerte como Goya, que murió de más de ochenta y dos años, de resultas de una caída, no debía estar tan caduco en 1808, que no hubiera podido coger un fusil si hubiera tenido coraje para ello. Pudo ausentarse, con motivo de la invasión francesa, por lo menos dejar de tener un cargo oficial, y no lo hizo, sino que continuó con su cargo en palacio; hizo varios retratos del rey José, y en compañía de Maella y de Napoli, formó parte de una comisión para elegir las obras de los grandes pintores que habían de remitirse á Francia.

En el tomo III de la *Historia de los sitios de Zaragoza* que escribió D. M. Gil y Alcaide, se dice, en la pág. 51, que Palafox llamó al pintor Goya con el objeto de que, inspirándose en las ruinas de la ciudad, perpetuase por medio de algún cuadro la victoriosa defensa del primer sitio. Llegado á Zaragoza á últimos de Octubre de 1808, hizo bocetos de las principales ruinas, figurando en uno de ellos el hecho de arrastrar por el Coso los muchachos los franceses muertos en el choque del 4 de Agosto; cuyos bocetos se perdieron á causa de haberlos cubierto con un baño, por temor á los franceses, baño que después

no se pudo quitar. En Noviembre del mismo año se retiró el artista á su pueblo natal Fuendetodos.

A esta estancia allí se refiere Zapater cuando cuenta que, al ver Goya unas cortinas, y la Venida de la Virgen del Pilar que había pintado en las puertas del retablo, cuando muchacho, exclamó:—«No digáis que eso lo he pintado yo.»

¡Llamado para inmortalizar la heroica defensa, no tuvo inspiración más que para representar un acto de feroz salvajismo!

Ni los citados cuadros del 2 y 3 de Mayo, ni sus grabados de *Los Desastres de la guerra*, denotan al patriota que trata de inmortalizar las hazañas de sus conciudadanos, ó de animarlos en su gloriosa empresa; no se ve en ellos más que hombres entregados al feroz instinto de la matanza; lo mismo en el ataque del pueblo contra los mamelucos, que en los fusilamientos. La impresión que causan es profunda, pero sin que se mezcle en ella nada de ningún sentimiento grande que no sea el horror. Para producirle se ha valido el autor de todos los recursos que podía prestarle el realismo más acentuado, no retrocediendo ante el repugnante espectáculo de la sangre, ni de los cadáveres con el cráneo destrozado. Los soldados franceses no pueden clasificarse entre los de ningún ejército ni ninguna nación; son sombras vengadoras, son el espíritu del mal, implacable y fiero. Están pintados estos cuadros tan á la ligera, que parecen improvisaciones, y sin embargo no lo son; Carderera poseía el boceto de uno de ellos, el de *los mamelucos*, que conserva en su palacio la actual duquesa de Villahermosa.

Casi todos los que han escrito acerca de Goya dicen, para ponderar su arrojo y valentía, que pintaba sin vacilación ni arrepentimiento, ya con una mala brocha, ya con el cuchillo, con una esponja, una caña, una cuchara, ó con la yema de los dedos; y quieren hacer de esto una alabanza. Prescindiendo de que el hecho es una nimiedad indigna de citarse, que en nada aumenta el mérito de un pintor, sucede que casi puede asegurarse no es verdad, pues todos los cuadros importantes

de Goya están pintados con los pinceles, como pinta todo el mundo, y es muy raro el encontrar algún cuadro pequeño en que se haya servido del cuchillo.

A pesar del fuego y la espontaneidad que sabe conservar este autor en sus cuadros; á pesar de que sus grabados parecen estar trazados de primera intención sobre el cobre, no es así: siempre hacía estudios, y uno ó más bocetos preparatorios, de los que se separaba después muy poco ó nada. Hay aguafuerte que está copiada casi raya á raya del dibujo preliminar, sin que se note sujeción ni fatiga alguna. No procedía, pues, con tal arrebató que para que no huyese la inspiración de su mente necesitara precipitarse sobre una escoba, una esponja ó cualquier cosa para convertirlas en pincel; pues sería necio suponer se valía de estos medios para producir mecánicamente algún efecto determinado, cosa que nunca intentó.

Es mucho más moderna que Goya la costumbre de buscar una imitación material con plastas de color, rascaduras y otras industrias indignas del verdadero artista; porque el arte no tiene por objeto el engañar la vista é imitar las superficies de las cosas. Todos los peines, esponjas y palillos que necesita el pintor de puertas para imitar mármoles ó maderas, son inútiles al pintor de historia, y no resistirá mucho á la fama la gloria que principalmente se funde en hábiles manipulaciones.

Confieso que las escenas del Dos de Mayo, de que iba hablando, me impresionan y me agradan; pero no por esto dejo de preguntarme: ¿son buenas? El dibujo es flojo, el colorido, aunque fino y transparente, parece de pintura al temple. Indudablemente el atractivo está en la acción, en la vida, en la expresión que las anima. Para que produzcan el efecto que producen es menester que esté todo de la manera que está; tal vez contribuyen al mayor efecto muchas cosas que, según las exigencias de la convención y la crítica, son defectos. Está tanto el espíritu de Goya en sus obras, que las hace inimitables; copiadas ó grabadas por otro, resultan detestables; la fotografía tampoco da razón exacta. Un claro poco menos

vivo, una pincelada, un apretón de lápiz de más ó de menos en punto dado, bastan para desfigurar la obra.

Hace algunos años que un mediano pintor, Eugenio Lucas, tuvo fama de imitador de Goya; pero aunque los aficionados vulgares crean que sus imitaciones pueden confundirse con las obras del maestro, no son más que caricaturas groseras y ordinarias, que sólo pueden engañar á la ignorancia más crasa. Lucas trató de imitar, y lo hizo muy torpemente, el aspecto de los cuadros pequeños de costumbres y de brujas; pero como ni lo sentía, ni vivió en el tiempo ni bajo la influencia de las escenas que representaba, ni tenía tampoco el talento de Goya, no podía producir, ni produjo más que abortos y engendros. Se imita más ó menos bien á los autores preceptistas y convencionales, que son los que forman escuela, pero no á los genios originales como á Velázquez, Rembrandt y Goya, que ni fundan escuela, ni son imitables. Los genios originales no lo son por voluntad propia, sino porque nacen así; no tienen influencia en la marcha del arte, porque no vienen á mejorar ni á combatir lo que existe, ni á enseñar á nadie, sino á ejecutar lo que sienten. Ya lo dije antes, Goya no tuvo que desprenderse de la manera que imperaba en su tiempo; desde su primer cuadro para los tapices, en 1777, es el mismo que en 1820, en el de la Comunión de San José de Calasanz; desde su primer aguafuerte de los cuadros de Velázquez, hasta su último *Proverbio*, ó su postrer litografía.

Los que fundan escuela son los que, resumiendo y perfeccionando todos los elementos acumulados por los artistas anteriores, dan la síntesis de todos aquellos esfuerzos. Esto hicieron Miguel Angel y Rafael; esto hizo Ticiano, esto Rubens y después Pedro de Cortona.

David no fué lo mismo, porque, lejos de seguir el impulso dominante, trató de destruirle y de sustituir una convención con otra. Su talento y su firmeza de voluntad lograron atraerle prosélitos, pero éstos se hundieron rápidamente, en cuanto les faltó su impulso vigoroso. Alcanzó el maestro á ver el desmo-

ronamiento de la escuela que había creado; porque por muy firme que sea la voluntad de un hombre, es incapaz de detener por mucho tiempo la marcha y la evolución del arte; no bastan para esto el talento ni el genio. David logró formar una escuela que cundió por todas partes, pero duró muy poco; y la formó porque una convención puede formularse, enseñarse y aprenderse. Los genios originales no fundan escuela, porque el sentimiento individual ni es transmisible ni enseñable.

Goya dió lecciones en la Academia, ¿pero qué sacarían de ellas los discípulos? Un maestro que no supo, ó no quiso copiar nunca del modelo más que el espíritu, no podía hacérsele copiar á los demás. De seguro que con las correcciones del maestro los dibujos tendrían más intención, pero no mayor exactitud material; y sino acostumbraba al discípulo á esta, á otra cosa no le acostumbraría, porque no es posible.

No ejerció Goya influencia en los artistas de su tiempo, ni la ha ejercido después; hoy se le admira tal vez más que antes, pero no se pretende imitarle.

Supone D. Carlos Ribera, en el artículo que escribió para acompañar al grabado del retrato de la Tirana que publicó la Academia de San Fernando, que *si Goya hubiera nacido en mejor época del arte, no hubiera sido tan original, porque entonces se hubiese formado con Escuela; mientras que en sus días tuvo que mantener continua lucha con lo existente.* Todos los pintores originales han tenido, no que mantener lucha con lo existente, sino que hacer aceptar al público sus obras, lo cual es muy diferente. Lucha con lo existente la tienen sólo los que pretenden ser reformadores; la tuvo Mengs, con poco éxito; la tuvo David, con éxito completo. Goya no; como no la tuvo Prudhon en Francia, que era también un pintor de carácter personal, aunque no tan original como el autor de *Los Caprichos*. En cualquiera época que hubiera nacido este último hubiera sido tan individual como fué. Hizo y hubiera hecho siempre lo que sentía, porque tenía esta facultad; trató de que no le estorbasen en su camino, pero no intentó atraer á él á los

demás. Si su genio hubiese sido de los que se someten á escuela, y la que imperaba no le hubiera parecido buena, hubiera hecho lo que hizo David, buscando en las tradiciones la norma que había de seguir y de imponer. Rembrandt nació cuando el arte florecía en su país, debió ser hombre de escuela, según la teoría del Sr. Ribera, y sin embargo fué Rembrandt.

Pero, continuando mi narración anterior, decía que la guerra impresionó de tal modo al artista, que la representación de sus lances más tremendos fué desde entonces uno de sus asuntos favoritos.

Infinidad de cuadros pequeños representan choques, matanzas y violaciones, recuerdo tal vez de las infamias cometidas en el saqueo de Uclés. En la Casita del Príncipe, en el Escorial, se conservan dos, preciosos; representan, el uno la *Fabricación de balas en la sierra de Mallen* (688), y el otro la *Fabricación de pólvora*, en la misma localidad de Aragón.

En las paredes de la casa que Goya tenía en el camino de San Isidro, del otro lado del puente de Segovia, que aún se la conoce con el nombre de *Casa del Sordo*, pintó también algunos sucesos de la invasión, como los frailes y las gentes de las aldeas huyendo á la aproximación del enemigo. En estas paredes había además algunas escenas de brujas; teniendo el pintor tal afición á las emociones fuertes, sin pararse en los medios para conseguirlo, por repugnantes que fuesen, que precisamente en el comedor de la casa representó á Saturno comiéndose á sus hijos, manchada la lengua barba con la sangre de las víctimas. Sus últimas litografías representan corridas de toros, puñaladas y desafíos.

En 1810 grabó la mayor parte de las planchas de los *Desastres de la guerra*, en cuya colección, como en la de los *Caprichos*, la idea está concebida de una manera general, no refiriéndose á ningún hecho determinado. Ni aquellos españoles son hombres que pelean por una causa santa, ni los franceses invasores enemigos que procuran dominarlos, ni perte-

necen á ejército alguno conocido; unos y otros son fieras que pelean y se destrozan con instinto salvaje. Aquellas escenas están pensadas á través de una idea pesimista de la humanidad, no con el espíritu patriótico con que Gálvez y Brambila grabaron en Cádiz, en la misma época, los sucesos del Sitio de Zaragoza, y los retratos de los héroes populares. La contemplación de esta última obra exalta el sentimiento del amor á la patria, y produce admiración y entusiasmo por aquellos valientes. La obra de Goya, no; lo que hace es inspirar horror hacia la humanidad entera. Considerada de este modo, quizá no se ha escrito ni se ha pintado nada que produzca mayor emoción.

La estampa núm. 7 de *Los Desastres* representa á una mujer, vista casi de espaldas, disparando un cañón. *¡Qué valor!*, dice la leyenda. Tal vez quiere recordar á la célebre joven Agustina Zaragoza, pero nada hay que lo indique. No se ve allí más que á una mujer, sin el traje del pueblo aragonés, desempeñando un acto contrario á la ternura y debilidad de su sexo.

¡Lo mismo en otras partes!, es la leyenda de la lámina número 23, en la que se ve un campo sembrado de cadáveres humanos. La número 24 es de una ferocidad y un escepticismo desgarradores. *¡Aún podrán servir!* dice de unos cuantos heridos.

Las estampas números 28 y 29 representan escenas casi iguales: en las dos las turbas arrastran un cadáver; pero las leyendas son completamente distintas; la primera, *¡Populacho!*, parece como que condena el hecho; la segunda, *Lo merecía*, que le tolera y le aplaude. ¿Se refiere en la una al asesinato del marqués de Perales, y en la otra al de Viguri? No es posible adivinarlo.

Llevado siempre el autor por su idea de la ferocidad é insensatez de los hombres, se acuerda de que éstos, para implorar el consuelo y remedio de sus males, acuden á lo sobrenatural, y se burla de esta debilidad. Por esto en la estampa núm. 66

dibuja un burro que lleva á cuestas una urna de cristal con las reliquias de un santo, y varias gentes en adoración. *¡Extraña devoción!* Mas como pudiera creerse que sólo el vulgo ignorante tiene fanáticas preocupaciones, en la estampa siguiente nos muestra algunos señorones llevando en hombros, de mala manera, una imagen de la Virgen, cuyo armazón de palitroques se descubre, y escribe debajo: *Esta no lo es menos*, con lo que completa la idea de la anterior.

¡Imbéciles! exclamaría Goya para sus adentros: ¡son inútiles vuestras mojigangas! ¡Todo está aquí! ¡Todo se acaba aquí! y dibuja en la lámina 69 á un muerto que se incorpora de la tierra en que yace, para escribir sobre la losa que le cubre: *Nada*, y más abajo, en el margen se lee: *Nada... ello dirá*, como para templar lo absoluto del aserto anterior.

Si, como yo hice observar, ciertos atrevimientos se consentían en tiempo de Carlos IV, mucho menos son de extrañar en 1810, en que la Inquisición no existía, ni era de temer censura alguna en medio de las zozobras é incertidumbres que agitaban los ánimos. Además, esta colección de láminas no se publicó completa hasta el año de 1864, en que las dió á conocer la Academia de San Fernando; de tiempo del autor no existen más que raras pruebas de algunas.

La colección consta de ochenta estampas. Las últimas se refieren á sucesos que indican se grabaron después de 1814: son caprichos de difícil explicación; aunque se ve que aluden á algo. Las núm. 79, *Murió la verdad*, y núm. 80, *¿Si resucitará?* parecen hacer alusión á la Constitución de 1812, anulada por Fernando VII á su vuelta del cautiverio.

Considerados estos grabados artísticamente, son muy desiguales, hay láminas excelentes, y las hay muy endebles; pero todas causan la honda impresión que pretenden causar, incluso la que lleva por título *Esto es malo*, cuya leyenda creía mi llorado amigo Enrique Mérida que, no sólo se refiere al acto perverso que el dibujo representa, sino que es también el juicio que el autor formó de la lámina, que es la peor de la colección.

Publicó también la Academia de San Fernando en 1864 otro cuaderno de diez y ocho grabados de Goya, titulado *Los Proverbios*. No sé en qué acepción de la palabra está tomado este título, ni quién se le dió.

El Diccionario de la lengua castellana dice: «Proverbio, m. Sentencia, adagio ó refrán: Agüero ó superstición que consiste en creer que ciertas palabras oídas casualmente en determinadas noches del año, y con especialidad en la de San Juan, son oráculos que anuncian la dicha ó desdicha de quien los oye: Libro de la Sagrada Escritura que contiene varias sentencias de Salomón.»

Como las estampas no tienen leyenda ninguna que dé la menor indicación, y lo que representan no son más que caprichos fantásticos é informes, imposibles de descifrar, el título pudiera tomarse en la acepción de augurio supersticioso, mejor que en otra. Desde luego hay que desechar en absoluto toda idea que tienda á hacer creer que el autor se propuso hacer alusiones políticas á sucesos de su época. Los que han intentado buscar una interpretación por este camino no han logrado más que desbarrar lastimosamente. Es verdad que hay acontecimientos que excitan la atención en el momento que ocurren, y que, olvidados luego, las alusiones que á ellos se refieren son incomprensibles; pero estos dibujos son tan extraños que, aun refiriéndose á algo, hasta en su tiempo serían oscuros.

Si Goya se propuso satirizar y corregir á alguien, lo hizo de manera tan cobarde y embozada, que resultó inútil. Pero no se ve nada de esto; como siempre, no son más que engendros de una imaginación soñadora, ó desprecio hacia las expansiones salvajes y las creencias de las multitudes.

Buena demostración del espíritu y la intención que tienen hasta las creaciones más disparatadas é informes del autor, como son éstas, es el afán que hay siempre por encontrarlas una explicación determinada.

La lámina núm. 3 representa un conciliábulo de persona-

jes extraños envueltos en mantas y capuchones, sentados en la rama de un árbol. M. Lefort supone que esto representa la corte de Carlos IV apenas separada del abismo por una rama seca; pero tal suposición es absurda, porque la rama es tan fuerte y robusta, que podría sostener muy bien á dobles personajes de los que sostiene.

No es más clara la lámina señalada con el núm. 9, en la que se ve un inexplicable y confuso tropel de brujos. Uno, situado en primer término, tiene unos gatos en un mandil que lleva puesto, y otro parece pedir le regale alguno; detrás hay un hombre medio desnudo, al que otro pone un niño al pecho. Este fantástico ensueño le explica M. Lefort de la manera más sencilla. «Esta curiosa escena de la corte», dice, no es más que una sátira contra las adulaciones cortesanas, al mismo tiempo que una alusión burlesca á la afición que prodigaba María Luisa á sus gatitos. Supone que no puede tomarse por una escena de brujas más que merced á la defectuosa estampación de 1864. Pero todo esto no es más que hablar como querer; en ningún estado de la plancha hay dibujada en ella más que hombres; ni los trajes, las fisonomías, el fondo, ni nada indican más que personajes fantásticos. Nadie ha hablado de que la reina tuviera ó dejara de tener afecto exagerado á los gatos; no se ve en la estampa á nadie que aparente adular á otro, y siendo casi seguro que esta colección se grabó muchos años después de desaparecer aquella corte, no tenía gracia ni oportunidad burlarse de tales pequeñeces. Esta lámina no tiene explicación racional, como sucede á casi todas las de los Proverbios.

M. Lefort dice que vió una prueba de la lámina núm. 15, que tenía escrito con tinta, por mano de Goya: *Disparate claro*. Esta es la mejor explicación de todas.

Exceptuando la estampa núm. 13, que representa unos hombres volando, que es de lo bueno que el autor grabó, las demás son de ejecución muy descuidada; no pudiendo esto achacarse á defecto de la tirada, pues se conserva el dibujo y puede

verse que lo endeble y descuidado no depende de la falta de efecto del claro-oscuro.

De todos modos, en esta colección, como en todo lo del mismo género que Goya hizo, hay que admirar la potencia y originalidad de su fantasía, cualidad en que ningún artista le ha igualado, pues ninguno se ha apartado tanto del mundo real y de las convenciones del arte. Por mucho que un pintor se proponga inventar extrañezas, con bueno ó mal dibujo, no es fácil que lo consiga si no está dotado de este raro genio especial. Aun cuando Goya tiene otros muchos méritos, este sólo bastaría para hacerle notable.

Por esta misma época grabó la mayor parte, si no todas, las planchas de *La Tauromaquia*, colección de treinta y tres estampas representando la historia del toreo en España. Algunas de ellas están fechadas en 1815. Son muy raros los ejemplares que se conservan de la primera edición, hecha en tiempo del autor. La más conocida es la que publicó la Calcografía Nacional, con el título de: *Colección de las diferentes suertes y actitudes del arte de lidiar los toros, inventadas y grabadas al agua fuerte por Goya*; Madrid, 1855.

Si se hubiera de juzgar esta obra con arreglo á las convenciones admitidas en el arte, no merecería casi los honores del examen. No hay en la mayor parte de estas láminas, ni dibujo, ni entonación, ni perspectiva; no se ve más que carácter, movimiento y vida. Todos los toros son pequeños, y no tienen de tales más que el arranque y la intención. Los caballos son una creación del autor y no pertenecen á ninguna raza conocida. Los personajes, como el moro Gazul, Carlos V y el Cid, parecen ganapanes disfrazados para una mojiganga.

Las estampas que reúnen mejores condiciones son: la número 14, *El diestrísimo estudiante de Falces, embozado, burla al toro con su quiebros*. Núm. 15. *El famoso Martinucho poniendo banderillas al quiebro*. Núm. 16. *El mismo vuelca un toro en la plaza de Madrid*. Núm. 20. *Ligereza y atrevimiento de Juanito Apiñani en la plaza de Madrid*; esta es la mejor de todas. Nú-

mero 21. *Desgracias acaecidas en el tendido de la plaza de Madrid y muerte del alcalde de Torrejón.* Aunque la perspectiva es imposible y disparatada, la representación del suceso es sorprendente por la verdad con que está expresado. Núm. 22. *Valor varonil de la célebre Pajuelera en la plaza de Zaragoza.* Núm. 23. *Mariano Ceballos, alias el Indio, mata el toro desde su caballo.* Núm. 30. *Pedro Romero matando á toro parado.* Número 33. *La desgraciada muerte de Pepe-Hillo en la plaza de Madrid.*

Excepto en la estampa que representa á Pedro Romero matando á toro parado, y en otras tres ó cuatro, en las que, según los aficionados al toreo, las escenas están dibujadas con inteligencia de las suertes, las demás no son verdaderos lances de lidia sino sucesos y escenas extraordinarias; estocadas fenomenales, lanzadas que atraviesan al toro de parte á parte, actos de arrojo excepcionales, cogidas espantosas y accidentes desgraciados.

Goya sería todo lo aficionado que se quiera á las corridas de toros, pero sus dibujos no son para dar una idea simpática ni para ensalzar la de la diversión. No se ve en ellos otro sentimiento que el más feroz y repugnante de la fiesta vista por su lado trágico. Bajo la misma impresión que grabó los toros en España en 1815, los litografió en Burdeos en sus últimos años. Viendo siempre más que la habilidad la lucha, más que el valor la brutalidad ciega, no podía consistir su afición más que en la que tenía á todo lo que presentaba exuberancia de animación y de vida.

En todas las láminas de *La Tauromaquia*, la aguja y la punta seca están manejadas con ligereza, intención y habilidad; pero la aguainta está tratada de cualquier modo; los claros sacados en cualquier parte y de mala manera; así es que no tienen gran efecto.

A pesar de tantas faltas, ¿son malas, las más malas? Esto me vuelvo á preguntar, como me preguntaba á propósito de las escenas del Dos de Mayo. ¿En dónde está el límite que se-

para la obra de arte del mamarracho? Topfer, Leome Petit y algunos artistas ingleses y alemanes modernos se han propuesto hacer arte con los procedimientos sencillísimos que emplean los niños; pero no es más que una ficción á través de la que se delata su saber. En lo general, en estos dibujos hay perspectiva, las figuras tienen proporciones, la forma de los animales es conveniente, aunque nada esté más que rudimentariamente indicado. Pero Goya no conserva ni dibujo, ni proporciones, ni perspectiva, ni cosa alguna; y, sin embargo, aquellas figuras se mueven y expresan lo que deben. El procedimiento de que se ha valido no es un juego calculado, obedece directamente á lo que siente, y por eso, aunque le resulte un dibujo malo, como está conforme con su idea, no le corrige al grabarle ó darle forma definitiva por cualquier otro medio, sino que le conserva exactamente; teniendo la rara habilidad de que la copia no pierda en intención y frescura, de modo que parece improvisada. Y que esto lo hace espontáneamente, sin cálculo preconcebido, dejándose llevar del sentimiento nada más, se ve en qué, si no copia el natural tal como es, no consiste en que no sepa, pues cuando se propone hacerlo, como en las cabezas de los retratos, lo hace magistralmente, sino en que tiene una manera perceptiva particular que le hace ver la esencia de la expresión de las cosas, independiente en cierto modo de la exactitud de las formas; comprendiendo esta esencia con tal claridad, que nos la hace apreciar por más que veamos contrariadas todas las ideas que tenemos de las formas.

Insisto en querer hallar una explicación á la impresión que producen estos monigotes, porque la cosa es extraña, y encierra la clave de la fama de autores como este y como Rembrandt, que escapa á las apreciaciones de la crítica ordinaria.

No compararé á Goya con Rembrandt para bien, ni para mal; en bellas artes las comparaciones son siempre inexactas, y malas cuando se establecen entre maestros originales. Aunque estos dos genios tienen algunos puntos de contacto, no se

parecen. Ambos odian la convención; ven antes el movimiento, la intención y la vida que la elegancia, la pureza ni aun la exactitud de la forma. Se crean un estilo propio independiente de los demás y de las máximas admitidas. Al tratar los asuntos sagrados lo hacen sólo mirando á la tierra, sin pensar para nada en el cielo. Rembrandt se vale de los efectos de claro-oscuro como medio de expresión, Goya se vale de todo. El espíritu del holandés es mucho más tranquilo que el del español; no tiene la amarga y escéptica ironía de este; los horrores y las tragedias no le impresionan como á él; tiene en ocasiones pensamientos de buen humor y libertinaje, que el autor de *Los Caprichos* no tuvo nunca. No veréis ningún dibujo, grabado, ni cuadro obsceno de Goya; tened por apócrifos cuantos os enseñen.

Se ve en los grabados, y en algunos de los cuadros pequeños, que á Goya le eran simpáticos, los procedimientos de Rembrandt; pero no le imitó; como aunque se nota en sus obras su afición á Velázquez no le imitó tampoco. Una cosa rara tienen de semejante Rembrandt y Goya, y es la manía de retratarse. Ningún artista se ha retratado á sí propio tanto como éstos.

Hizo Goya, además de las colecciones de grabados de los cuadros de Velázquez, *Los Caprichos*, *Los Desastres de la guerra*, *Los Proverbios* y *La Tauromaquia*, algunas estampas sueltas, comprendiendo entre todas 262, según el escrupuloso catálogo de M. Lefort. A pesar de haberse ocupado tanto en estos trabajos, no hizo Goya publicación formal más que de una parte de ellos; de los más sólo se tiraron algunas pruebas en su tiempo; quizá temió que no correspondiera la venta á los gastos de la tirada.

ZEFERINO ARAUJO SÁNCHEZ.

(*Se continuará.*)

RECUERDOS

REFERÍA en el artículo anterior, cómo asistí al estreno de *El Hombre de Estado*, primera producción que dió al teatro Adelardo López de Ayala, y refería asimismo cuál fué el resultado, poco satisfactorio por desgracia, de aquella bellísima obra.

Desde entonces, y aunque yo no era más que un modesto estudiante de la Escuela de Caminos, alejado por mi edad, y por mi insignificancia, tanto como por mis estudios especiales, de todos los círculos literarios de la corte, no dejé de asistir á ningún estreno del insigne dramaturgo, que, á la verdad, no triunfó definitivamente en la escena, hasta la memorable representación, de *El Tejado de vidrio*.

También asistí al primer triunfo ruidoso de Tamayo, con el estreno de *Angela*; que se verificó, si mal no recuerdo, en el teatro de Variedades.

Lo que sí recuerdo bien, es que ocupaba yo un asiento de galería baja, bastante lejos del escenario, y á la izquierda del espectador: dato interesante.

Hermosa noche y gran entusiasmo, al cual contribuí en la medida de mi voz, y del esfuerzo de mis manos, ó, si se quiere, de las palmas de dichas manos, que batí con delirio.

Mucho gustó el primer acto, combinado con la singular maestría de que más tarde dió tan altas pruebas el ilustre

autor; pero donde el entusiasmo del público rayó en frenesi, fué en la *escena á oscuras*, de la dama, que era Teodora, del galán, que era Manuel Ossorio, y del supuesto padre del galán, y traidor por añadidura, que era Joaquín Arjona.

En la esfera de la realidad, á la manera estrecha que hoy se entiende, y como ya la entendían algunos por entonces, bien pudieron poner ciertos críticos reparos á esta interesante y dramática situación; pero ello es que el efecto que produjo en el público fué enorme.

El teatro es eminentemente plástico; hay que dar forma visible y artística á las ideas, á los sentimientos, á las luchas interiores del alma y de la conciencia.

Que un personaje exprese en un monólogo las encontradas corrientes que chocan contra su voluntad, y acaso el público no comprenda aquél conflicto tremendo, si lo es, que en la esfera interna del personaje de la obra se desarrolla. Pero que la lucha se materialice y se haga visible con arte é inteligencia, y el público la comprenderá y la aplaudirá entusiasmado.

Por eso, cuando Manuel Ossorio (como no recuerdo nunca los nombres de los personajes, tengo que usar el nombre de los actores), cuando Manuel Ossorio, repito, cogiendo á Teodora por un brazo la rogaba y la amenazaba á la vez, para que explicase las causas de sus aparentes traiciones; cuando Teodora, vencida por la desesperacion de su amante, iba á decirle que había escrito cierta malhadada carta por salvar la vida á su padre; cuando á este tiempo salía por una puerta secreta Arjona, y, avanzando en la oscuridad á paso de lobo, se acercaba al grupo de los dos amantes, y, en voz bajísima, murmuraba tremendas palabras al oído de Angela; cuando el público, en fin, veía materializado el conflicto en aquellos tres personajes, á Angela en el centro, á un lado al amante pidiendo frenético la verdad, al otro lado al traidor, helando la voz de la pobre criatura; el entusiasmo era inmenso, é inmensa fué la ovación al terminar el acto.

No bastaron los gritos ni los bravos, sino que muchos sombreros fueron á parar á la escena.

Yo dudé, sin embargo, si arrojaria ó no mi propio sombrero, que, por más señas, era de copa; porque para las personas decentes, y aun para los jóvenes de mi edad, no había llegado la era del sombrero hongo.

Yo llevé sombrero de copa desde los quince años, dato importantísimo para la historia, y que no he podido pasar en silencio, á pesar de mi acostumbrada modestia.

Pues bien; largo rato estuve pasando el sombrero de una mano á otra y discutiendo conmigo mismo si debería ó no arrojarlo al escenario.

Al fin no lo arrojé.

En primer lugar, porque, como he dicho antes, estaba bastante lejos del proscenio y no tenía seguridad de que el proyectil llegase á su destino, es decir, á los pies ó á la cabeza de los actores. Y además, ¿por qué no confesarlo lealmente, aunque la confesión me ruborice y me haga desmerecer un tanto en la opinión de mis lectores? Además, digo, el sombrero era nuevo, y calculaba yo que se me iba á estropear si, cediendo al impulso de la pasión, le hacía describir por los aires la clásica parábola para que fuese á caer, como mensajero de triunfo, en aquel sublime y para mí maravilloso tablado de la escena.

En fin, que me quedé con el sombrero, eso sí, sobre las piernas, á fin de que, libres las manos, dieran ruidosa muestra de mi juvenil entusiasmo.

*
* *

Acto de interesado egoísmo, si el egoísmo pudo ser jamás desinteresado, es este que acabo de mencionar y de que aún hoy mismo me avergüenzo.

Pero así es el mundo, así es la raza de Adán, y para eso precisamente, para que se conozcan sus flaquezas, se escriben estos documentos humanos que voy escribiendo, ó, mejor dicho, que voy dictando, al compás de recuerdos y recuerdos que acuden á mi evocación.

Llámesese V. Tamayo, escriba V. un hermoso drama, busque V. intérpretes, como Teodora y Arjona, enloquezca V. á un público entero, enloquezca V. más que á nadie á un joven delirante por el teatro, y al llegar el instante supremo, ese joven no arrojará su sombrero á la escena, porque pensará con el juicio, la prudencia y la frialdad de los cincuenta años, que el sombrero es nuevo y puede estropearse. Un sombrero de copa más ó menos lustroso, sirviendo de freno á un entusiasmo dramático, ¡he aquí el símbolo más acabado, si no el más artístico, de la miseria humana!

Sin embargo, alguna disculpa tuve en la ocasión á que me refiero para hacer lo que hice ó lo que no hice, y ya que confesé el pecado, nadie me moteje, si á continuación, presento algo así como una circunstancia atenuante.

Habíame dado el sombrero de copa, si no aquél mismo, otro muy parecido y de igual precio, un gravísimo disgusto, que con permiso de mis lectores voy á referir puntualmente.

*
* * *

He dicho en otra ocasión que desde mi llegada á Madrid, en tres cosas empleaba toda mi actividad intelectual.

En estudiar las matemáticas de la preparación, en leer novelas y en ver representar dramas; pero aun así y todo, no dejaba de interesarme un tanto la lectura de la prensa; no solo en su parte literaria, sino en su parte política; sobre todo, la de los diarios progresistas, que eran entonces los de extrema oposición.

En suma, que yo me interesaba por la cosa pública.

De aquí nació en mí, la idea de asistir al Congreso de Diputados, y escogiendo día de sesión interesante, me planté en la puerta de la tribuna pública, antes que nadie llegase á ella. Yo fui el más madrugador, y envuelto en mi capa y con mi sombrero de copa, allá estuve esperando no sé cuántas horas.

Fueron llegando después muchos aficionados; y bien pronto se formó detrás de mí una enorme masa, que con su brutal oleaje, me estrujaba despiadadamente contra la puerta.

¡Que me importaba! yo era el primero; y había de entrar el primero; y nadie había de ganarme en subir corriendo las escaleras, y había de sentarme en primera fila; porque suponía yo y con razón, que así como en la galería de los teatros las hay, las habría también en la tribuna pública aunque jamás había estado en ella.

Llegó el momento crítico, se entreabrió la puerta y me agarré al quicio, cubriendo con mi cuerpo la entrada; pero el empuje que sobre mí ejercieron los que venían detrás fué tan grande, que de golpe entré como bala disparada, acabando de abrir yo mismo la puerta con el peso de mi cuerpo, hiriéndome en una mano, arremolinándoseme la capa, y estando á punto de que se me cayera el sombrero y de caer yo mismo.

Pero no caí, que, con la mano chorreando sangre y la capa revuelta, subí como una centella escaleras arriba; pasé por donde los ujieres me dejaron pasar, penetré en la tribuna, y me precipité á la primera fila, siendo yo el primero que en ella se sentó, según promesa solemne que á mí mismo me hiciera la noche antes, leyendo uno de los más ardientes periódicos de oposición.

Me senté el primero, repito, ¡pero en qué estado! Para que me quedasen las manos libres, busqué con la vista dónde dejar el sombrero; y no encontré sitio ninguno hasta que se me ocurrió meter la copa por entre dos balaustres de la barandilla, de suerte que quedase sujeto en ellos por el ala á manera de tope. Así lo hice; pero había calculado mal los anchos, y,

escapándose mi pobre sombrero de copa de su improvisado estuche, cayó dando vueltas en el centro del salón de diputados.

En mi vida, que ya no es corta, por algunos trances difíciles he tenido que pasar, y aun ocasión hubo, y más de una, en que vi la muerte á muy corta distancia; pues afirmo, con toda seriedad, que jamás he experimentado emoción parecida á la que experimenté al seguir con la vista á mi pobre colmena, que, como pajarraco negro que abate las alas, iba á posarse en el centro del salón, profanando con su armazón de fieltro el augusto recinto de las leyes.

Me creí perdido: imaginé que aquel acto se iba á considerar como ofensa y desacato á la augusta majestad de la Cámara. Con la imaginación me veía preso y encausado; consideraba cuál sería la angustia de mi familia al recibir la tremenda noticia, y, sobre tales bases, fabriqué en brevísimos momentos un formidable drama, del cual yo era el principal personaje, y mi sombrero de copa la pieza de convicción.

Esto podrá parecer exagerado y hasta ridículo, pero yo cuento las cosas como fueron, y refiero mis sentimientos como los sentí, por absurdos y ridículos que parezcan. La representación nacional era, á mis ojos, una cosa tan alta, tan augusta, que la menor ofensa que se le infriese, la más insignificante falta de respeto, había de ser algo así como un delito de lesa majestad y de lesa nación.

Inmóvil me quedé en mi asiento, fingiendo indiferencia, aunque el corazón y las sienes me latían horribilmente, sin que se me ocurriera reclamar mi sombrero, y dispuesto á renegar de él tres veces, como San Pedro renegó de Cristo, si la comparación es permitida; que aquella mi pasada inocencia, de niño casi y de flamante provinciano, la disculpa.

Pocos momentos después un ujier se presentó en la tribuna con el sombrero en la mano, y preguntó en voz alta y con tono indiferente: «¿De quién es esto?»

Mucho me chocó que la entonación del ujier no fuese co-

lérica é indignada y que no viniese acompañado de fuerza pública para prenderme; pero, así y todo, no me di por aludido.

«¿De quién es esto?», volvió á repetir, y yo callado como un difunto, hasta que uno de los concurrentes á la tribuna dijo, señalándome: «Creo que es de ese joven.»

«Pues tome V.», me dijo el bondadoso ujier, alargándome el sombrero, y yo alargué mi mano y lo cogí con cierto recelo, y el ujier se retiró; y con gran asombro mío y alegría profunda no ocurrió más.

He citado este hecho para que se comprenda mi repugnancia á mandar sombreros de copa por el aire.

*
* *

Volvamos al drama de Tamayo: su representación siguió una verdadera carrera triunfal hasta el castigo del perverso Arjona y la felicidad definitiva de los amantes, es decir, de Teodora y Ossorio.

Si he de decir lo que entonces sentía, diré lealmente que no me agradó mucho aquel artificio por el cual resultó que Arjona no era padre de Manuel Ossorio, porque ya comprendí yo al punto que el drama iba á acabar en boda, ó, como vulgarmente se dice, que iba á acabar bien; cuando desde el principio había puesto yo mis cinco sentidos en que Teodora Lamadrid y Manuel Ossorio acabasen desastrosamente: de manera que, con el nuevo giro que tomaba la obra, me sentí defraudado en mis esperanzas más legítimas.

Así y todo, aplaudí con entusiasmo al autor.

*
* *

Está en mi naturaleza y no puedo dominarme: me gusta que los dramas acaben tristemente.

Sin embargo, ni soy sanguinario ni soy cruel por naturaleza. Quizá peco por el extremo opuesto. El tono dramático de mis obras no responde á mi manera de ser y sentir, más bien representa, como decía en otro artículo, una verdadera *acción complementaria*, y en esto falla el juicio crítico que Max Nordau hace de ciertos literatos. Supone que determinados escritores naturalistas son de instintos libidinosos, que otros escritores son de instintos sanguinarios; pero que, no teniendo energía ó acometividad unos y otros para practicar el vicio ó para consumar el crimen, buscan en la novela y en el drama algo así como un desahogo ó derivativo á sus torpes ó viciosos instintos.

Falsa, completamente falsa es la pretendida ley del célebre crítico.

Yo, por ejemplo, ¡soy en el teatro más sanguinario que nadie, y en la vida real soy el más pacífico de los hombres.

Cierto día yendo unos compañeros de caza, empeñáronse en que había de acompañarles, y cuando ya estuvimos en el campo, para ver qué tal era mi puntería, diéronme una escopeta y me hicieron disparar sobre un pajarillo que en la copa de un árbol no lejano saltaba de una á otra rama alegremente. Disparé, y el pobre animalito cayó hecho pedazos. Muerto del todo estaba, con los ojitos cerrados, doblada la cabeza y ensangrentada la pluma.

¡Qué pena y qué remordimiento sentí! Pocos momentos antes, revoloteaba el pobre animal lleno de vida sobre la copa del árbol; ningún daño me había hecho; ninguna utilidad podía prestarme su muerte; disparé contra él mi escopeta, como hubiera podido disparar sobre un blanco, sólo para probar la puntería.

Y el infeliz pajarillo estaba ya en tierra, como un pequeño andrajo, sin alegrías ni revoloteos, con las plumitas finas del pecho pegadas á cuajarones de sangre.

Juré no cazar más, y he cumplido hasta hoy lealmente

mi palabra. Aquél pájaro es para mí siempre la sombra de un crimen.

Me parece que esto no es ser sanguinario, diga lo que quiera Max-Nordau. Pero en el teatro no es así, ni estos son tampoco mis gustos en la novela. Que pocas veces la felicidad tranquila y reposada, el desenlace feliz, la boda alegre, me parecen notas artísticas.

Lo sublime del arte está en el llanto, en el dolor y en la muerte. Porque la felicidad tiene límites, se mezcla con lo prosaico, se codea con lo vulgar. En una palabra, la felicidad es algo finito y bien determinado en sus contornos; la tristeza, las lágrimas y el dolor, suponen una felicidad perdida, tan grande, tan sublime como se quiera.

Una felicidad cualquiera es la felicidad determinada y finita como decía antes; el dolor por la felicidad perdida ó no realizada, puede representar una felicidad infinita.

En la felicidad encarnada en un ser, los contornos se marcan sin vacilación alguna, es lo que es, la ilusión es imposible; por el contrario, en las grandes tristezas y en los grandes dolores, la ilusión imposible tiene lejanías y horizontes que no acaban nunca.

Por tales razones, entre otras que no puedo desarrollar en este instante, pero que en el orden estético, son, á mi entender, de fuerza inquebrantable, lo sublime en el arte, está, como dije al comenzar esta digresión, en la tristeza, en la pena, en las lágrimas, en la muerte.

La muerte será siempre el momento más sublime de la vida, con su grandeza sombría, con sus misterios profundos, con sus inmensos problemas, con sus desesperadas esperanzas.

En pleno día, con cielo despejado, vemos claramente cuanto nos rodea; los objetos tienen sus contornos, su forma y su color; por hermosos que sean, son lo que son y no son más.

En cambio, mirando por el agujero negro de la sepultura, no se ve nada, pero se puede suponer todo; es un abismo in-

finito de tinieblas, pero el alma humana protesta con trágica desesperación, diciendo: «¿Por qué ha de haber un abismo sin fondo, de negruras y no ha de haber por encima un abismo infinito de luz? ¿Qué privilegio tiene lo negro sobre lo luminoso, para que lo negro no tenga barreras, sino que allá se extienda sin término, por el espacio y por el tiempo, y tenga barreras mezquinas y brutales todo lo que brilla, todo lo que piensa, todo lo que ama?»

* * *

En suma, que á mí me ha dado siempre por lo dramático, sin que por esto niegue, ni otros órdenes de belleza, ni otros órdenes de emociones estéticas.

Ya he dicho, en ocasión para mí solemne, que el exclusivismo es la muerte del arte.

Consecuente con estos principios, que en aquella época, no eran para mí principios sino instintos, leía cuanto libro de amena literatura caía en mis manos, y acudía á cuantos estrenos anunciaban los carteles, ya se tratase de un drama, ya de una comedia, fuera original ó traducida, y con el mismo interés siendo obra de época, que siendo obra contemporánea.

Claro es, sin embargo, dadas mis aficiones, que me volvía más tranquilo á casa cuando dejaba el escenario cubierto de cadáveres, que cuando dejaba concertada una boda entre dos felices amantes.

En este espacio de seis años, que comprendieron el año de preparación y los cinco de carrera, hice conocimiento artístico con casi todo el repertorio moderno y con una buena parte de nuestro teatro antiguo; así como tuve ocasión de oír y de admirar á nuestras eminencias dramáticas y á los grandes actores que por entonces daban brillo á la escena.

Oí casi todo el repertorio de Romea, Latorre, Valero, Arjona, Guzmán, Calvo, Matilde, Teodora; el de su hermana Bárbara, el de la Palma; y oí á algunos más que por entonces empezaban á distinguirse.

Porque yo no dejaba de asistir al teatro, siempre que podía; y, una peseta, cuando menos, para entrada general, nunca me faltaba. En cuanto á novelas, como éramos muchos los alumnos de la Escuela aficionados á este género literario; y como todos comprábamos algunas de ellas, que luego circulaban de mano en mano, nuestra novelesca biblioteca, multiplicada por el préstamo y el cambio se elevaba á centenares de obras.

Mi salud era verdaderamente extraordinaria, y el siguiente dato estadístico lo demuestra. El curso, como he dicho en otra ocasión, era de once meses, con uno más destinado á exámenes. Pues bien, en cinco años de Escuela de Caminos, ni falté *un solo día á clase*, ni me anotaron *un solo minuto de retraso*. Lo cual prueba que mi conducta era excelente, aunque me esté mal el recordarlo; pero prueba también que en estos cinco años ni un solo día hice cama ni estuve nunca enfermo.

Y cuenta que el trabajo era enorme: ya hubiéramos querido el de los socialistas de las ocho horas.

A las nueve entraba en clase, á las cuatro de la tarde salía: jamás fui á paseo, porque el paseo era para mí cosa insípida y aburrida; directamente, desde la Escuela me volvía á mi casa, y hasta las ocho de la noche estaba leyendo libros de matemáticas puras, materias ajenas á los estudios del curso, obras maestras de los grandes autores, que me encantaban tanto ó más que encantarme hubiera podido el mejor drama ó la mejor novela.

Comía con el libro al lado, muchas veces, y aun antes de acabar ya habían llegado y me estaban esperando en mi cuarto los compañeros que conmigo estudiaban y que generalmente eran Brookman, Caunedo y Trujillo.

Estudiábamos juntos las lecciones del día siguiente: á las doce se marchaban: y á las doce me metía yo en el casto lecho, como dice un amigo mío. Mi madre me apagaba la luz; pero poco después la volvía yo á encender, y la emprendía con alguna novela, ya de Dumas padre, ya de Eugenio Sué, ya de Federico Soulié, ya de Bernard, de Balzac ó de cualquier otro autor francés á la moda. Algunos años después agoté casi el repertorio de novelas inglesas, alemanas é italianas. Hasta la una y media ó las dos estaba leyendo; y al fin, dormía con sueño tranquilo y profundo, seis ó siete horas, sin que al despertar me encontrase en manera alguna fatigado.

Díganme ahora si no es prueba de tener una buena naturaleza el haber resistido, durante cinco años, este sistema absurdo y antihigiénico, sin experimentar ni el más ligero padecimiento. Ni un solo dolor de cabeza; ni un solo dolor de estómago; ni un solo catarro; los nervios, como si no existiesen; y siempre de buen humor, por añadidura.

Y día tras día el mismo régimen con pequeñísimas variantes. Por ejemplo: si por la noche había de ir al teatro, estudiaba por la tarde las lecciones del día siguiente, suprimiendo las lecturas de matemáticas, que eran de puro lujo.

En todo este tiempo, hasta los veinte años y algunos meses, que fué cuando acabé la carrera y obtuve mi título de ingeniero, mi afición á la literatura fué, por decirlo así, platónica. Me gustaba leer versos, sobre todo los versos de Zorrilla y de Espronceda, pero jamás me había pasado por las mientes escribir el más modesto romance ni la más solitaria redondilla. Imaginaba yo que empresa tal era superior á mis fuerzas; que meter una idea en un número determinado de sílabas y con la sujeción de ciertos asonantes ó consonantes era cosa difícilísima, reservada para seres privilegiados, á los que Dios se sirvió dotar del maravilloso don de la armonía rítmica.

¡Escribir versos! Nunca, ni por casualidad lo intenté; á pesar de que la Escuela de Caminos, con ser escuela de ciencias positivas, no era tan ajena como pudiera creerse, á las

bellezas poéticas. Muchos de mis compañeros, Brookman principalmente, sabían versificar y versificaban con facilidad suma; aunque jamás en estilo serio, sino haciendo alarde de cierto humorismo estudiantil que no carecía de gracia.

Recuerdo que Brookman compuso un pequeño poema muy disparatado, pero muy gracioso, en el que un morazo tremendo muere en formidable combate y queda en el campo para pasto de las aves de presa.

Cuántos años han pasado, y, sin embargo, recuerdo todavía los versos con que el poema terminaba, y que eran estos:

Entonces de buitres alegres bandadas,
las alas moviendo con lúgubre son,
voraces le rasgan las carnes moradas
y tragan hambrientos el vil corazón.
Así es el hombre,
que apenas muere ya se lo comen.

Este género de poesía era el que dominaba entre nosotros, ó, mejor dicho, entre mis compañeros, porque yo, ni en aquella época ni en mucho tiempo después, escribí un solo verso.

Los versos me admiraban; los leía con deleite; sabía de memoria tiradas enteras de Zorrilla, Espronceda, Hartzenbusch, García Gutiérrez y aun muchos del teatro antiguo; pero jamás soñé con escribirlos por mi cuenta.

Decirme que escribiera versos, era como decirme que cogiese una estrella del cielo levantando las manos hacia el espacio.

Y, ¡quién sabe si escribir buenos versos no será también coger con las manos estrellitas del cielo!

JOSÉ ECHEGARAY.

CRÓNICA INTERNACIONAL

El presidente dimisionario y el presidente nombrado en Francia.—Los candidatos á ministros de la nueva presidencia.—El socialismo y el federalismo.—Las agrupaciones adictas á estos dos sistemas.—La política inglesa.—La muerte de Churchill.—La disolución del Parlamento en Italia.—La situación en Alemania.—Los pueblos orientales y la lucha entre Fernando de Bulgaria y su antiguo primer ministro.—Crisis en Grecia.—Muerte de Giers.—Reflexiones.—Conclusión.

I

Triste situación la imperante de antiguo en Francia. O predomina el poder ejecutivo hasta suprimir el poder legislativo completamente; ó predomina el poder legislativo hasta suprimir el ejecutivo y anularlo. No tenía el Parlamento bajo la imperial autoridad el poder que le atañe de derecho en las naciones de gobiernos constitucionales; y no tiene ahora el ejecutivo las facultades que le competen bajo la República parlamentaria. En el imperio todo lo manda el supremo imperante; en la República todo lo invade la Cámara popular. Nombrado Perier por el más conservador entre los varios candidatos á la presidencia, siguió la política de incertidumbres y perplejidades conocidas en Carnot; y le tocó vencerse á sí mismo, por no haber luchado con oportunidad y con coraje. Cuando notificó á la Cámara su abdicación, la notificó una resolución patente desde que nombrara el ministerio

de concentraciones republicanas, en vez de haber nombrado gobierno dirigido á la consolidación y á la estabilidad. El sistema político, de cuya nefasta complexión surgieran las pretensiones de Boulanger y la sombra del cesarismo que por todas partes le acompañaba y seguía, ese sistema de agrupaciones mecánicas, incapacitadas para constituir un orgánico solo, renace ya con el nuevo presidente Faure, continuando así la indefinición en el pensar y la indeterminación en el proceder que ha caracterizado desde sus primeros días á la República francesa. Para enterarse de cuán fundadas son mis observaciones, basta dirigirse á la lista de los diversos ministerios en estado de crisálida y en lenta formación aparecidos á la superficie del poder, desde que Faure se halla sobre la cumbre del Estado. Primero se presentó Bourgeois, radical por su complexión y por su historia; después Ribot, moderado por su complexión y por su historia. Pero, con propensiones á la derecha éste, y con propensiones á la izquierda el otro, ambos propenden á la concentración. Sólo que siendo Ribot moderado, y Bourgeois radical, fuéle más fácil formar un ministerio al primero que al segundo, por haber más cantidades homogéneas, capaces de producir verdadera suma entre las escuelas republicano-conservadoras que entre las escuelas republicano-radicales, formadas en su mayor parte con heterogéneos elementos. Y tan cierto es esto que presentados en candidatura para ministros de Hacienda tres radicales tan conspicuos como Poincaré, Peytral y Casagnac, por si convenía el impuesto sobre la renta ó convenía el impuesto sobre las sucesiones, ó por si el impuesto sobre la renta debía gravar los valores del Estado y las utilidades todas y las personas también, resucitando las capitaciones anteriores al período creador de la Revolución francesa, se armó una de San Quintín entre los candidatos, y no pudieron acordarse, obligando así al presidente de un ministerio en formación á declinar su honroso cargo y declararse imposibilitado de formar un sólido gobierno. Halo formado Ribot, persona honradísima; de verda-

dera distinción y de gran palabra; con antecedentes parlamentarios inapreciables y con todos los visos de conservador que necesita un hombre de gobierno; pero débil cuando los republicanos de abolengo le tachan de republicano reciente y le acusan de orleanista viejo. No hay que aguardar, pues, la República de conservación y estabilidad por nosotros deseada siempre; hay que temer una república de vacilaciones verdaderas y de indefinición perdurable. Ahora mismo, habiendo caído el ministerio Dupuy, porque la Cámara no le consintió someterse á una sentencia firme del Consejo de Estado parecía natural fuese la primer operación de todo ministerio averiguar por quién se decidía, si por mantener los acuerdos del Consejo, rechazados en la Cámara, ó por obedecer á la Cámara, sobreponiendo el poder parlamentario, no sólo al poder ejecutivo como está en las costumbres del nuevo régimen ya, sino á los poderes judiciales y á los atributos de toda justicia. Mas hanse convenido en formular un proyecto de amnistía, parte primera del mensaje presidencial á las Cámaras, mensaje muy vago; y no han dicho una palabra de fórmulas para desvanecer las nubes amenazadoras, ni de soluciones para resolver los problemas rentísticos y entrar en un período de verdaderas y sabias economías como pide y necesita Francia. Continuarán las concentraciones; y continuando las concentraciones, continuará la falta de cohesión en los gobiernos, con la falta de disciplina en los diputados, con lo cual cerneráse á diario sobre la cabeza de Francia una crisis de ministros, seguida por otra crisis de presidente, que todo lo subvierta. Ya hemos visto cómo reciben las fracciones avanzadas á los nuevos representantes del poder ejecutivo; con amenazas de guerra implacable y con repulsas de los monárquicos que han aceptado como una forma de gobierno definitiva el régimen republicano.

II

No puede menos que caerme ahora en gracia el entusiasmo demostrado por socialistas y comuneros á favor de la república, especie de zelotas parecidos á los fariseos antiguos, creyendo las tablas de sus leyes destrozadas si las tocan los extranjeros tenidos por idólatras en su intransigencia koranesca. De tal modo paga el diablo á quien le sirve. Cuando conveníamos en que la república necesitaba mucho lastre para no moverse á todas las oleadas y á todos los vientos, como mucho peso por su derecha para no zozobrar por su izquierda; los republicanos radicales echan al agua los contrapesos indispensables á un estable y sano equilibrio. Si fueran republicanos de veras, comprenderían cómo, siendo la república el organismo mejor que pueden revestir la libertad y el derecho, tiene la delicadeza y debilidad propia de todo lo superior, que sumado á las mil enfermedades connaturales á la infancia, le dan, durante largo tiempo, una vida tan tenue, que puede resentirse y enfermar de muerte al menor contratiempo, y acabar al menor airecillo colado, por todo lo cual necesita recibir y aceptar aquello que le sirva de contrapeso y le ayude á su estabilidad. Pero yo he negado siempre á los socialistas y á los federales, tanto en Francia como en España, los caracteres de republicanos. Los unos, con tal de resolver los mal llamados problemas sociales, aceptan la dictadura, como se ha visto en tiempo del general Boulanger hace poco, y hace mucho se viera en tiempo del Imperio; los otros, los federales, son capaces de aceptar el imperio más absoluto, como Rusia, si tiene carácter federativo, y de anteponerlo á las repúblicas unitarias, aunque fuesen de suyo éstas liberales y democráticas. No ha conse-

guido victoria ninguna la democracia francesa comparable al aportamiento de los antiguos monárquicos, quienes, lejos de mirar atrás, miran adelante; y dejando de perturbarlo todo con su Mesianismo ilegal y con sus Mesías pretendientes, arriaman el hombro á la sustentación y mantenimiento de un Estado imbuido en nuestros progresivos principios y prestan á las leyes republicanas carácter de prescripción que vale mucho, no sólo en el derecho común, que vale mucho en todo cuanto hace y en todo cuanto conserva el tiempo. Los intransigentes, rehusando la república y su templo al partido realista, me parecen los primeros judíos cristianos negando la Iglesia universal á quienes antes no hubieran pasado por la sinagoga y el bautizo á quienes antes no hubieran sufrido la circuncisión. Y es el caso que, mientras así proceden tan ciegos demócratas, como no pueden rehusar el derecho á los realistas, entran éstos en grande número dentro de sus Cámaras, y decidirán con sus votos del destino y suerte de la república. Sin los monárquicos no hubieran roto los radicales republicanos el último ministerio de Casimiro Perier; y sin los monárquicos no hubieran puesto á la cabeza del gobierno los republicanos moderados á Félix Faure. Y si esto es verdad, si no hay medio humano de impedir esto, yo pregunto cómo rehusáis abrir las puertas de par en par á quienes tenéis ya dentro del edificio, entrando, aunque les cerréis su ingreso, en el gobierno, como entran dentro del Parlamento y aun dentro del Estado, por la ventana de los comicios, que les abre sobre todas nuestras instituciones su derecho. Pues no faltaba más sino que os las echarais de incommovibles ó de intransigentes, cuando no hace mucho tiempo la mayor parte de vosotros, socialistas ó revolucionarios, que ahora tanto gritáis, os fuisteis á una con Boulanger, el dictador en ciernes, y aceptasteis cual fuerza de primera importancia y utilidad á todos los monárquicos franceses que quisieron apoyaros sin distinción de procedencias y de matices. Pues, si pudieron ayudar en su obra revolucionaria y de perdición á los que deseaban

fundar un régimen, de suyo tan malo, como la dictadura militar; puesto que ya están convertidos por una inspiración de lo alto, por una inspiración de León XIII, ¿no podrán cooperar al definitivo establecimiento en Francia de una ordenada república?

III

En política el pueblo británico aventaja mucho á los pueblos de raza latina, por más conocedor de estos problemas que nosotros, en quienes una servidumbre larga paralizó primero con grande ataxia y atrofió luego los órganos indispensables á semejante ciencia, ideal y práctica como ninguna otra. Cuando considera el observador con espacio y tiempo cuanto prometen los gobiernos latinos á sus pueblos, y cuanto aguardan de sus gobiernos los pueblos latinos á la vez, no puede sino reconocer con pena la incurable enfermedad política nuestra, fundada en la desconfianza del propio derecho y en la devoción al Estado, enfermedad proveniente de aquella vieja monarquía, bajo cuya pesadumbre larguísimo tiempo yacíéramos anulados. Escriben al gobierno inglés, á lord Rosebery, por ejemplo, varios agricultores, pintándole con tintes oscuros la crisis del trabajo y del producto de los campos ingleses, al par que pidiéndole protección decidida; y el primer ministro les responde con ese admirable sentido, propio de los sajones, cuyos sazonados frutos se cosechan á manos llenas en el *Robinsón* de Daniel Foé y en el *Ricardo* de Benjamín Franklin, que á nadie le importaría tanto como á él esta protección y á nadie le aprovecharía en grado igual que á él, como gran propietario agricultor inglés; pero la potestad pública tiene sus límites, y pedirle curación de crisis generada por causas universales y cósmicas á un simple ministro,

equivale á creerle un Dios exigiéndole que cambie la posición geográfica y la temperatura del aire connaturales á Inglaterra. En otra cualquier parte hubieran las gentes atribuido á confesión de incapacidad radical en el gobierno, este límite puesto á las fuerzas y potencias del poder público por un gobernante: no así en Inglaterra, donde saben todos cuál cercano y estrecho límite su propia naturaleza fija con exactitud á las facultades múltiples de los Estados modernos. Pues ha sucedido algo más original todavía. El primer ministro de los conservadores ha dicho que tenía razón el primer ministro de los radicales restringiendo en sus alcances el poder del gobierno y de los gobernantes. Salisbury defiende á su émulo y enemigo Rosebery. En España y en Italia y en Francia rara vez llegan á convenir con sus contrarios los jefes del general movimiento político. Por este claro sentido, veréis que ni el partido liberal se divide hoy en Inglaterra, ni el asunto relativo á la Cámara de los Lores, á pesar de su gravedad, trae ningún conflicto. Patentizan ahora con el veto lanzado al proyecto, estableciendo la inevitable autonomía de Irlanda los lores que han recogido prerrogativas desusadas en manos del monarca, y se propone variar el ministerio, no tanto la naturaleza del Senado aristocrático, como las relaciones entre ambos cuerpos colegisladores con cuya variación se den á la Cámara popular, nacida del comicio y del sufragio de abajo, no del privilegio y de la gracia de arriba, el acuerdo supremo y la última palabra. No queremos, ha dicho el jefe de las fracciones avanzadas, ha dicho Rosebery, destruir y desarraigar el Senado; queremos pura y simplemente modificarlo. Por el camino que llevan, destruirían los lores la corona y el pueblo; no queremos acabar con ellos, sino aliviarles un poco de la sangre aglomerada, por obra de su soberbia, en el cerebro, cuyo exceso les trastorna la cabeza. De igual manera se ha producido el ilustre ministro de Hacienda, el célebre Harcourt, en discurso pronunciado para desvanecer las apreciaciones de ciertos opositores que le creían retraído dentro

del gobierno y dispuesto á jugar zancadillas al primer ministro, como las que su compañero de Obras Públicas le jugó á Dupuy en Francia y como las que su presidente del Consejo, Dupuy, le jugó á Perier en la crisis ministerial y presidencial, por donde ahora pasan la democracia, la república, la libertad, con tan profundo y grave detrimento. No puede, no, decirse, ha, en otro discurso, aseverado lord Ripon, que Inglaterra deje de afanarse por Irlanda. En el deseo de volverle su gobierno propio, llega el pueblo inglés hasta modificar el patriciado antiguo y la Cámara donde los patricios se asientan. Y nadie se alarma ni se conmueve, porque todo el mundo sabe que la opinión general prevalecerá y que sabrá imponerse por los procedimientos legales, sin que haya impacencias abajo que traigan la fiebre revolucionaria, ni arriba desvanecimientos que traigan lo inopinado y lo arbitrario. En Inglaterra predominan la calma y la circunspección. Por eso no parecía inglés el joven orador que acaba de morir ahora, Churchill, por muy exaltado y poco circunspecto. Conservador, llevó á la política sajona el soplo revolucionario continental; noble, llevó al Parlamento los dicharachos de taberna, que sólo resuenan en las reuniones populares londonenses, cuan son muy rojas de color y están muy bebidas de aguardiente. Nada tan justo y natural como que un buen tory ataque á Gladstone; y nada tan injusto como que lo insulte y lo denueste. Cuando, en la plenitud completa de su vida, el mozo Churchill, que no había de llegar á ser nunca gloria de su patria, denigraba con soeces palabrotas y payasescos calificativos al inmortal anciano, cuyo nombre resplandece ya entre los primeros del mundo y de la historia, no podía presentir cuánto daño á sí mismo se infería en la posteridad, entregándole tal triste legado de penosísimos recuerdos respecto á su persona y á su nombre. No obstante haber abominado de Irlanda, hubo un instante en que intentó pactar con Parnell, el rey sin corona de los irlandeses. No obstante llevar en sus venas la sangre tory, con que se

ha regado el vínculo glorioso de un individualismo templado, llegó hasta los senos del socialismo contemporáneo y mantuvo las horas de trabajo fijadas por el Estado, que traen, como consecuencia indeclinable consigo, la fijación oficial del salario y la tasa de los productos y hasta el racionar los alimentos en la plebe como se racionan en el ejército. Esto es de todo punto estrambótico. Y sólo á un extravagante se le puede ocurrir, en pueblo tan disciplinado como el pueblo inglés por sus propios derechos, la original idea de formar un tercer partido frente á los dos históricos que tan grandes compensadores son y tan grandes compensaciones prestan á los impulsos sobradamente individualistas del pueblo y del gobierno en Inglaterra. Con tales condiciones fuéles más adverso á sus amigos que á sus adversarios. Estuvo en dos ministerios, donde tronó y relampagueó muchísimo; pero donde no sucedió nada. Un día se fué del gobierno despechado, y quiso curarse de las heridas que habían abierto en él sus intemperancias habituales propias, dando la vuelta al mundo. Por esos mares de Dios andaba, cuando supimos que se hallaba herido de la medula y venía con rapidez á Occidente para morir en el regazo de su patria. Con honor, con entusiasmo, con cívicas virtudes, con deseo del bien, su tempestuosa naturaleza, disonante de la complexión británica, y su lenguaje revolucionario, inadecuado á su alta situación de patricio, le frustraron todas sus obras. Ha muerto en edad madura; mas como hace años que muriera políticamente, precisa reconocer ha muerto malogrado, pues marró hace tiempo á su destino y burló cuantas esperanzas se habían puesto sobre su cabeza.

IV

¡Cuánto difiere Alemania de Inglaterra! Es Inglaterra un pueblo; es Alemania un César. Inútilmente quieren resistir á

la grande absorción imperial y cesarista los Poderes y los Estados regionales que aún quedan de pie tras la fundación del Imperio: la unidad imperial se impone á todo y á todos. Pero cuanto está de sólido el imperio, tanto está de perplejo, y por ende de débil, el emperador. Mientras en Inglaterra sabéis lo que sucederá por el dominio supremo de la opinión pública; en Alemania no sabéis nada, porque cambia el emperador de opinión á cada impulso del sentimiento y de sentimiento á cada latido del corazón. En primavera, Guillermo II estaba muy de malas con los feudales del campo, á quienes amenazara en Koenisberg, y muy de buenas con el canciller Caprivi, que les había puesto las peras á cuarto con el tratado de Rusia, funestísimo al centeno del noble. Pues en otoño se vuelve á los feudales amenazados y les dona martingala tan súbita como un férreo canciller reaccionario. Ni que les hubiera caído, sin poner, el premio gordo en la lotería. Conviniéramos en que las leyes reaccionarias de Bismark avivaban el socialismo y las prácticas liberales de Caprivi lo destruían; y así, en todo se mostraba cambiante, menos en esto, el emperador, aleccionado por una provechosísima experiencia. Pues, cuando más desorganizados estaban los socialistas por sus divisiones interiores, aparecen las leyes represivas de nuevo y les devuelven la cohesión que habían perdido. Bien es verdad que un César, soldado, marino, predicador, músico, dramaturgo, dibujante, catedrático, viajero, deberá sentir tantas ideas cruzando por su cabeza, como emociones conmoviendo su pecho. Así, un día pone cordones entre sus familiares y los diputados, cuando va su corte al Reichstag, para que no se contaminen aquellos sacerdotes de la realeza con estos demonios de la revolución. Otro día inscribe «Al pueblo alemán», en el frontispicio de la Cámara, y lo borra sustituyéndolo con el rótulo «Al Imperio alemán»; y cuando ve que se levanta una tempestad tras este desacato á la nación germánica y al sufragio universal, restituye á su sitio la leyenda, y reaparece de nuevo el pue-

blo. Ya quiere formar causa con temeridad á los representantes que desdeñan ponerse de pie al oír su nombre; ya se irrita con los particulares que no gustan de sus himnos calcados sobre sonatas de Wagner. Así, no es mucho que se le atribuyan los más descabellados propósitos y que las gentes lo crean próximo á romper sus conexiones con Austria é Italia, reanudando alianzas nuevas con Rusia y hasta con Francia. No pecaré yo de temerario y libraréme bien de admitir que tenga fundamento tal especie; pero sí diré que, predominando, como predomina, una grande volubilidad de sentimientos en el emperador, y predominando, como predomina, el emperador sobre su imperio, nadie puede prever, ni presentir, ni adivinar lo que sucederá dentro de tres días, cuando nadie adivinara lo que ayer sucediera, ni aun aquellos que más de agoreros se precian y marchan iluminando desde lo presente lo por venir con sus continuados augurios.

V

Por fin, el rey de Italia demuestra que sólo tiene confianza hoy en Crispi, al entregarle, sin escrúpulos ni vacilaciones, el decreto disolviendo la Cámara y apelando á nuevas elecciones. Para mí, no cabía duda de ningún género á este respecto. Hombre de firme voluntad, Crispi está combatido y contrastado en los estadistas ministrables, de gentes sin voluntad. Posee hoy un desmayo, tan pareecido al célebre de Perier, todos los ánimos, que precisa obligarse con los dotados del deseo y voluntad de gobernar, aunque gobiernen mal, y agradecerles continúen aferrados al potro de un ministerio á la moderna. El Parlamento, disuelto bajo los auspicios de Crispi, se había reunido bajo los auspicios de Giolitti. Cuando, derribado éste, llamó el

rey al hoy cabeza de la política italiana, le prometió la disolución del Congreso de diputados, en caso de disentimiento con la presidencia del Consejo. Y reclamado ahora el cumplimiento de la palabra, se ha cumplido sin género alguno de reserva. He dicho que los ministrables de Italia no pueden ahora competir con Crispiá causa de sus desmayos, y he dicho la verdad. El único de importancia verdadera, de palabra elocuente, de popularidad efectiva, de ánimo entero y generoso, de ideas fijas, es Cavallotti; mas, no habiendo nunca ocupado el gobierno, y no estando en potencia propincua de ocuparlo, á causa de cierto matiz republicano que le prestan sus ideas avanzadas y sus conocidas amistades con todos los demócratas europeos, precisa descartarlo de los ministrables, siquier tenga todas las calidades necesarias para ser, no sólo ministro, sino también un gran ministro. Mas de Zanardelli se cuenta en Roma, de Zanardelli, el ilustre y glorioso autor del Código penal, ajustado en todo á los progresos de la ciencia moderna, en que aparece maestro, de Zanardelli se cuenta que, al presentar la lista de sus ministros en el Quirinal, cuando le confiaron la formación del ministerio, le preguntó el rey, si por equivocación le había llevado el nombramiento de los subsecretarios: tan adicto á los suyos se mostró y tanto llegó á rebajar la talla de los directores y de los guías del gobierno italiano. En cuanto á Rudini, precisa decirlo, no se oye sino una sola voz para encarecer su honor y su caballeridad; pero desde que, pareciendo comprometido por sus tradiciones á revocar la triple alianza, y llegada la fecha de su renovación, no atendió á sus antecedentes, y no quiso revocarla por consideración á ciertos influjos cortesanos, quedó malherido en la conciencia pública y pasó al limbo de los hombres sin voluntad, que son ahora el azote de la política europea. A mí, el proceder de mi amado amigo Crispi me duele; primero, porque, al revés de los franceses, sobrepone las facultades del poder ejecutivo á las facultades del poder legislativo, rompiendo por la derecha, como aquéllos por la izquierda, el equilibrio

indispensable al sistema parlamentario; y después, por su desconfianza de un principio, tan vital á todas las instituciones modernas, como el principio de libertad. Pero no puede negarse y desconocerse su amor á la patria, por la cual ha padecido innumerables martirios; y su culto al espíritu moderno, en cuyas aras ha ofrecido el holocausto de tantos y tantos sacrificios. Y como ha visto desenfrenarse la demagogia en los últimos tiempos, ha dado contra la demagogia, creyendo que pedía y necesitaba ésta el cauterio de los procedimientos cesaristas. Yo, que temo mucho á los demagogos en las repúblicas, no los temo cosa mayor en las monarquías. No es por ahí por donde les entra la muerte á los reyes, no, es por el absolutismo. Amenazadas las repúblicas por los demagogos, no propenderán bastante á la derecha jamás; amenazadas por los reaccionarios las monarquías, no propenderán bastante jamás á la izquierda. Mandan mis correligionarios, amén de amigos, en Francia y en Italia. Pues bien, á los de Francia les digo que fortalezcan el poder ejecutivo y que fortalezcan el poder legislativo á los de Italia. Pasa Europa un período tan extremadamente crítico, que deben mandar los republicanos en las monarquías y los monárquicos en las repúblicas. Yo recordaré siempre á los amigos antiguos míos que gobiernan cual Crispi, bajo las enseñas monárquicas, cómo deben hacer lo posible y lo imposible á fin de que se compadezcan y armonicen de una vez para siempre los reyes constitucionales y parlamentarios con la libertad y con la democracia.

VI

Las cuestiones de Oriente van enmarañándose y urdiendo en torno de aquella región una tela de araña, en la cual pueden quedar cogidos y presos todos los débiles y todos los hu-

mildes que necesitan la protección del sentimiento público, más apagado cada día en lo relativo á tales pueblos y razas, muy confusos, como materia primitiva, de puro vieja é histórica. Sin embargo, Turquía se da por pagada de cuanto le sucediera en el año último, y señala con piedra blanca su transcurso por favorable á su estabilidad. No así Bulgaria, donde comienzan las pasiones á encrespase y el príncipe á padecer en su autoridad y á disminuir en el concepto y estimación de sus súbditos. Habiendo cambiado de primer ministro, creyeron las gentes que había cambiado de añaja política. Pero no despidió á Stambuloff sino para libertarse de un amo, y no trajo á Stoiloff sino para traer un criado. La política, lo esencial, ha quedado; las personas, los accidentes, se han ido. Bulgaria permanece tan separada de Rusia como en los días del dictador, y dirigida por los métodos mismos hacia los habituados y habituales fines concebidos por éste; sólo que con menor vigor en sus fuerzas y menor seguridad en su objetivo. Era Stambuloff implacable contradictor del protectorado de Rusia. Exigencias fatales del cambio consumado abrieron las puertas del país á enemigos de tal política como Zankoft y Karavelloff, presos ó proscriptos, quienes han aumentado los elementos á favor de Rusia con la influencia conseguida por su libertad, sin aumentar las propensiones del gobierno hacia Rusia. Mientras acariciaron uno y otro, los dos cabezillas políticos, la posibilidad del cambio y sustitución por ellos de la gran cabeza, que Fernando Coburgo se había cortado con la despedida de su primer ministro, callaron; pero convencidos ya de que Stoiloff se cree un presidente definitivo y Fernando un soberano absoluto, siembran la inquietud general con sus inquietudes personales y dan al suelo búlgaro una inconsistencia y al aire una electricidad, que van tomando todas las movilidades, todas las violencias de los estados abrumadores y asfixiantes que preceden á las revoluciones. Y no menos triste la situación de Grecia. Ministerio como el de Tricoupis, ha tenido que abandonar el poder, y que

verse reemplazado por un ministerio, como el de Deyalnnis; y un Parlamento, como aquel, ha tenido que conformarse con su disolución y reconocer la necesidad y la justicia del acto último de su rey, apelando á nuevos comicios después que habían alcanzado corrosivas descomposiciones á la mayoría y caído las minorías en retraimientos sistemáticos; por todo lo cual no podía moverse la máquina parlamentaria ni guardar autoridad el poder ejecutivo. Aquí encaja, como anillo en dedo, el antiguo refrán español: donde no hay harina, todo es mohina. Grecia se dejó tentar por la política de grandiosas empresas, olvidando cómo, para cumplir los propósitos grandes, precisa la salud con la robustez internas de quienes deben trabajar ó combatir, y que la salud con la robustez no se adquitan y conservan sino con un buen orden material y con un sabio sistema económico. Grecia, de imprevisión en imprevisión, contrajo deudas superiores á sus recursos; y de deuda en deuda, y de empréstito en empréstito, y de operación ruinosísima en operación ruinosísima, rodó hasta la bancarrota; perdiendo desde tal día una parte de la estima con que la miraban los gobiernos europeos, y encontrando dentro de sí misma dificultades y agitaciones que la paralizaban en sus movimientos y le impedían todo esfuerzo hacia el bien. Como está en el orden lógico de las cosas atribuir los males colectivos á torpeza ó perversidad de los gobiernos más que á imposición y fuerza de los hechos, descreditáronse los primeros estadistas griegos, y tomó la persona del rey, elevándose grandemente sobre tal descrédito, estatura superior á sus cualidades, originada, no tanto de lo poco que había él crecido, como de lo mucho que habían los demás en tal crisis menguado. Esta fuerza é importancia del rey llegó al extremo de poder despedir un ministerio del Parlamento y nombrar un ministerio suyo, no sólo sin escándalo de la opinión, hasta con su aplauso. Y este favor del rey y este descrédito del Parlamento no pueden explicarse, sino pensando que como el Parlamento hace algo, ya sea bueno, ya sea malo, ya torcido, ya derecho, al Parlamento van las críti-

cas, y como el rey no hace nada, nadie puede criticarle. Y así aparece ahora el rey, ó por lo menos la sombra del rey, en los motivos determinantes de la derrota sufrida por Tricoupis. A consecuencia de la quiebra, vino el malestar, como hemos dicho; y á consecuencia del malestar surgieron proyectos de remedios más dañosos que este malestar mismo. A las quejas emitidas por el estancamiento de la pasa, primer artículo de rica exportación, y por el descenso del valor de los trigos, cuyos precios no remuneran los gastos de cultivo que cuestan; el ministerio, no sólo propuso extirpar una cosecha de productos tan copiosos y abaratados, sino que propuso también descargarlos de las cargas del consumo y de las puertas, reemplazando los ingresos de tales tributaciones nada menos que con una especie de personal encabezamiento, muy parecido á la capitación. Proponerse tal cosa y suscitarse un general descontento, fué obra de un minuto, ardiendo el público sentimiento por aquellos espacios como reguero de pólvora inflamado por una chispa. Suscitáronse grandes manifestaciones, las cuales se reunían con estruendo en las plazas de Atenas contra el que había concebido tal remedio y contra el Parlamento capaz de votarlo. No se les ocurrió á los dos poderes así amenazados cosa mejor que mandar la guarnición á deshacer las manifestaciones y prender los manifestantes. Un conflicto estuvo muy en vías de estallar entre la tropa y la muchedumbre, cuando el príncipe real, sabedor de lo que pasaba, salió al paso de la dificultad con su carácter de jefe del regimiento acantonado en Atenas, al cual habianlo reunido sin su orden, y atajóla en el acto, impidiendo una catástrofe generadora sin duda de una guerra civil inmediata. El ministerio Tricoupis tradujo la intervención del heredero en aquel conflicto por indirecta repulsa del rey á su política y presentó la dimisión. Como ven mis lectores, no está Grecia en un lecho de rosas. Tampoco le sonríe hoy buena suerte á Rusia. La desaparición para siempre de Giers, como la desaparición antes de Alejandro III,

quita un sólido lastre á la nave de aquel gran Estado. Ministro de Relaciones Exteriores, la diplomacia fué para el recién muerto Giers una verdadera profesión de por vida con todos los caracteres del arte y del saber político. Aunque hacia cuanto le mandaba su amo, profesaba ideas propias, y muy partidario en los Consejos de las alianzas con los imperios del Norte, suscribió á una inteligencia y alianza con Francia bajo la condición de servir á la paz. En ella descanse.

EMILIO CASTELAR.

LA PRENSA INTERNACIONAL

SUMARIO

El reinado del dinero.—El movimiento literario en Bélgica.—El sufragio femenino en Inglaterra y América.—El árbol de la ciencia.

El reinado del dinero.

En la *Revue des Deux-Mondes*, el Sr. Leroy-Beaulieu ha consagrado un ingenioso estudio á la situación y al papel que representa el dinero en la sociedad contemporánea. A la vez que ideas profundas, elevadas y originales, hallamos en él de vez en cuando ciertas paradojas de la antigua escuela liberal, sin impedir esto de ningún modo que dicha monografía merezca estimarse como una de las más brillantes que se han dedicado al gran soberano de nuestro tiempo. No estando conformes con todas las opiniones expresadas en dicho trabajo, nada mejor podemos hacer que ofrecerlas á nuestros lectores en la forma atractiva con que el autor ha sabido presentárnoslas.

¿De dónde proviene el imperio innegable del dinero? ¿Es una usurpación reciente entre nosotros, sin raíces en nuestro

pasado? ¿Está su principio en nosotros mismos, en nuestras costumbres, en nuestras condiciones materiales y morales, políticas ó religiosas? O, por el contrario, ¿es una dominación extranjera, antipática á nuestra raza, impuesta á las naciones cristianas por hombres de otra sangre y de otra fe? Veamos lo que acontece en la vida actual de la sociedad.

Ser rico es la primera aspiración del hombre moderno. El amor al bienestar y también el deseo de gozar de la vida han invadido á todas las clases. Los pueblos modernos sienten la necesidad de ser ricos. Por deprisa que haya aumentado la riqueza, aún han crecido con más rapidez las exigencias de la vida civilizada. El progreso del bienestar no ha hecho más que aumentar las necesidades y provocar los apetitos.

«La carrera en pos de la fortuna: he aquí el espectáculo que en todas partes ofrecen nuestras sociedades occidentales. Aseméjense á un triste circo donde grandes y pequeños, jóvenes y viejos, los padres arrastrando de la mano á sus hijos, corren á quien pueda más, derribándose en el camino y hollándose unos á otros con los pies... Para la mayoría, la educación no es más que una preparación con la mira de este *steeple-chase* de la fortuna... Estropéase nuestra conciencia, se atrofian las delicadezas y los pudores de la honradez... Si la improbidad en las formas nos produce aún mal efecto, el mercantilismo penetra en todas partes: éste es otro de los caracteres de nuestra democracia. Médicos, abogados, ingenieros, escritores, artistas, políticos, el mercantilismo está en vías de envilecer las profesiones más nobles... Todas tienden á convertirse en un oficio, en un negocio, y aceptan la relajada moral de las gentes de negocios. Todo es materia de tráfico.

»El dinero es el gran resorte de la vida moderna. El teatro y la novela han tenido que dejar mucho sitio á los millones. La competencia universal, el advenimiento de las nuevas capas al poder y á las funciones públicas, el encarecimiento de la vida y los riesgos de la especulación, la depreciación

continua de las fortunas patrimoniales, son otras tantas causas que han infundido en todas las familias, antiguas ó recientes, ese perpetuo afán de dinero... En este sentido, pudiera sostenerse que bien pronto no habrá más que ricos. Ricos ó pobres, todos son ya casi igualmente presa del mismo afán.»

Adivínanse los sentimientos que una sociedad de apetitos tan intensos ha de profesar con respecto á una raza á quien se supone centralizando en sus manos el objeto de todas las concupiscencias. El tomar las armas contra la alta banca y la bolsa «proviene menos de la aversión contra las riquezas que de la pasión por las riquezas». Esta cruzada casi nunca tiene nada cristiana. Jesús decía á sus discípulos: «Nadie puede servir á Dios y á Mammón.» Pues bien; los cristianos de nuestros días han cambiado todo esto. Al cabo de poco más de diez y ocho siglos y medio, Mammón ha llegado á ser el príncipe de este mundo. Si los cristianos se inspirasen en el Evangelio, más bien temerían ser ricos. Pero, ¿quedan cristianos entre nosotros?

El cristianismo había venido al mundo á rehabilitar la pobreza; y, después de tantos siglos de esfuerzos, la pobreza ha quedado vencida por completo. Aún se pronuncian elogios de la pobreza, pero abstractos y teóricos. El judío, á quien nos representamos como el gran sacerdote del culto de Mammón, hace lo mismo en sus cánticos dentro de la sinagoga; pero, en saliendo de ésta, corre á la Bolsa.

¿Por qué tiene el dinero tanto imperio sobre nuestras sociedades modernas?

«Veo varias razones para ello—dice el Sr. Leroy Beaulieu.— No cabe duda de que una de ellas son nuestros vicios, pero no es la única; porque, en último caso, no es seguro que nosotros tengamos más vicios que nuestros padres. Por el contrario, hay na cosa cierta, y es que tenemos más necesidades, multiplicadas hasta lo infinito por nuestras artes, industrias y ciencias modernas... Nuestra civilización tiene la culpa de ello.

todo se ha complicado en la vida moderna y todo se paga en la vida moderna... Somos esclavos de nuestras necesidades, prisioneros de nuestras artes, de nuestra industria, de nuestra vida urbana; y, por tanto, siervos de la riqueza, vasallos del dinero... Y puesto que todo lo que llamamos «el progreso» nos inculca siempre nuevas necesidades, ¿de qué serviría despreciar la riqueza? Porque, bien ó mal, para vivir como hombres modernos necesitamos contar con dinero, hacer caso del dinero... El mal no está en la riqueza, sino en *la manera* como tantos ricos adquieren y emplean sus riquezas... El gran mal que padecen ricos y pobres está en el culto del dinero, *el culto de la innoble pecunia*, como ya decía Juvenal...; está en el respeto envilecedor de que lo rodean dentro de su corazón nuestras sociedades burguesas y hasta los mismos que se sublevan contra los ricos... Debe decirse todo. Esta clase de consideración (por el valor de lo que poseemos), no sólo se concede á los individuos ó á las familias, sino á las ciudades, á las provincias, á las comarcas, á las naciones mismas. Estimar á los pueblos por su riqueza: á esto hemos llegado... Después de Metz y Sedán... lo que nos realzó á los ojos de la Europa cristiana, igual que á los del Asia musulmana, fué nuestro dinero. ¡Cinco mil millones de francos: qué montaña de oro!»

El mal se ha agravado, pero no es nuevo. Desde mucho tiempo atrás existía su germen en todos los pueblos. La conquista del vellocino de oro fué el sueño de todos los jefes bárbaros. Si Mammón es semita, Pluto es ario: y las ciudades griegas y Roma antigua estaban ya bajo su dominación. La cristiandad no ha destruido su dominio. El gran ensueño de la Edad Media, edad de fe, ¿no ha sido la piedra filosofal? La gran diferencia entre la época del feudalismo y los tiempos contemporáneos consiste en que entonces la riqueza era de otro carácter y se adquiría por otros medios. El Renacimiento es, en toda Europa, presa de la fiebre del oro. En Inglaterra, en Escandinavia, en Alemania, el gran cebo de la Reforma, para los príncipes y los nobles, es el reparto de los bienes de

la Iglesia. En España, en la católica España, ¿qué fuerza impele hacia «las Indias» á Colón y sus compañeros? Mammón sabía en todas partes hacer buenas migas con Cristo.

El dinero penetra hasta en los claustros. Los advenedizos de la banca fuerzan la entrada en la corte, toman títulos, la nobleza se compra; y Saint-Simón ve ya á Luis XIV dispensar los honores de Marly á su banquero Samuel Bernard. Por más que se indignase ante esa especie de prostitución del rey, eso no ha impedido á la banca engrandecerse y subir. La revolución misma, sin saberlo, trabajaba para el dinero.

Sin embargo, hay diferencia entre el poder del dinero de otro tiempo y el de hoy. En otro tiempo no reinaba el dinero: solía disfrazarse, se engalanaba con diversos títulos y calidades. Hay que buscar las causas de esto, no sólo en el orden económico é industrial, sino también en el dominio moral. Y en este orden de ideas encontramos un motivo religioso, la debilitación de la fe cristiana; y un motivo político, el establecimiento de la democracia; ambos han contribuido mucho á esta supremacía del dinero.

«A la debilitación de la fe ha seguido en las muchedumbres el aniquilamiento del sentido moral. El concepto de la vida ha cambiado. Circuncisos ó bautizados, tambaléase la fe en las recompensas celestes... Se ha empequeñecido el horizonte del hombre, limitándose sus miras á la tierra y á los bienes terrenales... El hombre carece ya del sentido de la vida, y ya no tiene otra regla de conducta más que gozar y enriquecerse... La lucha por la vida es la fe y la ley de hoy; ¿y qué es la lucha por la vida, en los cerebros populares, sino la lucha por el dinero? Filósofos y políticos nos muestran en la riqueza el objetivo de las sociedades humanas... La pobreza ya no es más que un contrasentido absurdo, un insulto á la naturaleza y á la razón, y no cabe ya en el nuevo concepto de la vida... El dinero, que abre las puertas del paraíso terrenal, es el gran factor de la vida, el árbitro de las existencias, el dispensador de todos los goces... Nuestra edad racionalista,

emancipada de todo dogma, está en camino de caer en una miserable y vil idolatría. Nos deslizamos hacia una especie de neopaganismo, sin los dioses de mármol blanco de la Hélada y los hermosos mitos del Olimpo. El verdadero y único Dios, en quien todos creen y al que sirven todos, es el dinero. El judío ha olvidado á su Mesías, y el cristiano ya no se acuerda de su Salvador.»

La democracia moderna sólo ha venido á fortalecer ese estado de cosas, porque su carácter dominante es el predominio de los intereses materiales, es decir del dinero. En casi todas partes, por lo menos en cierto tiempo, la democracia va á parar en el imperio del dinero.

Y esta evolución no tiene nada de semítica: es una evolución natural de la historia. ¿Y puede suceder otra cosa?

Cada forma de sociedad engendra su aristocracia, su clase dominante. Pues bien; ¿qué puede salir de la democracia? El pueblo no es juez de la aristocracia del talento y de la inteligencia. Para él no hay más que una superioridad plenamente comprensible: el dinero, la riqueza. Se la envidia, pero se la admira á despecho de sí mismo. Y, en todos tiempos y lugares, la democracia ha engendrado á la plutocracia; de suerte que, aun en Grecia, los *aristoi* (los mejores) eran los ricos, y los Estados Unidos no tienen por soberano más que al *Dollar*.

La plutocracia no es europea, ni anglosajona, ni semítica: es la resultante inevitable de todo un estado social.

La Revolución de 1789 quiso fundar la unidad nacional sobre la base de la igualdad. Pues bien; como ya lo decía Disraeli en 1845, hay dos naciones en cada nación, dos naciones entre las cuales no existen relaciones ni simpatías, que no tienen la misma educación, ni los mismos sentimientos, ni las mismas costumbres. Desde cincuenta años á la fecha, la cosa no ha hecho más que empeorar, y la unidad nacional está en peligro en todas partes.

Pero la democracia, al llegar el reinado del dinero, se su-

bleva contra el dinero. Porque, á decir verdad, por más que la aristocracia del dinero sea la más abierta, á pesar de todo es la más detestable. ¡Y con justa razón! El dinero es un rey «cuyos favores se adquieren á veces de una manera hartamente chocante»; además, no tiene nada de noble, y ni siquiera sabe hacerse amar. El dinero necesita aparentar, lo cual no deja de ofender al espíritu democrático; la existencia de ciertos ricos parece un desafío á la muchedumbre de los pobres; la aristocracia del dinero promueve en torno suyo el espíritu de protesta airada. Pero, al emprenderla contra los reyes del dinero, la democracia ataca menos á la riqueza que á los ricos. No quiere destruir la riqueza, sino que pretende apoderarse de ella. Pero antes de que la democracia llegue á apoderarse del dinero en provecho de todos, abre sus puertas de par en par á la dominación del dinero. Su intrusión en la política tiene algo de espantoso.

Dudo que nuestra época sea más corrompida que las anteriores. Hubo un tiempo en la Europa cristiana, testigo la Inglaterra de Carlos II, en que los reyes, como los Parlamentos, estaban dispuestos á venderse... La inmoralidad, la venalidad son de todos tiempos; pero las instituciones democráticas han ensanchado desmedidamente el dominio de aquellas... Al paso que en otro tiempo el parasitismo político no le era permitido más que á una oligarquía, el círculo de la corrupción se ha agrandado hoy hasta lo infinito con el advenimiento de nuevas capas, con el sufragio universal... La abyecta, la vulgar propina de nuestros antepasados, hase afinado mucho con los inventos modernos, se ha hecho limpia, casi no ensucia las manos...; se vale de procedimientos discretos, que apenas dejan más huella que los venenos vegetales de la química moderna... Así, la política en los Estados Unidos ha llegado á ser una ocupación sospechosa, en la cual repugna á las personas honradas poner ni siquiera la punta de los dedos... Estados enteros son allí vasallos de una sociedad industrial... Dictan las leyes propietarios de minas y reyes de los ferro-

carriles... No acontece aún en Francia lo que en la Confederación americana; pero el mal es ya grande entre nosotros...

Una de las tristezas de los hombres de mi edad es advertir cuánto ha aumentado desde un tercio de siglo entre nosotros el papel del dinero en los bastidores del escenario político... «¡Para el dinero y por el dinero!» tal parece ser en ambas costas del Atlántico la divisa de la inmensa mayoría de los políticos... La ingerencia del dinero se deja sentir aún más sobre la prensa, ese poder que se dice superior á las autoridades constituidas. En Francia, en Alemania, en Austria-Hungria, en Italia, lo mismo que en ambas Américas, muy pocos periódicos están libres por completo de ese yugo envilecedor. Casi todos llevan puesto un collar de oro, donde su respectivo amo cuida de no grabar sus iniciales. Los gobiernos ó los gobernantes han hecho muchísimo para corromper á la prensa, las Cámaras y los electores... La venalidad ha sido para ellos un procedimiento de gobierno... Las manos que pagan se abren por fuerza por la mano que recibe: el verdadero corruptor es el corrompido...»

Pero, ¿cómo curar la grave enfermedad que está en nosotros y en lo que nos rodea? ¡Ay! No es, de ningún modo, una fiebre amarilla ó un cólera, traídos de fuera. Para defendernos de ella sería inútil establecer lazaretos ó leproserías á las puertas de nuestras ciudades. Nuestra enfermedad es ante todo una enfermedad moral, y para enfermedades morales no hay más que remedios morales. Tolstoy y los místicos tienen razón á través de todas sus exageraciones: ni el Estado, ni la ley, ni aun la ciencia, tienen con qué cicatrizar las llagas de nuestras sociedades. El remedio eficaz está dentro de nosotros, en la renovación moral. ¿Qué hacer, entonces? Purifiquémonos, elevemos nuestras almas, nos dice el Sr. Leroy-Beaulieu, apartemos de nosotros todo lo que es vil, despreciemos las vanas delicadezas de los sentidos, y, no teniendo ya Mammón poder sobre nosotros, concluirá el reinado del dinero.

Pero no sólo carecemos de fuerza para corregirnos, sino que hasta nos falta para confesar nuestros pecados. Y los que se erigen en sacerdotes, en denunciadores privilegiados de las corrupciones del dinero, los antisemitas, se niegan á dejar que nos acusemos á nosotros mismos.

¿No nos invitan á buscar á nuestro lado un macho cabrio á quien carguemos con nuestras culpas?

«Esta aparente reacción contra el materialismo práctico de nuestros días apela á todos los malos instintos... Si el antisemitismo ha crecido tan pronto, consiste en que se ha sembrado en la tierra de la envidia, suelo que no falta en ninguna parte. Toda rebelión del sentimiento público contra el dominio del dinero tenía por fuerza que volverse en Europa contra los judíos. Los pueblos necesitan personificarlo todo en un hombre ó en un nombre; tenían que personificar el dinero en el judío. Poco les importa que la mayoría de los judíos sean pobres... La banca, eso es vago; el capital, eso es abstracto; el judío, esto parece preciso, da cuerpo á los odios y blanco á los dardos.

»Otro motivo de esta identificación del judío y del dinero. Los judíos, por el hecho de su religión y de su aislamiento secular, forman en el seno de las naciones una especie de clase ó de casta aparte, contra la cual es tanto más fácil amotinar las antipatías populares, cuanto que puede representárseles como extranjeros, como intrusos de otra sangre... Los reyes, en tiempo de revolución, son víctimas de su realeza; y para la multitud de la gente insignificante, los judíos son los reyes del dinero.

»Se imagina que al destronarlos, como nosotros lo hemos hecho con nuestros reyes, quedaría libre de la soberanía del dinero.

»¡Eterno error del vulgo, quien cree que para conquistar la libertad no hay más que matar á César!...»

No es con ayuda de este medio con lo que se acabaría con el reinado del dinero, que no es de fecha reciente, según hemos visto más arriba.

Lo nuevo es el predominio de la *riqueza mobiliaria*, ó, como suele decirse, del capitalismo. La riqueza ha adquirido otras formas, se ha liquidado, y corre y circula á través del mundo con una velocidad y un hervor desconocidos en las edades anteriores.

En el siglo XVIII la tierra era aún en todas partes, hasta en Inglaterra, la fuente principal de la riqueza; en el XIX, el valor de la tierra y el de los capitales se equilibran en algunas regiones del Occidente; en el siglo XX, se invertirá la proporción en todos los países ricos en detrimento de la tierra. En la Gran Bretaña, el suelo cultivado no representa ya más que la sexta ó séptima parte de la fortuna nacional. En Francia, entre la riqueza nacional, estimada en 200.000 millones de francos, las tierras no suponen más valor que el de 80.000 millones. Pues bien; el capitalismo, tan maldito por los socialistas, no es, según el autor, ese ogro hambriento que devora á todos los chiquillos que encuentra á su alcance; más bien los nutre con su sustancia, que engorda con la de ellos. Y confirmando la tesis sostenida por Claudio Jannet en *El capital, la especulación y la Francia en el siglo XIX*, el Sr. Leroy-Beaulieu nos enseña que el acrecentamiento de la fortuna de las clases altas y medias, lejos de haber deprimido la condición del pueblo, ¡es la causa directa de la mejora de la suerte de las clases populares!

Por otra parte, sería pueril preocuparse del creciente poder del dinero, puesto que, por el contrario, ¡su poder decrece conforme aumenta la riqueza! Lo que aumenta en realidad es el valor del trabajo, que se hace cada vez más caro á medida que aumenta la riqueza; al paso que el interés del capital descende, y cada día es más difícil vivir de sus rentas.

Por eso mismo la riqueza no se transmite durante largo tiempo; y la nueva aristocracia del dinero está llamada á una rápida decadencia, á menos que no tenga la energía de levantar de continuo el nivel siempre en descenso de su fortuna. Por otra parte, la riqueza mobiliaria tiene dos cualida-

des: su extensibilidad y su divisibilidad. Pero ¿en qué consiste que, á pesar de estas virtudes intrínsecas, el capital tiende á centralizarse en pocas manos y da origen á un feudalismo nuevo, al feudalismo capitalista? Ese pretenseo feudalismo no es más que pura ilusión.

«Considerándolo todo, nada hay menos feudal que nuestra sociedad moderna... Entre nuestra sociedad y el feudalismo histórico veo, en primer término, una primera y grave diferencia, que atañe á toda la vida política, y por ende á toda la vida social. Bajo el régimen del feudalismo, solían confundirse la autoridad y la propiedad; la soberanía estaba ligada con la posesión de la tierra... Pues bien; nada de eso acontece en nuestra sociedad... La propiedad, la riqueza, no tienen ningún privilegio en el Estado.

»El millonario no tiene en ninguna parte, entre nosotros, el derecho de alta y baja justicia... En este sentido, la riqueza es una reina destronada; y nunca ha sido menos soberano el dinero. En derecho, no tiene ningún poder en el Estado; sólo ejerce sobre él una influencia indirecta, por seducción ó por corrupción... En ninguna época, bajo ningún régimen, ha tenido menos derechos y menos garantías la fortuna. Pudiera decirse que todo el esfuerzo de nuestra democracia en el siglo XIX ha tendido ha producir un divorcio legal entre la propiedad y la autoridad, entre la fortuna y el poder... ¿Y quién se atrevería á decir que los sentimientos de los obreros respecto á sus patronos son los de fieles vasallos para con sus señores? Muy lejos de votar por sus patronos, los obreros votan especialmente contra ellos...

»Nuestras sociedades modernas no evolucionan en este momento hacia un feudalismo. Al revés: en lugar de los sentimientos de fe y solidaridad que enlazaban con el señor á sus vasallos, alienta en casi todas partes el espíritu de desconfianza y de odio del inferior al superior.»

La concentración industrial tampoco ha avasallado á los obreros; por el contrario, gracias á ella forman hoy esa

fuerza ante la cual todo se inclina. Las grandes fábricas han reunido á los obreros, ha formado con ellos una mole sólida, cimentada por la solidaridad; en resumen, los han emancipado.

Pero, por otra parte, ¿puede decirse que gracias á esta concentración industrial (grandes fábricas) y á la concentración mercantil (grandes almacenes), desaparecen las clases medias, tienden á proletarizarse, y, según la fórmula socialista, los ricos se hacen más ricos, y los pobres llegan á ser más pobres? El Sr. Leroy-Beaulieu no lo cree de ningún modo.

La gran fábrica no supone siempre un gran fabricante, ni la gran banca un gran banquero. Este feudalismo económico é industrial, ¿no está encarnado la mayor parte de él en las grandes compañías, que á su vez sólo presentan una acumulación de capitales pequeños formando un gran capital colectivo? Son señoríos de muchas cabezas. Así, por ejemplo, el Banco de Francia componíase en 1.º de Enero de 1894 de más de 28.000 accionistas. Lo mismo acontece con los demás Bancos, los ferrocarriles, etc.

Los millonarios y archimillonarios que á su lado se ven son muy escasos, y su cifra tiende á disminuir. Todos los plutócratas reunidos no poseen la décima parte de los capitales del mundo civilizado. El Sr. C. de Varigny estimaba, hace pocos años, en 700 las personas que poseen 25 millones de francos (un millón de libras esterlinas). Pongamos que haya 1.000; ¿acaso se encuentran dueños de la riqueza del mundo? La fortuna de la Europa entera excede de 1.000 millares de millones de francos, y la de los Estados-Unidos pasa de 350 millares de millones. Por otra parte, las grandes fortunas tienden á desaparecer en todas partes, y cada vez se hace más difícil conquistar la riqueza. El siglo XIX es quizá único en la historia, desde este punto de vista. Los numerosos descubrimientos (vapor, electricidad, etc.), han realizado ante nuestros ojos una transformación del globo, y de ahí también la riqueza de los millonarios. Pero, en general, la riqueza no hace más que dispersarse por el mundo. Así, la mayor parte de la

riqueza mobiliaria pertenece en Francia á personas de escasa fortuna; la marcha de los fenómenos económicos en los demás países de Europa y de América es más ó menos análoga, y pudiera erigirse en ley de la historia la difusión de la riqueza.

Es erróneo presentarnos la sociedad excindida en dos: los ricos y los pobres. No, el verdadero peligro sólo está en la excisión de las almas. A despecho de la creciente pesadumbre de las cargas públicas, hay en nuestras clases populares una tendencia progresiva al aumento del bienestar.

«Al revés de la antigua sociedad feudal, la nueva sociedad no conoce castas, ni privilegios de nacimiento, ni distinción de derechos ó de personas... Para emancipar á lo que con harta impropiedad se llama el cuarto estado, no hace falta un 1789, puesto que no hay feudalismo que derribar, ni derechos feudales que suprimir, ni castillos roqueros que demoler, ni claustros que incendiar... Y, á menos de no exigir á los franceses que renuncien al derecho de la propiedad,—pregunto á los hombres que se esfuerzan por sublevar al pueblo contra el feudalismo capitalista,—¿dónde están los derechos feudales y los privilegios cuya abolición debemos perseguir hoy?»

Ya se ve cómo la filosofía del Sr. Leroy-Beaulieu, para ser muy serena y muy elevada, no deja de tener un optimismo harto exagerado. Los infelices y los descontentos, reclutados entre todos los secundones del feudalismo económico, veríanse sin duda sobradísimos de argumentos que pudieran ennegrecer el cuadro poético y soñador del eminente articulista de la *Revue des Deux-Mondes*.

El movimiento literario en Bélgica.

Interviews de los Sres. Camilo Lemonnier, Iwan Gilkin, Alberto Giraud y Edmundo Picard.—Cartas de los Sres. Jorge Gekhoud, Mauricio Maeterlinck y Emilio Verhaeren.

El Sr. D. Eduardo Du Fresnel ha abierto una información en Bruselas acerca del interesantísimo asunto tema del presente estudio, dirigiéndose de palabra ó por escrito á los más notables escritores belgas, y reproduciendo fielmente las respuestas recibidas. A la vez, aboceta los rasgos característicos de esos distinguidos literatos. Cedamos la palabra al Sr. Du Fresnel y á sus comunicantes.

Paréceme inútil un largo preámbulo. El título mismo de las *interviews* que he recogido y agrupado, basta para indicar el fin que me propuse. Pretendo manifestar los progresos hechos por esa joven literatura, que no existía hace treinta años.

El Sr. C. Lemonnier me ha narrado esa historia, y trato de reproducir con toda la exactitud posible el verdadero curso de literatura belga que, con un agrado y una amabilidad exquisita, se dignó el maestro darme á mí solo. Sabía que otros iban á sacar provecho de esta enseñanza; y, con justo orgullo, hablaba de su cara patria y de los hombres ilustres, de los cuales tiene razón Bélgica para gloriarse.

A los demás literatos, delicados artistas del pensamiento, les hice diversas preguntas acerca del arte social, de la libertad del escritor, del verso libre, del alma flamenca y del alma

walona. Las respuestas de cada uno son curiosas por más de un concepto.

Pero entro en seguida en materia. Síganme Vds. á Bruselas, cerca del bosque de la Cambre. Hétenos delante de un edificio de ladrillo rojo; estamos en casa de Camilo Lemonnier.

CAMILO LEMONNIER

(«La fisonomía del gran novelista belga es tan conocida, que me dispensa de describirla de nuevo. ¡Qué afabilidad y qué cordialidad, de buenas á primeras! ¡Qué brío en los ademanes y qué sonoridad en la voz! Un verdadero meridional... del Norte.»)

«El 15 de Julio se inaugura en Ixelles el monumento erigido á la memoria de Coster, nuestro primer escritor belga. Es inútil buscar antes de Coster: no había nadie.

»Coster vivía veinticinco ó treinta años ha. Su existencia fué la de un hombre laborioso, que trabajaba en la sombra, lejos del ruido, sin cesar y obstinadamente. Nos ha dejado dos obras, *Leyendas flamencas* y *Ulen Spiegel*, escritas en un lenguaje arcaico y que trascienden á «sabor de la tierruca». Retratán por completo la fisonomía flamenca en los tiempos de los *Mendigos*, reinando Felipe II.

»*Ulen Spiegel* (nombre del protagonista) es un personaje de sainete que realiza el espíritu de oposición de la época. Yo he llamado á ese libro «la Biblia flamenca». Nunca hemos tenido nada más conmovedor en el país belga; debiera decir que en el país flamenco. ¡Cuán socarrón, audaz y truculento es ese *Ulen Spiegel*!

»El espíritu ha cambiado hoy: desapareció el elemento flamenco y ha prevalecido el elemento francés.

»Ese *Ulen Spiegel*, narración única en su género, es el libro que sirve de punto de partida de la era literaria belga.

» Después de Coster vino Octavio Pirmez, agudo ingenio, elegíaco solitario, amante del aire y de la naturaleza, que jamás abandonaba su castillo y su parque del Hainaut, donde vivía escuchándose á sí mismo, recogido y enfrascado en sus meditaciones. De él poseemos *Horas de un filósofo*, *Remy*, *Días de soledad*. De pronto se manifiesta en Pirmez un ingenio francés de aires, de estilo, de alma y de imaginación. Sin embargo, no tuvo gran influencia sobre nuestro temperamento nacional, que se distingue por el gusto de la forma brillante y del color.

» El mismo Maeterlinck tampoco ejerce gran influencia, á pesar de ser tan flexible y muy colorista... Sí, tiene mucho color... Son muy leídos sus libros.

» Cuando se celebró el banquete literario, hace doce años, había muerto Pirmez; pero en frente del sitio donde estaba yo sentado se puso un sillón vacío, con una corona, y conmemoramos la presencia mística de nuestro llorado Pirmez.

» Cuando interrogue V. á los poetas, le hablarán sin duda del poeta Van Hasselt... ¡Qué existencia tan ignorada y desconocida! Fué un gran poeta de ritmo, de metro, más que de inspiración personal. En sus hermosos versos reflejábase, sobre todo, Víctor Hugo.

» Estos tres hombres, Coster, Pirmez y Van Hasselt, aparecen como fenómenos en medio de la absoluta incompetencia literaria en que yacíamos. Pero indudablemente el más grande de los tres fué Coster, con su brío, con su arrebatada fantasía. En él hace explosión todo el genio de nuestra raza.

» Después de Van Hasselt hay un desenmarañamiento paulatino; estamos en los limbos; nos proponemos trabajar. Es la época en que Picard lucha y batalla, se presenta como ardiente polemista, y publica sus primeros folletos. También tenemos á Arnould, fallecido ya hoy; y á Eugenio Rober, que abandonó la literatura por la política y es diputado á Cortes.

«Luego... no tengo más remedio que llegar á mí mismo...

Sólo diré á V. esto, que constituye un fasto, y es la historia del Banquete.

»Negóseme el premio quinquenal. Había publicado *Un macho*, primero en folletín en *La Europa*, periódico muy bien hecho y al cual *han matado* (*La Independencia belga* sabe algo de eso); y también había dado á luz *Nuestros Flamencos*, los *Cuentos flamencos*, *Teresa Mónica* y *El muerto*. *Un macho* fué la obra causante de mi fracaso.

»Habiase formado la *Joven Bélgica*. Nuevos elementos habían aparecido; Max Waller era quien la dirigía entonces, agrupando en torno suyo á Verhaeren, Gilkin, Giraud y Rodenbach, una savia ascendente de juventud y de arte. Eran ingenios que aportaban de pronto un sentido de la literatura no revelado antes por nada. Habiéndoseme negado el premio, *La Joven Bélgica* tomó la iniciativa de un gran banquete de protesta, el cual (entre paréntesis) reunió la bonita cifra de 250 comensales. Rodenbach y Picard pronunciaron fogosos discursos, Verhaeren leyó versos, y yo mismo hablé unos minutos, declarando (en forma de conclusiones) que la era literaria quedaba abierta definitivamente.

»Ese banquete fué la hégira de nuestro movimiento. Se inició y fortaleció en ese banquete.

»Aparecieron escritores jóvenes y nuevos libros. El principal de todos fué *Los Flamencos*, de Verhaeren, donde el autor resucita toda la tradición flamenca, truculenta, épica, de lenguaje rudo y violento; algo análogo á Coster, con más modernismo. Waller dió á la prensa *La Vida bruta* y *El Beso*. Giraud publicó su primer libro, *El Escriba*, de forma curiosa, quintaesenciada, y psicología de artista; siguieron á éste *Fuera del siglo*, *Ultimas fiestas* y *Pierrot lunar*. Gracia elegante, áspera, incisiva; admirable construcción de frases; verso hermoso, amplio y sonoro.

»No pasaré por alto á Van Arenberghe, en la actualidad juez de paz: gran poeta, sobre todo sonetista de primer orden; hay cuadros acabados en cada uno de sus sonetos.

»Ahora viene el poeta Hannon: en su obra *Rimas de alegría*, libro de fina podredumbre moral, aparece por vez primera esa nostalgia de las cosas venenosas, fosfóreas.

»Y luego Rodenbach, soñador, recogido; tiene algo de beatería; la lleva consigo; siempre vuelve á ella. — Digamos de paso que los poetas florecen, sobre todo en Lovaina, en pleno país religioso; y, hagan lo que quieran, todos conservan ese espíritu religioso de sus comienzos.

»Llegamos á Iwan Gilkin, autor de *La Condenación del artista*. También tiene apego á la fosforescencia, á los amorios extraordinarios y embriagadores. Es poeta satánico, tenebroso, del género de Baudelaire, su maestro, con quien rivaliza en cuanto á la energía y á la fuerza del ritmo.

»Ya he dicho que el banquete fué el punto de partida de un inmenso florecimiento literario. Vemos crearse multitud de revistas y órganos de combate. Y en este país que dejó morir en la miseria á los suyos, como Coster, se observa un pasmoso despertar de los poetas.

»El primer movimiento se *encauza* en obras: me refiero á Verhaeren y á Gilkin. No olvido á Picard, que escribe *La Fragua Roussel*, libro de una forma admirable, *El Almirante*, *Pro Arte*, *El Jurado* y después *Marruecos*; en él aparece un escritor de raza, el más independiente y á la vez el más clásico de todos nosotros, independiente por la inmensa variedad de talentos, y clásico por su prodigiosa ciencia oratoria.

»Muere Waller, y otros amigos reanudan la publicación de *La Joven Bélgica*.

»Eekhoud reproduce el sentimiento de su tierra, bellas anotaciones de terratenientes: es un espíritu reconcentrado, comovido, que sufre; muy vibrante bajo una forma concisa, enérgica y nerviosa, de buena pasta de color, donde se encuentra algo de Jordaeus.

»Nuestra literatura es una literatura de coloristas, de pintores. Entre nuestros literatos y los pintores hay una correlación evidente.

»También citaré á Nautet, que comenzaba sus estudios de crítica y publicó dos tomos pasando revista, además de á nuestros escritores, á Renán y otros. Esos dos volúmenes son notabilísimos.

»Mencionemos igualmente á Goffin: alma enfermiza, admirable escritor, abundante en sensaciones y en ideas, ávido de misterio, ingenio muy sutil y muy reconcentrado.

»Para caracterizar el período que sigue, volvamos á los poetas, sobre todo á dos que colaboran en *La Joven Bélgica*: Maeterlinck, que publica sus *Invernaderos* y Van Lerberghe, que da á luz primero en la Revista y más tarde en la *Antología de los poetas belgas*, poesías cortas, de un extraño y doliente misticismo. También este último es un mudo, un reconcentrado, de un carácter enteramente aparte, en nuestro movimiento; y de pronto da al público *Los Presentidores*, con el epígrafe general de *Teatro de muñecos*. Esta obra caracteriza lo que fué la estética de Van Lerberghe, la preocupación del misterio, del más allá, de la muerte: drama admirable, sin analogía con ningún teatro, ni aun con el de Ibsen, ese teatro lejano aún. Maeterlinck dió su primer drama *La Princesa Maleine*; después *Los Ciegos*, *Pelleas y Melisandra* y *Las Siete Princesas*.

»Ya se ha dicho todo cuanto hay que decir acerca del talento de Maeterlinck. Lo que quizá se sabe menos (y esto honra á Edmundo Picard) es que Picard fué quien lo reveló. Sus artículos sorprendieron cuando se le vió tratar de genio á aquel joven que se presentaba con obras vagas y fuera de las reglas. Sería injusto por mi parte no mencionar á Mirbeau, que en un artículo ruidoso descubrió todo el genial talento de ese joven belga ignorado.

»Hablándole á V. con franqueza, cuando al principio leí las primeras obras de Maeterlinck pensé que era una especie de Shakespeare para teatro de muñecos, un Shakespeare minúsculo. Los trabajos posteriores posteriores me han dado la razón.

»Pero no olvidemos que Van Lerberghe es el iniciador: el mismo Maeterlinck lo ha reconocido.

»Ya ve V. que se trata de un movimiento de conjunto; no nos hallamos en presencia de algunos ingenios aislados. Tenemos dramaturgos, poetas, prosistas (algunos de ellos vigorosos, como Eekhoud y Goffin) y escritores de capricho, como Mahutte, Garnir (de talento walón, muy walón, que hace sentir la tierra walona), Baudoux, Demblon, Julio Destrée, James Van Drunen (ingenio muy vivo), Huberto Krains, Octavio Maus, etc.

»El movimiento es completo, tenemos críticos: Nautet y Verlant.

»El movimiento se propaga aún con Max Elskamp, sensitivo, enfermizo, de forma rebuscada y sugestiva en alto grado, de cosas muy tiernas, con matices de lirios; el Fra Angelico de la literatura (tan angelical es), con sus campanas y capillitas y rinconcitos místicos descritos por un poeta nostálgico de sufrimientos y de dicha, un poeta que se sale de este mundo.

»Entre los prosistas ponemos junto á él á Enrique Maubel, el más afinado de todos, de una psicología aguda, de una forma medular, autor de *Miette* («Estudio de una joven») y *Alguien de hoy*, donde se manifiesta por completo. Ponemos también á Demolder, el vigoroso autor de los *Cuentos de Iperdamme*; en él se reanuda la tradición flamenca, no la jordanesca sino la ensoñadora, con una facultad anacrónica que le permite armonizar las cosas reales de hoy con las visiones del ayer; ingenio original, inventivo, muy personal, sin analogía con los otros literatos.

»Muy cerca de ellos está Nyst. Su primer libro es *La Creación del Diablo*, hermosa página aborascada, de literatura violenta, de ritmo extraño y chocante. Nyst es un cerebral, un espíritu inquieto, á quien preocupan soluciones sociales y problemas de humanidad. Sus ideas son personalísimas: es un descubridor de horizontes.

»Uno de los más interesantes ingenios del período actual es Jorge Khnopff. Es curiosísimo; sus comienzos recuerdan el gusto de Verlaine, con matices marchitos y pálidos; es un virgiliano enfermizo y soñador.

»El Sr. Nyon, en el artículo que consagra á nuestra literatura y que apareció en el periódico *Figaro* (de París), señala el hecho de que Khnopff produjo poco, dedicándose muy pronto á la música, y añade: «El arte de los poetas pareció en un momento dado evolucionar hacia la música: en Alberto Mockel fué tan grande la preocupación musical, que en su libro *Jácarra poco inocente* creyóse en el deber de notar el tema simbólico que pretendía desarrollar.

»Mockel, otro cerebral, fundó *La Walonia*, uno de los centros nerviosos de nuestro organismo literario. En él figuraron Verhaeren, Giraud y franceses como Regnier, Griffon, etc. *La Walonia* ha desaparecido. Se propuso cierto número de años de existencia para llevar á cabo el movimiento que preconizaba; después de realizar su obra, cesó de publicarse.

»Para concluir. ¿Quiere V. saber los nombres de los recién venidos que más prometen, de los ignorados hoy, de los que probablemente serán famosos mañana? Son: Fernando Séverin, poeta delicadísimo, muy sutil, que (¡cosa extraña y no pequeño título de gloria!) restauró entre nosotros el lenguaje y la versificación de Racine; Valerio Gille, delicioso tañedor de flauta como su antepasado Max Waller, flautista en Siébel; el prosista Fernando Roussel y los poetas Delchevalerie, León Donay, Rémonchamps y H. Chaínaye.

»No faltan órganos literarios: *La Jóven Bélgica*, de que ya he hablado; *El Arte moderno*, que, bajo la dirección de Picard, Verhaeren, Demolder, Maus y Arnould (fallecido de entonces acá), fué el más ardiente en sostener la libertad del poeta y la necesidad de ser personal en primer término en todas las manifestaciones del arte y de la literatura; un puñado de colaboradores le bastó para publicar con pasmosa continuidad artículos siempre sustanciales y decisivos desde el punto de

vista de la orientación de las ideas; la extraña *Sociedad Nueva*, dirigida por Brouez, que se extravía en los dominios de las ideas sociales; *El Movimiento literario*, de Nyst; *Los Nervios*, publicado en la Louvière (Hainaut); *Durandal*, revista católica de arte y de literatura; por último, *La Justicia*, que, ocupándose de la política, no descuida las cuestiones literarias.

»Ya ve V. que el movimiento es completo; insisto acerca de este punto. En el teatro tuve la buena suerte de poner en escena un drama de costumbres campesinas realistas, con el título de *Un macho*. Cuando se representó en París, habían transcurrido tres años desde que se puso en escena en Bruselas; tanto que Juan Jullien pareció haber dado el primero esa nota, con *El Maestro*.

»Sí, el movimiento es completo... completo.»

(«Acababa de pasar una hora deliciosa en casa de Camilo
 »Lemonnier; hora inolvidable, cuyo vivo recuerdo puede estar
 »seguro el maestro de que conservaré siempre. Habíase creado
 »en pocos años una literatura; habían aparecido autores y
 »obras. Se fundaron revistas, agrupando esfuerzos y energías,
 »riñendo esas buenas y nobles batallas de la literatura na-
 »ciente. Dos revistas, sobre todo, me parecieron haber repre-
 »sentado un papel importante: *La Joven Bélgica* y *El Arte mo-
 »derno*. Sin dilación quise hablar con esos hombres, con Iwan
 »Gilkin, Giraud, Picard, Maeterlinck, Eekhoud y Verhaeren,
 »que Camilo Lemonnier me indicaba como soberbios atletas,
 »demoledores de obstáculos, sondeadores de almas, descubri-
 »dores de horizontes, y valerosos apóstoles del culto de lo be-
 »llo. El primero á quien pude encontrar fué á Gilkin.»)

IWAN GILKIN

(Hablamos en un comedorcito amueblado en el más puro estilo flamenco, comedor microscópico que hace pensar en

citas á solas. El autor de *La Condenación del artista* es tímido y corto en sus frases y ademanes; pero, ¡qué mirar tan hermoso, tan recto, tan franco! Tiene unos cuarenta años, cabello negro, mediana estatura. Ante todo, le llamo la atención acerca de la actual tendencia de *socializar* el arte, es decir, de ponerlo á remolque del movimiento social y hacerle servir á las nuevas ideas socialistas.)

«La misión del arte es crear lo bello: bellas formas de bellas ideas. La belleza es moral en sí misma, es bienhechora y eleva el espíritu; ¿á qué buscar en ella un fin social? No confundamos nunca las ideas sociales y las ideas de lo bello. La idea de la belleza es una visión espontánea que hace ver los objetos en su esencia.

»Sé que existen escuelas que tratan de convertir el arte en un instrumento social. Me opongo en absoluto á esa tendencia: no puede menos de perjudicar al arte y al movimiento social. La salvación para el artista se halla en la fórmula antigua y siempre verdadera de «el Arte por el Arte», sobre todo en este país, donde la política y las ciencias sociales ejercen gran atracción sobre el cerebro de los jóvenes.

»Claro es que el artista debe ser independiente; sin embargo, sería inexacto y necio decir que el arte no tiene leyes. No podría pasarse sin ellas, como un carpintero no puede prescindir de las reglas de la carpintería para hacer una mesa.

»Y esas leyes son de dos clases: las leyes generales, inmutables, eternas; y las leyes técnicas, que pueden cambiar, anularse. Estas varían hasta lo infinito, según el ideal que impera en el público. Siguen la moda... en sus grandes líneas, si me es lícito hablar así.

»Cuanto más vigor de temperamento tenga cada escritor, más personal será su ideal; eso no le impide emplear las reglas generales del arte, que no son sino lógica aplicada... una figura de geometría vista á través de vidrios de diferentes colores...»

—Sin embargo, reconociendo que existen leyes, ¿admite V.

la independencia del artista, único juez de la obra que va á crear?

—«Sí; pero, ante todo, dos palabras acerca del movimiento literario. Los novelistas han comenzado por el naturalismo, bajo la influencia de Camilo Lemonnier, que ha agrupado en torno suyo una multitud de escritores jóvenes. Por el contrario, excepto Verhaeren, los poetas no se han formado bajo esta influencia naturalista. Han partido del fundamento que sirvió de base á la escuela parnasista: libertad absoluta de la idea, pero severísimo culto de la forma. La influencia dominante ha sido la de Leconte de Lisle, Baudelaire, Verlaine y Mallarmé: son quienes mantienen las formas regulares del verso francés.

»Otra escuela de poetas destruye las formas existentes del verso; sólo que esos señores, tan anarquistas en literatura como en política, no logran entenderse acerca de una fórmula. En ese caso...

»En cuanto á mi modo de pensar, creo que nada se puede hacer sin el profundo conocimiento de su oficio (pongamos *arte*), sin orden perfecto en las ideas; y soy de parecer que, sobre todo, en poesía, no puede abandonarse el fondo lógico de orden, de método y de claridad. Nuestro país tiene tendencias germánicas evidentes, pero escribimos en francés; atengámonos á la fundamental de la tendencia literaria francesa, de inspiración greco-latina. Todo eso no impide que se introduzcan ciertos sentimientos germánicos; no debemos cambiar la forma, que debe seguir siendo pura. Todo se ha perdido si á las ideas germánicas, forzoso efecto de un cotidiano contacto con Alemania, añadimos una forma poco francesa. Ya no escribiremos en francés, sino en *patoá*; y ya sabe V. que el desorden jamás ha producido belleza.

»Ahora me pregunta V. si el arte tiene reglas objetivas; sí, con toda evidencia; y esas reglas no son más que diferentes aplicaciones de la lógica.

»He pronunciado á menudo la palabra *reglas*: quizá parezca que quiero someter á los artistas á la observancia rigurosa de

leyes, poniendo obstáculos á su libre albedrío; eso sería interpretar mal mi pensamiento. Dejo á cada uno libertad absoluta. Sin embargo, permítame V. que quiera imponer leyes á los poetas. No puedo dar el nombre de versos á los versos libres. Soy del parecer de Verlaine: «En mi juventud llamaban prosa á eso.» Se empieza por la libertad del verso; por desgracia, con harta frecuencia (si no siempre), al verso libre se añaden la sintaxis libre, la gramática libre... y el diccionario en delirio.

»Respecto al alma flamenca y al alma walona, cuanto menos espíritu de campanario é ideal local entre nosotros, mejor será. Si eso continuase, llegaríamos á tener literatura de provincia, de distrito, de cantón, de municipio. Prefiero la literatura francesa sencillamente, y es lo que todos debemos esforzarnos en hacer.

»El espíritu flamenco y el espíritu walón en nuestro movimiento literario, son pequeñas verrugas locales que es preciso extirpar cuanto antes. Importa, sobre todo, no predicar esas cosas.»

—¿Y la prensa periódica belga?...

—«¡Ah! la prensa... ¿Quiere V. saber mi opinión?... Evidentemente, pudiera ser más literaria. ¿Es posible? Acaso... Pero formo parte de ella, y comprenderá V. mi reserva.

»Y, ahora: ¿qué pienso acerca de la literatura en Europa, y principalmente de la literatura francesa?

»Que la literatura francesa está pasando por una crisis, es cosa manifiesta. A mi parecer, esa misma crisis presenta un peligro: la influencia extranjera, introducida con harta ligereza. Tan óptimo como me parece el incorporarse y asimilarse lo que procede del extranjero (aunque, y esto es de esencia, sin perder un ápice de las cualidades del espíritu nacional), tan pésimo y desastroso me parece el avasallarse al espíritu extranjero. Es incomprensible la chifladura por Ibsen, Hauptmann y Nietzsche, con sus formas poco claras, nebulosas, antifrancesas (repito la palabra). Bueno es tomar del extranjero, usar de sus riquezas... pero no avasallarse.

»Cuando Corneille introducía materiales literarios españoles en Francia, los hacía franceses; y lo mismo Víctor Hugo y Teófilo Gautier.

»De un modo análogo con la música de Wagner.

»¡Wagner! Mucho lo admiro. No era un anarquista de la música, sino un regenerador. Ha introducido una forma nueva, con una *unidad* de un poderío espléndido.

»También ha habido chifladura por él. ¡Se escribe música *á lo Wagner!* Se debiera asimilarse su sistema, ó mejor (dispéñeme V. la palabra) digerirlo, para traducirlo y transformarlo en obras francesas.

»¿Hay nada menos francés que las formas vagas, nebulosas, confusas, no precisas? Pues parece que precisamente esas formas (prescindiendo de las ideas) son las más que se estiman.

»El reinado de esas formas y el de una especie de *vaguedad en el alma*, que las acompaña, será breve: mucho más corto aún que el imperio del naturalismo.»

(El Sr. Giraud nos dirá ahora algo bastante parecido; por supuesto, es la nota dominante en *La Joven Bélgica*, de la cual es uno de los más brillantes colaboradores. Me encuentro con el Sr. Giraud en una de esas buenas cervecerías de Bruselas, suntuosas y cómodas, á la hora del *vermouth*. El Sr. Giraud suele ir allí todos los días, antes de comer; y en un rinconcito solitario charlamos acerca de literatura y de arte.—Treinta y cinco años de edad, rubio, temperamento vigoroso, mucha energía en el mirar y en la voz: tal es Giraud.)

ALBERTO GIRAUD

«Nos echan en cara que nuestro arte es desinteresado. Ejercemos el arte por el arte. Esta es nuestra teoría: que la única preocupación del artista debe ser el arte, la belleza. Esta pre-

ocupación debe ser la dominante. Y toda obra en que el arte no es el principal objetivo... no es una obra de arte.

»Quiero insistir en esto; prohibimos al artista emprender una obra con un fin determinado; queremos que el artista eleve su labor á la altura del arte y la considere bajo su *aspecto de eternidad*.

»En este país tenemos particularísimo interés en combatir el *arte social*, porque hemos sido víctimas de la política. En otro tiempo existían dos partidos, dirigiéndose el uno al otro sempiternos cargos: el partido liberal y el partido católico. Era de rigor que los escritores tuviesen que pertenecer á uno ú otro partido. Entonces (comprenda V. el daño que eso nos causaba), cuando un escritor era del partido católico, los liberales le escarnecían... y recíprocamente.

»Y ese estado de cosas ¡duró cincuenta años!

»No hemos tenido un poco de aire hasta que no hicimos saltar ese techo liberal-católico. Por eso nos atenemos á nuestro lema de *el arte por el arte*.

»Y ahora nos atenemos tanto más á él, cuanto que hay otro partido creciente: el partido radical socialista. Este nuevo partido trata de acaparar los escritores. *La Casa del pueblo* ha organizado una sección de arte, en la cual se invitó á inscribirse á los escritores. Creo que sólo pueden perder con semejante incorporación. En otro tiempo había que ser por fuerza rojo ó azul. Hoy sería preciso ser rojo, azul ó socialista. ¡No, esto es inadmisibile!

»Por eso, hoy más que nunca pedimos el arte por el arte.

»*La Joven Bélgica* se ha negado terminantemente á ir á *La Casa del pueblo*. También Rodenbach se ha negado. Y se me viene á la memoria un dicho bastante gracioso de uno de los socialistas más de rompe y rasga, frase que nuestros escritores jóvenes harán bien en meditar. A propósito de la negativa de Rodenbach, ese socialista se consolaba de ella, diciendo: «Por supuesto, ese mocete es un *señorito* del cual no podemos

sacar ningún provecho (*sic*).» Semejante confesión justifica todas nuestras prevenciones.

»¿Qué si soy partidario de la individualidad en el arte? Con toda evidencia. El artista tiene el derecho de realizar su ideal individual, sólo que ese ideal individual se *difunde*. Y cuanto más bella sea la obra realizada, más se *difundirá*; y desde entonces, de individual que era, el ideal creador se convertirá en colectivo. ¿Quiere V. un ejemplo de ello, entre otros? El ideal de Baudelaire era individual: se ha *difundido*, y ha llegado á ser el ideal de una multitud de nuestros escritores de veinticinco á treinta años de edad.

»El individualismo á machamartillo es romanticismo. No veo ninguna relación entre el anarquismo político y la literatura. Veo una literatura decadente, en plena anarquía: pero, es una anarquía literaria. Algunos escritores jóvenes han juzgado oportuno declararse anarquistas.

»Esa anarquía inofensiva es una flor que se pone en el ojal de la solapa. ¡Favorece tanto el rojo!... Y eso es todo. Escuelas, no veo ninguna, ni aun entre nosotros. Sólo veo muchos... escolares. Nosotros mismos nunca tuvimos en *La Joven Bélgica* la pretensión de formar una escuela. Con la teoría del arte por el arte, cada cual es libre. ¿Quiere V. una prueba de ello? Todos los que tienen algún nombre en Bélgica han pasado por nuestra Revista... ó pasarán. ¡Y sabe Dios cuánto diferimos unos de otros!»

—¿Qué piensa V. acerca del verso libre?

—«Para mí, el verso libre no es verso. El gran error de los novadores ha sido el de querer asimilar la lengua francesa á las lenguas extranjeras, que gozan de libertades que el idioma francés no puede tener. El verso blanco existe en inglés, en alemán, en flamenco, en italiano, en portugués, en español, porque todas estas lenguas son *rítmicas* y no necesitan de la rima.

»El francés es un idioma neolatino cuyas palabras no tienen «cantidad» bien determinada; por eso hubo que ganar

por el lado de la rima lo que se perdía por el lado del ritmo. El antiguo verso libre existía como lo manejaban Molière y sobre todo La Fontaine.

»En resumen, ¿qué se desea? ¿Hacer versos de quince, diez y ocho, veinte pies? ¿Poder escribir versos inmensos? ¡Bonito deseo!... ¿Y es eso todo? Pues, si encontráis insuficiente el verso actual, ¡oh innovadores!, imitad á La Fontaine.

»Lo repito: el verso libre francés no es verso. Si V. quiere, supongamos que sea una tercera forma: no puedo conceder más.

»El verso libre me recuerda el pez volador. Cuando está fuera del agua, como vuela mal, el primer ave de rapiña que pasa le coge con el pico y se lo engulle; cuando está dentro del agua, como le estorban las alas y nada con dificultad, no puede librarse de los feroces dientes de alguno de sus congéneres mayor y más rápido que él.

»Y note V. (esto es muy chocante), que todos los apóstoles del verso libre son extranjeros. Es inútil decir nombres. Muchas veces he hablado con esos innovadores, y uno de ellos me hizo esta confesión, que no deja de tener miga: «¡Es difícilísimo hacer versos clásicos!»

»Pues bien; escriba V. en prosa y no hablemos más.

»Las discusiones á propósito del alma walona están sobre el tapete, á causa del premio quincenal concedido á Eekhoud. El ponente hizo demasiado favor en su informe á los escritores walones, con detrimento de los escritores franceses de origen flamenco. En un artículo posterior, el mismo ponente no ha temido formular acusaciones contra los escritores franco-flamencos.

»¿Qué quiere V.? En literatura aún somos *comuneros*. Los walones ven lo walón, y es natural. Sin embargo, advierto que hay pocos walones de genio. Si se les oye á ellos, creeriase que tienen el monopolio de la psicología.

»Ese movimiento es puramente local. Esas pobres gentes

bulen á la protectora sombra de un campanario, y pare V. de contar.

»En el fondo, no tenemos sino un solo fin, puesto que todos hablamos en francés, lo mismo walones que flamencos, y ese fin, hermoso entre todos, consiste en hacer obras de mérito, estéticamente bellas y en francés.»

Entre los combatientes de primera hora, Camilo Lemonnier cita (¡y con qué calor!) á Edmundo Picard, el gran abogado belga. Vamos á oír al representante autorizado de *El Arte moderno*, cuya ardiente propaganda literaria siempre es tan intensa.

EDMUNDO PICARD

(«Gabinete de trabajo, artístico en grado sumo. Cuadros de Goya, de Courbet, de Julio Dupré, de Corot: el Buen Retiro íntimo de un hombre de gusto refinado. Aguardando al dueño de la casa, admiro un estudio de marina firmado por el hijo del Sr. Picard: denota una fuerza visual, una ciencia del color y de la luz nada comunes en un hombre tan joven.—Pero aquí viene el Sr. Picard, condescendiente y amable; me estrecha cordialmente la mano, y comienza con esa voz sonora tan conocida»):

«No creo que el movimiento artístico en Bélgica tenga una evolución propia en absoluto de nuestro tiempo. Creo que pasa por las mismas transformaciones que el arte general en los demás países de raza europea: unos echando sus brotes más deprisa que otros, pero, en realidad, evolucionando todos en el mismo sentido y pasando por idénticas fases.

»Sin embargo, es lo cierto que, desde nuestra Independencia, el arte ha permanecido entre nosotros más bien estacionario durante largo período, puesto que en 1860 es cuando comienza á desarrollarse y animarse para ir adelante. Añadiré

que ese movimiento lo iniciaron algunas personalidades muy aisladas, que sólo tomó gran impulso entre 1870 y 1880, y que en la actualidad tiene una intensidad y una concentración que, en mi sentir, harán de Bélgica uno de los centros artísticos más ruidosos y más preñados de esperanzas.

»El sentido de este movimiento consiste, sobre todo, en una gran predilección por todo lo nuevo, atrevido y desdeñoso de la rutina, y abarca el dominio entero del arte, la literatura, la pintura, las artes gráficas, la música, las artes decorativas, la escultura, etc.

»Naturalmente, ha tenido que luchar, y aún lucha, contra los hábitos y las certidumbres que ha trastornado con violencia. Tiene en contra suya lo que podríamos llamar *el partido de los burros de reata*, que se encuentra aquí y en todas partes, lo mismo en la política, donde tiene algunos representantes célebres, que en las bellas artes. Esas personalidades, atrasadísimas y muy furibundas, llevan periódicamente «un buen recorrido», pero siguen incorregibles. Por no variar, califican de insensatos á todos los innovadores, lo cual no impide á éstos llevarse consigo el público é ir derechos al triunfo.

»Conmover ha sido el atrevimiento de los iniciadores de la lucha. Pero lo principal es advertir que vencen, aun teniendo en contra suya á todo el mundo oficial, á todo lo elegante, á casi toda la prensa, á casi todas las personas llamadas «de buena posición».

»Como en otras partes, entre nosotros se han imaginado cándidamente algunas personalidades que á ellas se les deben esas maravillas, y que si una suerte ingrata no las hubiese traído á este pícaro mundo, aún viviríamos en la edad lacustre. No necesito advertir lo que tiene de presuntuosa y de inexacta esa opinión. Ya no hay quien crea en la influencia decisiva de los grandes hombres ó que presumen serlo. Es claro como la luz del día que el arte tiene su vegetación personal y que los individuos no son, en realidad, sino *bocas de salida*

para las grandes leyes subyacentes, que todo lo guían y nada pueden comprimir.

»Para precisar algunos detalles acerca de la naturaleza de las reformas que se realizan, diré que en pintura se abandona el realismo estrecho para tratar de añadir á lo que nuestros ojos ven todo lo que nuestra alma piensa ó siente; de ahí las escuelas espiritualistas, simbolistas y trascendentalistas, diversas palabras que expresan todas ellas la necesidad de expresar un «*más allá*» de la materialidad de las cosas.

»Idéntica tendencia se revela en la literatura y en la música. Respecto á la forma artística, lo mismo en nuestro país que fuera de él, la pintura busca más luz, vibraciones, serenidad psíquica y adaptación de las líneas y de los colores á la sensación que es preciso producir.

»En literatura causa esta revolución que abandona la rancia prosodia reglamentaria, adopta el *verso libre* con su flexibilidad infinita, su musicalidad constante, su ritmo variado, su cadencia, sus asonancias, sus aliteraciones, todos esos asombrosos recursos sin los cuales le es imposible á la lengua seguir la sorprendente complejidad del alma artística contemporánea y sus matices sin cuento. Paréceme que hay en esto un impulso irresistible, fundado en las necesidades mismas de nuestra psicología, las cuales no podrán impedir los esfuerzos y el mal humor de algunos parnasistas encallecidos que quisieran fijar la poesía en la prosodia, tan en vano como se ha tratado de fijar la lengua en el Diccionario de la Academia. Ultima observación: durante largo tiempo hemos sido imitadores del arte extranjero, falsificadores (como se decía), piratas. Estos vicios han desaparecido; ahora vivimos de nuestro propio fondo. ¿Quiere V. saber lo que pienso acerca de *esas almas* que parecen repartirse el país? Que, además del alma flamenca y del alma walona, existe esa alma especial del belga, cuyo instrumento de expresión es el idioma francés, y que, colocada entre ambas, ha reconquistado su originalidad. Cada uno hace aquí lo que puede, con una constante preocu-

pación de independencia personal; fruto de ese afán son tantas obras que han chocado en el extranjero y que colocan á Bélgica en una situación aparte. En resumen, desde cuarenta años á esta fecha, sigo el movimiento artístico entre nosotros, como observador y como actor, y tengo la mayor confianza en su porvenir y vivísima admiración por los resultados obtenidos. Hay cuantioso número de artistas, de una vida muy sencilla y muy laboriosa, desdeñosos de lo mundano, audaces, instruídos, indiferentes por la opinión pública y por el periodismo, que caminan con los ojos siempre fijos en el ideal. Ellos darán á nuestro arte su puesto definitivo, y acaso renueven las maravillas de los pasados siglos en nuestro estrecho territorio.»

Me ha sido imposible ver en persona á los Sres. Jorge Eekhoud, Mauricio Maeterlinck y Emilio Verhaeren. El correo, cual fiel mensajero del pensamiento, me ha traído las respuestas de ellos á mis consultas. Dicen así:

JORGE EEKHOUD

«El arte *no debe* ser social; *puede* serlo, á condición de que el propósito fundamental del escritor haya sido el de crear bellezas. Creo haberme explicado muy claro acerca de esto hace algunos años. *El arte por el arte*, decía yo, es una fórmula general que permite dar cumplida satisfacción á toda clase de talentos. Puedo hacer obras de arte llamado social; puedo afiliarme á cualquier sistema filosófico; puedo ser socialista, republicano, aristócrata, ateo, creyente anarquista; todas ellas son cuestiones secundarias. Barbey d'Aurevilly, el arrogante católico, ha hecho obras de arte, lo mismo que León Cladel, el comunero. Lo único preciso es que haya sinceridad en el arte, que emane de una *convicción*; poco importa que ésta sea *permanente* ó *fugaz*. En una palabra, necesitase

que al escribir el artista crea que aquello *ha sucedido*. Dispense V. esa expresión trivial, pero expresa bastante bien mi pensamiento.

»En cuanto al nacionalismo en el arte, lo tengo por necesario, fatal, inevitable. Nadie se exime por completo de la influencia del medio, de un clima, de una consanguinidad, del atavismo, etc. Pero tan absurdo es querer hacer un arte exclusivamente *nacional* (ó patriótico, si le parece á V. mejor), como un arte *social* ó *político*. Y, sobre todo, ¡nada de teorías de fabricantes de programas y manifiestos, de fundadores de *revistas* que inventan un arte antes de reunir artistas y obras! ¡Fuera ese separatismo tenaz, ese arte de campanario!

»Permitame V. hablar de mi persona. Si en mis libros me he detenido con preferencia en la parte flamenca del país, consiste en que para conocer á los hombres y la tierra creo útil estudiar, ante todo, nuestros aledaños y nuestra cuna. El ser humano es interesante en todas partes, el hombre tiene por doquiera las mismas pasiones; sólo que las manifestaciones pasionales varían de una comarca á otra. Hay diferencias entre el aire de un campanario y el del inmediato. Al principio, son leves matices; más adelante, hondos abismos parecen separar entre sí temperamentos y espíritus; por último, difieren hasta el contraste las costumbres. En el fondo, el alma siempre es la misma. Pláceme la manera de manifestarse, de ser y de encarnarse allí el hombre.

»Habrá advertido V. que en mis últimas obras no creo yo deber *localizar* el personaje y la decoración, determinarlos por sus nombres, por medio del lenguaje y del vestir; me preocupo en primer término de que haya en ellas *humanidad*. Tampoco creo deber insistir ya acerca del *carácter flamenco* de mis relatos: ya no necesitan manifiesto ó etiqueta. Es inútil, pues, dividirnos de una manera ostensible en walones y flamencos: la distinción es fatal, repito, é independiente de nuestra voluntad. Más vale aproximarnos. Así lo comprendió *La Joven Bélgica*.

»Lo que más importaba era crear literatura *francesa*, es-

cribir en *buen francés*. Hemos hecho la guerra á los *flamenquistas*, es decir, á los polícastros flamencos; como se la haríamos á los *walonistas* que intentasen apartar á nuestros escritores de su fin esencial, el arte. Lo demás es política ó pedagogía: preocupación de patrioteros ó de pedantes.

»Personalmente tengo ideas filosóficas *muy subversivas*, empleando esa palabra que tanto espanta. Pero gústame dar á esas ideas forma de arte; y hasta le diré á V. que no quedo convencido por completo de la bondad y fuerza de mis ideas mientras no las he expresado lo mejor posible: de ahí mi deseo, mi vocación de artista.

»De preferencia me ocupo de mis paisanos, de los que *veo*, de los que *siento*; pero entre mis conterráneos, aquellos á quienes amo con pasión y prefiero estéticamente más que á los otros, son los humildes, los desheredados, los criminales y los que están fuera de la ley. Deseo que mis obras justifiquen esta pasión. Cierta número de capítulos de las *Nuevas Kermeses*, del *Ciclo Patibulario* y de *Subversiones* (mi próximo libro) expresan mis afinidades, mis nostalgias, mis tendencias panteístas, mi amor á todos aquellos á quienes la miseria, la iniquidad ó la estulticia social recubren con una *pátina de oprobio* que los magnifica y los perfuma ante los sentidos del artista.

»Cuatro palabras acerca del arte dramático. Fuera de Ibsen y algunas tentativas en Alemania, lo encuentro bizantino y senil. Maeterlinck es una excepción: su arte es interesante, turbador; pero quisiera yo personajes menos pasivos, menos infantiles, una escena más movida y animada. Maeterlinck es sincero; pero, en torno suyo, ¡cuántos *noveleros*, cuántos monos de imitación y cuántos mocetes que gozan de una salud de jayán, una salud de bestia, nos salen ahora con *princesitas* y con *ocultismos!*

»En cuanto al verso libre, soy partidario de él; como lo soy de toda tentativa, de todo esfuerzo, de toda conquista.

»Emilio Verhaeren, Rengnier, Griffin y algunos otros son

magníficos poetas: Verhaeren sobre todo. Eso no quiere decir que proscriba yo el alejandrino, antes por el contrario; pero, cada vez es más difícil sacar partido de ese instrumento viejo, y soy de sentir que, por lo mismo, tienen más mérito buenos poetas como Alberto Giraud, Gilkin y Fernando Séverin.

»¡El arte por el arte, y cada uno para sí! ¡Fuera teorías!»

MAURICIO MACTERLINCK

«1.º *El Arte social.*

»Ante todo sería preciso entendernos acerca del vocabulario. ¿Dice V. «*arte social*, en el sentido vulgar de estas palabras? Entonces creo que es *arte antiestético*. ¿Hay alguna obra de *arte social* que no sea *feísima*, hasta hacer llorar á las piedras?

»2.º *Si el escritor tiene derecho á realizar su ideal individual.*

»Pues, ¿qué ideal habría de realizar, si no tiene ese derecho? Y, en cuanto al anarquismo literario, toda obra maestra, ¿no es un acto de anarquía?

»3.º *Las escuelas.*

»¿Conque hay escuelas en Bélgica? No lo sospechaba. Veo gran número de escritores con talento, y algunos que carecen de él. Son las dos escuelas eternas.

»4.º *El verso libre y la prosa rítmica.*

»Es cuestión de hecho. Resultan admirables ó detestables, según el talento de quienes los usan.

»5.º *El alma walona.*

»Veo una alma liejesa bastante especial, aun cuando no la comprendo bien. Es muy minuciosa y nebulosa á la vez, de una nebulosidad más bonita que bella; pero hay allí una música particular, y algo más que también tiene su saborcillo.

»6.º *La prensa belga.*

»No creo que haya en Europa una prensa periódica de un nivel intelectual más bajo.

»7.º *La primera literatura en Europa.*

»Hay la de Rusia, la de Noruega, la de Inglaterra. Pero, ¿á quién le importa decirlo? Lo bello nunca vence á lo bello.

»En cuanto al papel de la literatura francesa, no puede manifestarse en pocas palabras. Pero creo más indispensable esa literatura que ninguna otra. Es quizá el único guardador en este mundo de la perfecta belleza de antaño...»

EMILIO VERHAEREN

«Aborrezco toda *interview* y toda consulta. ¡Importan tan poco las teorías! Es peligroso emitirlas, y esterilizador seguir-las una vez formuladas.

»¡No hay más que los libros, los libros!»

—¿Y los lectores, querido maestro?

El sufragio femenino en Inglaterra y América.

Voy á tratar de un asunto que tiene sin cuidado á los países de la llamada raza latina, pero que apasiona mucho en la actualidad á los ingleses, á sus colonias, á la gran República transatlántica, en una palabra, á las naciones de la titulada raza anglosajona.

Trátase de la pretensión de las mujeres de ejercitar el derecho electoral, no por delegación, sino personalmente, ni más ni menos que los hombres.

En efecto, cuando hay elecciones municipales ó provinciales ó para diputado á Cortes, ¿por qué las personas del bello sexo no votan como sus padres, maridos y hermanos?

No se ve lo que perderían en consideración, en seductora gracia, en autoridad moral sobre la parte masculina de la sociedad.

Por otra parte, imagínense los extraños cambios en el orden político y social que pudiera producir el simple enunciado de estas palabras en nuestro derecho electoral: «Para el ejercicio del derecho de sufragio no se hará ninguna distinción fundada en el sexo.»

Seguro estoy de que el hecho de estar privadas del derecho de votar no da ni frío ni calor á la mayor parte de las mujeres. Y, sin embargo, casi todos hemos oído alguna vez brotar da labios femeninos esta exclamación característica: «¡Oh, cuántas cosas irían mejor en este mundo si los hombres no se hubiesen reservado el derecho exclusivo de hacer las leyes!»

No tengo el propósito de tratar *ex professo* este delicado tema. Aunque lo tuviese, impediríame tal ambición la falta de espacio. Así, pues, he de limitarme á manifestar las soluciones adoptadas ya en ciertos países, donde el problema del sufragio electoral femenino se ha llevado al terreno de la práctica.

En Inglaterra, las mujeres han ejercitado desde los tiempos más remotos el derecho de tomar parte en las elecciones municipales. Parece que esto era una aplicación de las costumbres de Normandía, que continuaron bajo los reinados de las casas de Plantagenet y de Tudor, y no había caído en desuso aún en los comienzos del siglo XIX.

Reconociase á las mujeres aptas para suceder en el feudo, como sucedían en el trono. Conservaban dentro del matrimonio la administración de sus bienes.

Los jefes de familia tenían iguales derechos políticos, cualquiera que fuese su sexo.

Las mujeres perdieron en 1835 el derecho de votar en las elecciones municipales; pero el gobierno del Sr. Gladstone se lo restituyó en 1869, y ya no se ha vuelto á poner en tela de juicio ese principio desde entonces acá.

Según el último censo electoral, en Inglaterra propiamente dicha y en el país de Gales figuran en las listas 685.000 mujeres; y, si no es aún más elevado ese número, consiste en que

la denominación de cabeza de familia sólo comprende á las célibes y viudas, y excluye á las mujeres casadas.

¡Cómo ha de ser! Estas se hallan bajo la potestad del marido; y ese estado de subordinación las priva de los derechos políticos, reservados como un consuelo á las inglesas que no han abordado al puerto del matrimonio ó que de él han zarpado.

Las viudas y célibes que pagan contribución pueden elegir y ser elegidas para los consejos de parroquias, y también para los consejos de *guardians* que administran grupos de parroquias. En el año 1893 fueron elegidas 166 mujeres miembros de consejos de *guardians*, 47 en Londres y 119 en los condados.

En las mismas condiciones, las mujeres son también electoras y elegibles para los consejos encargados de dirigir las escuelas públicas.

Por último, en 1889 fueron admitidas á votar para la elección de los consejos de condado, que equivalen á nuestras diputaciones provinciales. Sin embargo, en este caso se les negó la elegibilidad. Recientemente han sido elegidas tres señoras para formar parte del consejo de condado de Londres, pero esa galantería de los electores de la capital no ha podido prevalecer contra la ley.

Tal era el estado de cosas en fin del año pasado, cuando la Cámara de los Comunes adoptó una nueva ley, que puso término á una exclusión humillante para las mujeres casadas, y las invistió de los mismos derechos que ya poseían las viudas y las célibes. Sólo era menester que fuesen contribuyentes personalmente. Pues bien: este es el caso general, porque en la Gran Bretaña la separación de bienes es el régimen más usado en el matrimonio.

Adoptada en 16 de Noviembre de 1893 por la Cámara de los Comunes, la nueva ley fué votada igualmente por la Cámara de los Lores, y ha recibido la sanción real en 5 de Marzo de 1894.

Así queda borrada en lo sucesivo toda distinción política entre las mujeres casadas y no casadas, como entre los con-

tribuyentes femeninos y masculinos, para las elecciones locales. Es una verdadera revolución social.

Pero sería tener pobre concepto de los partidarios del sufragio femenino suponer que vayan á detenerse después de su última victoria, y que dentro de poco no lleguen á la Cámara de los Comunes nuevas y más audaces reivindicaciones.

En efecto, lo esencial para los partidarios del sufragio femenino es obtener, después de las franquicias locales, la parlamentaria. Es preciso que las mujeres puedan tomar parte en las elecciones para miembros de la Cámara de los Comunes; y no ya tal ó cual categoría de electoras, sino todas las mujeres, dentro de los límites de calificación establecidos para los hombres.

La igualdad completa de los dos sexos en el ejercicio del derecho de sufragio y también en la elegibilidad; he aquí la meta propuesta.

En 1892 se hizo la primera tentativa. Detengámonos en ella unos instantes.

El sufragio de las mujeres no es cuestión de partido en Inglaterra. Tiene adeptos muy celosos en el estado mayor de los liberales, y á la vez en el de los conservadores. ¿Cómo se atrevería un liberal á manifestar ninguna repugnancia contra un aumento de los derechos femeninos? Esto sería abdicar todas sus doctrinas en un punto de lo más delicados. Por eso, los miembros del partido liberal antifeministas ó flojamente feministas en el Parlamento inglés, vense muy apurados en su argumentación. Condenan vagamente experiencias políticas cuyos resultados pueden ser graves; y estos miramientos hacen sonreír á personas que están en vías de establecer en Inglaterra el sufragio universal.

Por otra parte, los conservadores ponen todo su interés en favorecer la extensión del sufragio político á las mujeres. En efecto, cuentan con que la mayoría de las electoras serán más bien partidarias de la conservación social, y que este partido reclutará más afiliados entre ellas que el radicalismo. Desde

hace mucho tiempo, los políticos del partido *tory* han asociado á las mujeres á su acción sobre el cuerpo electoral, fundando la famosa Liga de las primaveras (*Primrose League*), que todos los años celebra la memoria del gran Disraeli y ha cubierto el territorio inglés de asociaciones femeninas. El señor Balfour, sobrino del *leader* principal de los *tory*, marqués de Salisbury, es en el Parlamento uno de los más determinados defensores del derecho electoral femenino.

Entre los principales hombres de Estado de Inglaterra, sólo el Sr. Gladstone no ha variado en su opinión á que se concedan nuevos derechos políticos á las mujeres.

Cuando, hace dos años, un miembro de los Comunes presentó á la Cámara un *bill* bastante modesto en sus pretensiones, y que sólo proponía conferir el derecho de votar en las elecciones parlamentarias á las mujeres que ya lo tuviesen en las elecciones municipales, el Sr. Gladstone escribió una carta que se ha hecho célebre. El mismo había dado á las mujeres en 1869 el derecho de votar y el de ser elegidas para las corporaciones populares locales; pero no pudo ocurrírsele que esa concesión la convirtieran en un argumento para la conquista de la representación parlamentaria. No admitía que se fuese más lejos de lo que él mismo había ido. Las condiciones físicas parecíanle un insuperable obstáculo para establecer la igualdad política entre los dos sexos, y decía: «Dar á las mujeres el derecho de tomar parte en la composición del Parlamento, sería invertir el orden de la naturaleza.»

Esta salida del Sr. Gladstone, hizo que contra él se desatasen las iras de los apóstoles del sufragio femenino.

Las más furiosas fueron las señoras y señoritas que habían combatido á la vez en defensa del partido liberal y del electorado de las mujeres. Una de ellas exclamó en un *meeting*: «¡Abajo el enemigo de las mujeres!», y escribió á los periódicos para explicar que había querido aludir al Sr. Gladstone y que no podía ya ver en él sino un viejo chocho.

En cuanto al *bill* que había dado margen á toda esa efer-

vescencia, provocó en la Cámara de los Comunes una gran discusión, del tono más subido, y su votación produjo inmensa sorpresa.

En efecto; la proposición fué rechazada por escasisima mayoría. Sólo faltaron veinticinco votos para que en 27 de Abril de 1892 admitiese el Parlamento inglés el principio del electorado político de las mujeres.

He aquí resumidos con mucha brevedad algunos de los argumentos de los adversarios de la reforma.

Las mujeres políticas dejarán de ser mujeres de su casa, lanzándose á la política con todo el ímpetu de su naturaleza apasionada y dejando en la lid sus delicadas gracias. Puede ser útil su acción en los asuntos municipales y para dirigir las escuelas públicas. Pero, ¿cómo pensar en admitir que nombren el Parlamento, ese cuerpo tan poderoso, tan absoluto en su soberanía como el czar de todas las Rusias, de la competencia del cual nada se libra, que en el reino dispone de vidas y haciendas, y fuera del reino rige los destinos de trescientos millones de hombres?

Si se otorgasen á las mujeres las franquicias parlamentarias, aun limitando esta concesión á las que tuviesen ya voto en las elecciones municipales, bien pronto habría que suprimir todas las restricciones, resignarse con el sufragio universal. Y la Cámara de los Comunes concluiría por ser elegida por diez millones de hombres y once millones de mujeres: porque en la población inglesa tiene mayoría numérica el elemento femenino. Inglaterra presentaría entonces el espectáculo de un país virtualmente gobernado por mujeres: eso sería el colmo de lo vergonzoso.

Figuraos, dijo uno de los oradores, á todas las cocineras del reino, niñeras, doncellas, nodrizas, costureras, criadas de figón, operarias de taller ó de fábrica, transformadas en electoras. ¿Os las imagináis con opiniones acerca del libre cambio, de la representación proporcional, del bimetalismo, de las más elevadas cuestiones que interesan al reino, á las colonias, á las Indias?

Pero, no contentándose con ser electoras, querrían ser elegibles; y, de conseguirlo, bien pronto se vería á las mujeres sentarse en los escaños de la Cámara, llegar á ser ministro de la Corona, magistrados del Supremo, obispos y hasta comandantes generales de cuerpo de ejército.

Por último, uno de los adversarios invocó el parecer del famoso publicista Jeremías Bentham, que no era partidario de la concesión de los derechos políticos á las mujeres, alegando para ello las razones siguientes: su delicada salud, su sensibilidad exquisita y excesiva, el imperio que sobre su juicio tienen las simpatías ó las antipatías, la facilidad con que la religión se inclina en ellas á la superstición, el círculo estrecho en que se encierra su benevolencia, su habitual indiferentismo por los intereses superiores del Estado ó de la humanidad, el hecho de que su interés por un partido ó por una opinión depende casi siempre de una simpatía particular y no de un concepto general; y, en fin, la gran participación que el capricho ó la imaginación tienen en sus juicios, afectos y prevenciones.

¡Pícaro lengua, la del tal Bentham!

En cuanto á los abogados de la causa femenil, estuvieron muy fogosos, como siempre. Preténdese, decían, que los campeones de la reivindicación de los derechos femeninos son unos energúmenos (señoras de edad, la mayor parte) que van á perorar en los *meetings* y á intrigar con los agentes electorales; que á las mujeres, consideradas en masa, no les importa de ningún modo ser electoras; y que, allí donde lo son, ejercitan poco su derecho y no reclaman en serio la facultad de votar en las elecciones parlamentarias.

Toda esta argumentación es falsa, detestable, según dicen los oradores en defensa de los derechos de la mujer. Empleábase en otro tiempo á propósito de los esclavos, para demostrar que aquellos infelices no reclamaban su libertad. Pero ¡si no les daban facilidades!

Lo mismo acontece con el aserto de que las mujeres no

entienden una jota de política. Todo esto es pueril, en atención á que igualan á los hombres, cuando no los sobrepujan, en todo lo que concierne á los dones intelectuales: los exámenes universitarios lo prueban.

Conviene advertir aquí que desde 1878, año en que la Universidad de Londres recibió de la corona el derecho de conferir sus grados, honores y recompensas accesibles á los estudiantes de uno y de otro sexo en condiciones de igualdad absoluta, se matricularon en ella como estudiantes más de cuatro mil mujeres, quinientas cincuenta de las cuales han sufrido y aprobado los grados universitarios, desde el bachillerato en artes ó en ciencias hasta el doctorado en derecho, ciencias ó medicina.

¿Cuáles son en Inglaterra las categorías de personas adultas excluidas del derecho al voto en las elecciones políticas? Los indigentes, los criminales, los enajenados y... las mujeres. ¿Pueden seguir éstas por más tiempo en tan triste compañía? Y adviértase, exclamaba con manifiesta exageración una dama, que pueden votar los indigentes salidos del asilo, los criminales licenciados de presidio y los enajenados que tengan momentos de lucidez; al paso que, sin duda, no se admite que las mujeres puedan tener un intervalo lúcido.

Sin proseguir más este análisis de alegatos en pro y en contra de la causa femenil, quedáanos por ver si, fuera de Inglaterra, gozan las mujeres de los mismos derechos políticos que los hombres en alguna parte del mundo.

Parece que América debiera adelantarse á Europa en este camino, como en tantos otros, pero no es así. Las mujeres no votan en las elecciones políticas más que en dos ó tres de los cuarenta y cuatro Estados que constituyen la Unión americana.

El Wyoming es un territorio extraviado en medio de las Montañas Rocosas; las mujeres son electoras allí desde la edad de veinticinco años, no sólo en las elecciones municipales, sino para todas las funciones del Estado, y también son elegibles.

En varios Estados, como Kansas, son electores y elegibles, pero nada más que para los ayuntamientos y juntas escolares. Además, pueden ser alcaldes de sus municipios. Ya se han dado casos de esto, uno de ellos reciente, en un pueblo de Kansas.

Como es natural, ha habido *interviews* con ese alcalde de sayas, y he aquí su declaración: «En nuestra villa hay pocas mujeres que permitan saber á sus maridos cómo votan ellas en las elecciones municipales, y tenemos mejores administradores. Mi marido no es de la misma opinión que yo en ninguna materia política, y ha votado contra mí; pero, nunca hacemos intervenir estas cuestiones en nuestros asuntos domésticos.»

En general, las mujeres de los Estados Unidos no parecen tener en mucho aprecio el ejercicio de los derechos políticos, excepto en el Oeste; y allí donde aspiran á los honores municipales (y no puede menos de alabárseles por ello) es más que nada para hacer una guerra sin cuartel á los cafés, tabernas, garitos, casas de juego, tabaquerías y despachos de bebidas espirituosas.

Naturalmente, entre los *yankees* se ha formado un partido para reivindicar los derechos políticos de las mujeres; y, hasta se ha visto en una de las últimas elecciones presidenciales designada una mujer como candidato para la presidencia de la república de los Estados Unidos. Esa campaña era prematura; la *candidata*, que se recusó ella misma, no obtuvo sino unos cuantos miles de votos; y, desde aquella aventura, el partido no ha hecho serios progresos.

Hasta el año 1893, el Wyoming era el único Estado que levantaba la bandera del electorado político femenino. El de Colorado acaba de seguir su ejemplo; y, en esa región de minas de oro y plata, las mujeres son ya electores y elegibles para todas las funciones. Dícese, es cierto, que las mujeres están en pequeñísimo número en ese país; y que, para atraerse compañeras, los hombres de Colorado han decidido ofrecer el cebo de los más completos derechos electorales. El porvenir dirá si el procedimiento era suficiente.

Junto á esos dos Estados de la Unión americana hay que colocar la colonia inglesa de Nueva Zelanda, donde desde hace algunos meses se ha puesto á las mujeres bajo el pie de completa igualdad con los hombres para el ejercicio del derecho de sufragio.

En esta posesión británica, que cuenta un millón de habitantes, habíase presentado muchas veces un proyecto de ley en ese sentido, rechazándose siempre. Pero, en Diciembre de 1893, triunfó por dos votos de mayoría. En seguida se hicieron elecciones generales: se trataba de reelegir el Parlamento neozelandés, compuesto de setenta y cuatro miembros. Las mujeres tomaron parte en la votación con el mismo título que los hombres. Las cosas pasaron con suma sencillez. Se esperaban resultados extraordinarios, preferencias características. No hubo nada de particular; ni siquiera se modificó de un modo perceptible la proporción habitual de los diversos partidos de la Asamblea.

Esta experiencia hecha en los antípodas ha encantado á los ingleses partidarios de los derechos políticos de las mujeres, y están orgullosos de ella. Pero, no echemos en saco roto que las colonias británicas, sobre todo las de la Australia, son desde hace un cuarto de siglo un vasto campo de experimentación política.

Un hombre de Estado, ministro de la corona en la Gran Bretaña, cuando iban á proponerle alguna novedad en materia administrativa ó social, tenía la costumbre de decir: «Debe hacerse la prueba, y no puede intentarse sino experimentándola *in corpore vili*; ensayémosla... en los escoceses.» Creo que no es mala suerte para nosotros, los de raza céltica y latina, que los anglosajones multipliquen entre ellos mismos y en sus posesiones lejanas esos ensayos para satisfacer los anhelos mujeriles de emancipación política. Así tendremos tiempo de sobra para ver qué resultados dan.

En Francia, donde el buen sentido es juez en última instancia, donde hace dos siglos escribía Molière versos de una

cordura tan luminosa acerca de los deberes de la mujer, donde siempre se reirá con tantas ganas de las politicabras grotescas como en su tiempo daban risa las preciosas ridículas, preciso es reconocer que la inmensa mayoría de las mujeres no participan de las ambiciones políticas de sus hermanas anglosajanas.

¡Cuestión de raza, de temperamento y de gustos!

Las mujeres-electores del otro lado del Canal de la Mancha me han hecho recordar, por un efecto de contraste, á la asombrosa mujer de Jerónimo Paturot, que con tanta valentía ayudaba á su marido en 1848 á ir en busca de la «mejor de las repúblicas». Asistiendo cierto día á un *club* de mujeres, oyó decir allí tantas sandeces, que un arranque de indignación la hizo lanzarse también á la palestra en la tribuna. «¡Cómo! ¿No basta que los hombres tengan los sesos del revés, y vamos las mujeres á meternos también en esas cosas? ¿Os hablan de vuestros derechos? ¿Tenéis el de obligar á hacer á un hombre todo lo que se os ponga en el moño, y no os parece eso una gran cosa? ¡Tenéis el de que haya arreglo y orden en casa, el de remendar las calzas del marido, el de vigilar y educar á los hijos, el de mandar en las criadas, el de velar porque la comida esté en su punto! ¿No son esos suficientes derechos? ¿Y cuánto habréis ganado al venir aquí á darle á «la sin hueso» tres horas seguidas? Habréis ganado que todo vaya en casa patas arriba, que los niños estén hechos unos cochinos, que los muebles y ropas anden como Dios quiera, y que las criadas serán las amas en vuestras casas.»

Véase una mujer grosera de verdad; pero, sin embargo, hablaba con bastante sensatez. Expresaba con crudeza el mismo pensamiento que un inglés, discurrendo en la Cámara de los Comunes en 1892, envolvía en frases galantes para hacer pasar lo amargo de la lección:

«Las mujeres tienen una organización más fría y acabada que los hombres. Son más capaces de afectos, no tienen egoísmos; generalmente igualan al sexo fuerte desde el punto de

vista intelectual, y le superan desde el moral y religioso. ¿Por qué se han de arriesgar á perder esos atributos tan preciosos y tan nobles de su carácter? Al tratar de «desexualizarse», temían más bien la ingrata suerte de convertirse en inferiores copias del hombre».

El árbol de la ciencia.

La *New Review* ha interrogado á varias personas de agudo ingenio acerca de si los niños, y en especial las niñas, convenía ó no que siguiesen dentro de esta atmósfera de completa ignorancia, tan en boga aún, de las condiciones de la vida. Presentamos á nuestros lectores las respuestas más características entre las que se han dado á esa pregunta.

«Considero la ignorancia (engalanada con el poético nombre de *inocencia*), en la cual se mantiene á las jóvenes respecto á las condiciones normales y físicas del matrimonio y de la vida conyugal, como una prueba de la resolución tomada por el hombre de tener en una posición inferior á las niñas y mujeres, por todos los medios posibles. Para todo ser viviente, la libertad está en el conocimiento de las cosas, de las personas y de las condiciones de la vida.

»Al conservar y exaltar la ignorancia de las mujeres, el hombre persigue varios propósitos: uno, puramente inmoral, que da un saborejo mal sano á la posesión en el matrimonio; otro, tener la garantía de que la inocencia de la mujer núbil no sospechará los actos de su vida pasada; y, por último, el

de servirle de salvaguardia individual, porque una joven *que sabe* juzga al hombre con más severidad y se muestra más exigente de su propia dicha.

» Guardar á su hija en la ignorancia absoluta, es correr el riesgo de ponerla en peligros reales y perturbar al mismo tiempo su espíritu con peligros imaginarios. Citaré un ejemplo de ello. Muy joven todavía, me casé con un hombre á quien detestaba; y lo hice, porque se me había hecho creer que un beso dado en la boca bastaba para consumir la deshonra de una joven soltera. Sabedor de mi inocencia el hombre con quien mis padres querían casarme, me besó; y desde entonces consideré como una obligación el casarme con él.

» El pretexto de conservar intacto el ideal de una joven casadera produce el efecto de hacerle monstruosa y desagradable la realidad. La vida es una lucha por la existencia; y, sin distinción de sexos, debiéramos instruir todo lo posible á los seres humanos acerca de los riesgos, exigencias y perjuicios de la vida individual y social.»

JULIETA ADAM, directora de la *Nouvelle Revue*.

«No hay que asentar preceptos inflexibles para la educación de nuestros hijos... Pero desde un punto de vista general, no veo la necesidad de que una madre descubra á su hija los hechos que ella misma ignoró durante su infancia. Con sus lecturas, con el estudio de la Biblia en su casto lenguaje, las jóvenes solteras aprenderán á conocer lo necesario para preservarlas del mal. Respecto al matrimonio de sus hijas, los padres deberán considerar como una obligación sagrada no sancionar su enlace sino con hombres cuyo pasado no contenga nada que sea preciso ocultar ó que deba sacarles los colores á la cara.»

REV. H. ADLER, *Gran Rabino* de Inglaterra.

«El Sr. Walter Besant ofrece con muchas vacilaciones su parecer en este asunto, y, de hecho, parece poco categórico. Sin embargo, cree, que «todos los niños, varones y hembras, á cierta edad, deben quedar instruidos acerca de los principales fenómenos fisiológicos que pueden ayudarles á conocer la vida. Esta instrucción especial debiera darse por profesores especiales. Sería menester enseñarles los riesgos con que pueden tropezar y los peligros que deben evitarse con el dominio de los instintos sexuales. La joven soltera, impuesta ya en esas cosas, no cabe duda que también debe aprender á conocer la condición social del mundo. ¿Pero, será bueno y útil enseñarla al mismo tiempo la extensión de la inmoralidad en el mundo? No lo creo.

»Cierto es que antes de casarse, una joven debe saber lo que la espera, el género de vida que le está reservada, los deberes probables y las responsabilidades que le incumbirán. Respecto á conocer la vida anterior de su prometido esposo, es evidente que (excepto en el caso de escándalo público), nunca sabrá sino lo que aquél quiera decir...

»Si privamos á nuestras hijas de esa ignorancia que llamamos inocencia, parece correrse el peligro de que exageren la extensión de la inmoralidad que se ostenta á su vista, que dejen de creer en la posibilidad de la virtud en el hombre, y pierdan hasta la fe en la existencia misma de esa virtud.»

WALTER BESANT.

«Es fácil ver que, sean cuales fueren los esfuerzos de la mujer para su emancipación, nunca se emancipará mientras permanezca bajo la dependencia de los deseos y del egoísmo del hombre desde el punto de vista de las relaciones sexuales... A ella, pues, le toca mostrar el camino. Puede hacerlo, porque es la educadora. Desde que la ciencia nos ha enseñado que la educación se da virtualmente por la sugestión, y que el

poder de esta última es casi ilimitado, podemos creer que dentro de no mucho tiempo la educación misma llegará á ser una ciencia. Hasta ahora, es poco más ó menos cuestión de azar.

»En cuanto sea claro para el público en general, como ya lo es para el mundo científico, que la sugestión es el principal medio de educar, y que puede ser omnipotente, resultará claro también que las impresiones llamadas á formar la voluntad deben recibirse *antes* de sobrevenir las pruebas por las cuales tiene que pasar esa voluntad. Si la imaginación debe llenarse de entusiasmo por el problema de la conservación de la raza, de la fuerza y la hermosura de ésta, debe instruirse *antes* de que se despierten los instintos y antes de exponerse ella misma á las burlas de los demás. Esto no puede obtenerse sino con el pleno conocimiento...

»Síguese de ahí que debe darse el conocimiento de un modo gradual y en la edad más oportuna. Comunicar al niño el entusiasmo por una raza sana; demostrarle, por medio de la historia natural, que una buena simiente da una descendencia vigorosa; inspirarle horror por una herencia mala, hija de una semilla débil ó enferma: todo esto puede hacerse sucesivamente. Pero, hasta más tarde no debe venir la aplicación de esta ley á la selección sexual en los animales y en el hombre. La enseñanza de las leyes de la generación en la naturaleza tiene su época; pero la explicación del hecho de que la ley moral de la raza es en este caso el resultado de su propia experiencia, así como la demostración de ello con ejemplos tomados de la vida, deben venir mucho después.

»La principal necesidad para la emancipación de la mujer es la de una interpretación más sana de las relaciones sexuales...»

BJÖRNSTJERNE-BJÖRNSSON.

«La educación de las jóvenes, desde este punto de vista, parécese á las prescripciones facultativas para los enfermos:

requiere modificarse según los casos. Por ejemplo: es peligroso ocultar ciertos hechos á ciertas jóvenes, hechos que sería muy peligroso revelar á otras... Sin embargo, creo que después de los veinte años de edad sería imprudente tratar de mantenerlas en la ignorancia del mundo. Digo «tratar», porque, á menos de que una joven sea idiota ó imbecil, algo debe saber de la vida, sea de oídas, sea por haberlo visto, sea por la lectura. Pedirla que esté ignorante es exigirle ser hipócrita.

»En todo caso y bajo ningún pretexto, debiera saber plenamente antes de casarse lo que de ella se espera en el matrimonio... Pero no creo que los padres, por lo común, sean las personas más calificadas para instruir á los hijos. Más valdría que esta enseñanza la diesen profesores especiales. El riesgo para los niños no está en el conocimiento en sí; está en el modo cómo se dé. El misterio engendra siempre una curiosidad malsana... Las inmoralidades de todas clases son tan á menudo resultado de la ignorancia como de una naturaleza viciosa. Así, pues, hace falta enseñar á los hijos las vergüenzas de la vida; y eso no puede conseguirse sino familiarizándoles temprano con el asunto y dejando á un lado resueltamente todo sentimentalismo.»

SARAH GRAND.

«La ignorancia es madre del vicio y del pecado; la ciencia no puede hacer mal ninguno, si se da con oportunidad, esmero y diligencia. Paréceme á la vez monstruoso y absurdo dejar á un ser humano adulto (poco importa que sea hombre ó mujer) permanecer á oscuras respecto al hecho más importante de la vida: el de la generación. De seguro que ningún hombre de sentido común podrá creer que la inteligencia de una joven que haya terminado el crecimiento debe estar á perpetuidad metida debajo del almud. A menos de ser absolutamente idiota, tienen que llamarle siempre la atención los fenómenos emo-

cionales ó físicos de que es teatro su propio organismo. Y si no se le ofrece ninguna explicación satisfactoria de lo que pasa en su cuerpo y en su alma, su imaginación hará desesperados esfuerzos para responder á esa necesidad de luces; y sus ficciones desordenadas, hijas probablemente del arte enfermizo, de la literatura detestable, de las obras dramáticas sugestivas, de las inconsideradas conversaciones de salón ó de sobremesa, harán con seguridad desviarse la pureza mental de la pobre joven por una senda infinitamente más alarmante que hubiera podido hacerlo cualquiera enseñanza fisiológica, por grosera y brutal que fuese.

»En cuanto al derecho de la joven núbil á conocer la vida pasada del hombre con quien está á punto de casarse, lo considero como un derecho absoluto. No debe haber secretos entre dos seres que van á unir sus vidas: esto es, sencillamente, cuestión de probidad. Si un hombre oculta á su mujer hechos esenciales, introduce un fantasma en su nuevo hogar, burla la confianza de su compañera, crea una fuente de mentiras, disimulos y alejamiento. Por eso, si una novia desea informarse de las peripecias amorosas anteriores en la vida de su novio, soy de parecer que éste último debe contestar de una manera franca y sincera á esas preguntas. Pero, naturalmente, considero al mismo tiempo como un deber de los padres de la joven hacerla comprender que la castidad no tiene la misma importancia fisiológica, psíquica, ética y social en el hombre y en la mujer; y que sería insensato considerar como una mancha en el carácter de un hombre, recomendable por otra parte, el hecho de haber participado en su juventud de las opiniones indulgentes, practicadas por desgracia por la inmensa mayoría, acerca de la moral masculina.

»Ilustremos, pues, á nuestras hijas: mostrémosles la vida y la sociedad tales como son; advirtámosles los riesgos que corren en sus relaciones con hombres frívolos y sin escrúpulos. Si nos negamos á cumplir este deber, por falta de valor moral ó por pereza mental, incurriremos en las mayores res-

ponsabilidades por las posibles caídas de las pobres jóvenes doncellas indefensas.»

DR. MAX NORDAU.

«La virtud basada en el saber está más al abrigo del mal que la inocencia cimentada en la ignorancia. La exposición de los misterios de la creación, hecha por boca de una madre ó de un maestro, adquiere en el entendimiento del niño un carácter solemne y sagrado que no conseguiría de otro modo... ¡Feliz el hijo que toda la vida tiene confianza con su madre!... ¿Y cómo se dará esta enseñanza? Diciendo la verdad de las cosas. El ave en el nido, la flor en el tallo, el mineral en sus cristales, todo pondrá en evidencia una ley. Enseñad al niño á respetar y proteger á todas las mujeres por ellas mismas; y enseñad á la niña á preservar el poder de la maternidad como el foco más seguro de su alma.»

MISS FRANCE E. WILLARD.

LICENCIADO PERO PÉREZ.

(Continuará.)

LA LITERATURA CASTELLANA Y PORTUGUESA

CONTINUACION

La tercera dirección principal épica de este tiempo, la romántico-caballeresca, está representada por el *Poema de Alejandro Magno* (1). Boutervek se descarta también de este poema con la misma displicencia y ligereza que de los precedentes, mereciendo como merece en más de un respecto que se le tenga más consideración. Es ya notable por la elección del asunto; no canta los grandes hechos de un héroe nacional como el *Poema del Cid* ó la milagrosa vida de algúo héroe de la fe, como las leyendas de Berceo; sino la de aquel caballeresco rey de la antigüedad que por sus expediciones confinantes con lo fabuloso, abrió el lejano y misterioso Oriente á los países occidentales encerrados hasta entonces en su sobria actividad dirigida tan sólo á los goces de la vida real más próximos. Este joven héroe osado y aventurero, caballero andante en gran escala, aparece como una figura llegada prematuramente, en el curso de los siglos, única, heterogénea en el antiguo mundo

(1) En el tercer tomo de la tan citada colección de Sánchez; en extracto en Schnbert, tomo II, pág. 134, sig.—Un pasaje, que no cita Sánchez, de este poema se halla en la *Crónica de Don Pedro Niño, Conde de Buelna*, por Gutiérrez Díaz de Games. Madrid, 1782, páginas 221-223 (en la edición de Sánchez, copla 46, sig.)

clásico, mundo clásico que le miró con sorpresa y sin comprenderle; figura que estaba en oposición abierta con los empeños políticos de aquel mundo, dirigidos tan sólo á un fin próximo, sensible. La vida de este joven príncipe, que siguiendo tan sólo su desenfrenada fantasía y su fantástica curiosidad conquistó un mundo; hasta su muerte repentina y enigmática cuando apenas llegaba á la edad viril, precisamente cuando por sus gigantescas y aventureras obras levantábase más sobre lo vulgar, esta vida correspondía por igual al Oriente ávido de maravillas y á los románticos países occidentales de la Edad Media, pueblos que se habían puesto en contacto y excitado de nuevo poderosamente por las tan aventureras y fantásticas cruzadas, y que desde luego echaron de ver la íntima semejanza de ambos sucesos, de tal modo, que comprendieron llenos de curiosidad las empresas de Alejandro como ningún otro suceso, se las comunicaron unos á otros y las contaron y volvieron á contar de muy diversas maneras. Por esto brillaba ya desde antiguo *Iskender* en los relatos de los indios, de los egipcios, de los persas y de los árabes, coleccionados y exornados acaso ya en época temprana por los griegos alejandrinos; por esto eran las hazañas de Alejandro, convertido en héroe popular cristiano, uno de los asuntos más pronto y más generalmente cantados en la Edad Media occidental, hazañas que saliendo de Bizancio, puente entre el Oriente y el Occidente, fueron festejados por los doctos y los poetas del pueblo de todas las razas románico-germánicas, desde Italia hasta Irlanda, en el bajo latín y en todas las lenguas vulgares (1).

(1) Acerca de la extraordinariamente rica literatura de las leyendas de Alejandro, se hallarán las necesarias noticias en Grässe: *Die grossen Sagenkreise des Mittelalter* (Dresde, 1482, 2, pág. 435) y en su *Trésor des livres rares et précieux*, etc. (Dresde, 1858).—Dunlop: *Geschichte der Prosadichtung; übers v. Liebrecht*: páginas 183 482, nota 245 250, pág. 545.—Alexander, *Gedicht des 12 Jahrh. vom Pfaffen Lamprecht, Urtext und Uebersetzung, nebst geschitlichen und sprachlichen Erläuterungen, so wie der vollständigen Uebersetzung, des Pseudo-Kallisthenes und umfassenden Auszügen aus den lateinischen, französchen, englischen, persischen und türkischen Ale-*

Por esto era la historia de Alejandro de Curcio una de las obras más estimadas y leídas de la literatura clásica ya desde muy temprano en la Edad Media, y la *Alexandreis* de Gualterio de Chatillón se usaba preferentemente para la instrucción en las escuelas doctas de aquel tiempo, y los poemas de Homero, de Virgilio y de Lucano, no sólo se dejaban de lado, sino que eran preteridos (Warton, *Hist. of engl. Poetry*, London, 1824, 8, vol. I, pág. CLXVIII-CLXIX y 137.)

La leyenda de Alejandro no se olvidaba jamás cuando el poeta citaba en alguna ocasión los más famosos relatos de su tiempo, de tal modo, que Chancer pudo decir con razón:

«*Alisaunders storie is so commune,
that everie wight that hath discrecionne
hath herde somewhat or al of his fortune.*»

(La historia de Alejandro es tan común, que toda persona que tenga discreción se sabe de memoria algo ó todo de su fortuna.)

Por todo lo cual es nuestra Alejandreida española, aparte de su intrínseco valor poético, notable en cuanto se nos aparece como un miembro de esta cadena de leyendas que abrazaba

wanderliedern von Dr. Heinrich Weismann (Frankfurt a. M. 1850, 2, bd, 8).
Die Alexander-Sage bei den Orientalen. Von Spiegel (Leipzig, 1851, 8).—
Véanse contribuciones á la leyenda de Alejandro en el *Zeitschrift deutsch-morgenländischen Gesellschaft Bd. 9, Heft 4*.—Goedecke *Deutsche Dichtung im Mittelalter* (Hannover, 1854, 8, S. 873 ff).—Jonckbloet: *Geschiedenis der middennederlandsche Dichtkunst* (Amsterdam, 1852, Thl. II. S. 400 ff).—
Floire et Blanceflor... publ. p. Édéletand Du Méril (París, 1856, 12, pág. 116-118).—*Recherches sur les hist. fabuleuses d'Al.-le-Gr.* en las *Mélanges d'hist. litt. de Guill. Favre* (Genève, 1856, vol. II). A las noticias que se dan en estas obras se han añadido últimamente las contenidas en: *Altromanisches Fragment eines Alexander-Romans* en las *Inedita románicas* de Heyse, sacadas de las bibliotecas italianas (Berlín, 1856, 8, S. 1 ff).—*Ueber die Quelle des deutschen Alexanderliedes*, von Alfr. Rochat (en la *Germania* de Pfeiffer, año I, cuaderno 3, pág. 213).—*Légende d'Alexandre-le-Grand au XII siècle, d'après les manuscrits de la bibl. nat. par le comte de Villedeuil*, (París, 1853, 12).—*Konung Alexander*, I, *Udg af Svenska Fornskrift Sällskapet* (Stockolm, 1856, 8).

Asia y Europa, mostrándose en ella cómo se reflejaba en la peculiaridad de los caracteres nacionales privativos lo que era común á todos. Se ha equivocado por lo tanto Bouterwek y ha perdido el verdadero punto de vista, desde el cual puede comprenderse lo particular, sobre todo en la literatura de la Edad Media, contemplándola en su conexión universal, al no ver en el poema de que tratamos nada más que una rapsodia rimada falta de todo espíritu hecha, por un fraile ocioso. Sánchez (cuyo juicio reproducen en sus notas los traductores de Bouterwek, sin añadirle opiniones nuevas ó propias) y Schubert, lo han juzgado, es cierto, con mayor tino, pero tan sólo como un fenómeno aislado y sin relación alguna con los demás trabajos acerca del mismo asunto, anteriores y posteriores á él. Considero, por lo tanto, como no cerrada la investigación acerca de este poema, y quiero aquí aportar por lo menos alguna contribución á ella. Ante todo, por lo que respecta al autor y á la época de la composición de esta *Alejandroida*, podemos decir que aquél es, según opinión de Sánchez, el eclesiástico Juan Lorenzo Segura de Astorga que escribió hacia mediados del siglo XIII (1). La primera afirmación que está fundada en la copla 1662 y en la estrofa final del poema, es muy verosímil (2). Pero por lo que hace al tiempo de la composición, no se halla dato alguno determinado

(1) Hoy prevalece la opinión que ve en Juan Lorenzo un mero copista de uno de los códices del *Poema de Alejandro* (el que perteneció á la Biblioteca de Osuna, y luego á la Nacional de Madrid). Otro códice recientemente descubierto en Francia atribuye el poema á Berceo: afirmación destituida también de valor crítico.—(M. M. y P.).

(2) Sin embargo, Amador de los Ríos, en la *Tabla alfabética de los autores*, etc., que acompaña á su edición de las obras del marqués de Santillana (Madrid, 1852, 8, pág. 614, Gaufredo), atribuye á Jofre García de Loaysa, arcediano de Toledo, que vivió bajo los reyes Fernando III y Alfonso X de Castilla y escribió una *Crónica de España* en lengua castellana, el haber sido también autor del *Poema de Alejandro*, cuyo manuscrito original, procedente de la biblioteca del marqués de Santillana, y hoy en poder de su descendiente, el duque de Osuna, ha visto el señor de los Ríos; pero en su *Historia crítica de la lit. esp.* no desenvuelve el fundamento de su opinión.

en el poema mismo (1). Las suposiciones que pueden sacarse del lenguaje y la escritura no son más que aproximadas (2); pero, á falta de noticias más seguras acerca del autor, queda abierto el camino á las conjeturas, camino en que ya entró Sánchez (loc. cit., cap. xviii xix). Pero debo confesar que sus fundamentos no me han satisfecho por completo, pues las palabras (*cabrones-pepion*) á que concede tanta importancia, podrían haber sido elegidas por el autor tan sólo á causa de la rima; por lo menos necesitaba éste, lo mismo que los demás fundamentos que aduce, no excluir por completo otra conjetura que me atrevo á aventurar sin osar darla más que por una simple suposición. Cuenta el poeta (copla 2352-2360) que habiendo alcanzado Alejandro el colmo de su fama por la dominación de toda el Asia, le enviaban embajadores á Babilonia los pueblos todos de Africa y de Europa, para darle pruebas de su voluntaria sumisión. Como sería muy prolijo contarlos todos, tan sólo cita nominalmente Marruecos, España, Francia, Alemania y *Sicilia*, es decir, aquellos que para un español eran más próximos ó más notables. Entre ellos es muy significativo Sicilia, y mucho más significativo por el modo como el poeta habla del rey de aquella región:

«El sennor de Cecilia (3) que Dios lo bendiga.»

¿Es de creer que el poeta aluda así á Federico II (hasa 1250) ó á su sucesor en la casa de Hohenstaufen (hasta 1266), puesto

(1) Tan sólo la copla 1637 parece contener un dato de esta especie: sólo los números que en ella se dan como años del mundo, dan de algún modo, por combinación cronológica, un resultado en cierta manera verosímil, de tal modo, que Sánchez supone que ha habido errata en el único manuscrito que ha podido utilizar.

(2) Así es como Capmany (loc. cit., t. 1, pág. 11), que es autoridad tan competente como Sánchez en este respecto, concede, fundándose en el lenguaje, mayor antigüedad al poema. Es además notable el poema como el único monumento antiguo de alguna extensión que esté escrito en dialecto leonés (comp. Diez: *Grammatik des roman. Sprachen*. Th. 2, Ausg. 5. 100).

(3) Es cierto que también en la copla 1750 se habla de un «regno de

que al primero se le consideraba sobre todo como emperador y al último como usurpador? ¿Se referiría acaso con tan piadoso deseo al universalmente odiado Carlos de Anjou (hasta 1282)? ¿No es acaso verosímil que invocara la bendición de Dios sobre uno de los señores de la recién elegida casa de Aragón (desde 1282), sobre un príncipe español; y que citó la Sicilia precisamente porque estaba unida en lazo estrecho con España? Si no doy demasiada intención á este pasaje, se debe deducir de él que el poema fué compuesto á fines del siglo XIII (1).

Por lo que hace á la otra cuestión de hasta dónde puede tener este poema pretensiones de originalidad, es supérfluo hacer notar que no se puede hablar entre los poetas de la Edad Media de una traducción de estricto sentido (2); tan sólo se pregunta si en cuanto al plan y el modo de tratarlo no se atiene tan puntualmente á alguno de los poemas de Alejandro anteriores ó coetáneos á él, que pueda ser considerado como una imitación de éste. Se pueden dividir muy bien los poemas de este ciclo en dos clases: una, que puede llamarse la de los *occidentales*, es más moderada en la invención, sin sobrecargar lo ya no-

Cecilia». Aquí, á pesar de las nociones geográficas horriblemente trastornadas, se alude sin duda á *Escitia*, que es el país nombrado en el pasaje de Gualterio de Chatillon que sirvió de modelo á nuestro poeta, nombre que, si Sánchez ha leído bien, fué estropeado en «Cecilia», sea por descuido del poeta español, sea por ignorancia del copista. Pero este país no podía ser citado aquí como ya completamente subyugado; antes bien, se deduce claramente de todo el contexto que aquí bajo «Cecilia» se entiende Sicilia, que en el antiguo español se escribía comúnmente de este modo.

(1) Apenas hace falta decir que no puede presentarse como argumento en contra el anacronismo, pues es cosa sabida de todo el mundo que los poetas medioevales entretejían á menudo con relatos de la más remota antigüedad referencias á sucesos de su época. Más importante sería la objeción fundada en el lenguaje, si tuviéramos más punto de apoyo para juzgar de él en estos tiempos por la distinción de las décadas, las diferencias de los dialectos y la expresión condicionada por la materia y el punto de vista individual. Comp. las razones que Clarus, I, 274, aduce contra mi suposición.

(2) Comp. el prólogo de Benecke á su edición del *Wigalois*. Berlín, 1819, páginas 16-17.

velesco en sí con monstruosos prodigios. Se atiene más á los modelos antiguos clásicos, siendo Curcio su fuente principal. Puédese considerar como representante de esta clase á Gualterio de Chatillon, á quien siguen, por ejemplo, B. Ulrico de Eschenbach, Jacob de Maerlant, los *Alexandri Magni Saga* islandeses, en prosa, etc. La otra clase, que por su empeño en introducir á todo trance lo maravilloso y extraordinario puede con razón llamarse *oriental*, denuncia ya por esto mismo su origen (egipcio-pérsico) y sus fuentes principales, para los poemas de los países occidentales, son ante todo el llamado *Pseudo-Callistenes*, ó su parafraseador latino *Julio Valerio*. A esta clase pertenecen *Qualichino d'Arezzo*, entre los alemanes *Rodolfo de Montfort* y *Seifrit*, y la mayor parte de los poetas *franceses*, á los que siguen los *ingleses*, entre los alemanes *Lamprecht* y el autor de la novela, en prosa, de Alejandro. También el autor del *Poema de Alejandro* pertenece indudablemente á la última clase, pues si bien cita muchas veces, y siempre con singular estimación, á Gualterio de Chatillon (á quien llama *Gal-ter*, *Galente*, copla 225) y *Galant* (copla 1452) si es que no es esto una torpeza del copista) como el fiador de lo que dice, y hasta una vez cita, aunque muy alterado, un verso de éste en su lengua original (copla 1639), y le toma á todas luces por modelo en muchos pasajes, sin embargo, ha demostrado Sánchez (loc. cit., páginas 22-24) que se aparta de él considerablemente, ya en la ordenación, ya en la manera de tratar el asunto, de modo que, respecto á esto, se le puede tener por *original*. Tan solo, por lo tanto, entre los poetas de la *otra* clase, á los que, como ya se ha dicho, pertenece por su carácter, hay que buscar el modelo que imitaba. Varios pasajes corroboran innegablemente la suposición de que debió de servirse de un poema *francés*, es á saber: ó la *Alejandroida* de Lambert Litors y Alejandro de París ó de Bernay (1); sin embargo de lo cual, una

(1) Habla en favor de esta afirmación, sobre todo el pasaje (copla 291-297) en que Alejandro, apenas arribado su ejército á Asia, nombra *pares* á *doce* de sus primeros vasallos, por consejo de Clito y Tolomeo (son notables

detenida comparación de ambos poemas (el francés está ahora publicado en la biblioteca de Stuttgart. *Li Romans d'Alexandre*, par Lambert Litors et Alexandre de Bernay, p. p. Henri Michelant, 1846-8) prueba que si bien el español ha tomado, sin duda alguna, no pocos rasgos del francés, tanto en la colocación de los sucesos como en muchas particularidades, se diferencia tanto de éste que, en total, no se le puede considerar como imitación de él. Lo mismo sucede con los demás poemas franceses, por lo menos en cuantos me son conocidos. Así, por ejemplo, la *Alejandreida* de Alberico de Besançon, que se conocía (hasta por el fragmento de Heyne) tan sólo por el trabajo de Lamprecht, tiene otra marcha esencial y un fin enteramente otro. Así, en Tomás de Kent (*Li Romans de tote Chevalerie*, véase *Notices et Extraits*, tomo v, páginas 121 y siguientes), la fabulosa historia del padre propio de Alejandro, el rey egipcio *Nectanebo*, y la aventura en el templo de Júpiter Ammon ocupa un muy importante pasaje, cuando, por el contrario, nuestro español rechaza la primera conseja, como una calumnia desvergonzada, con un par de palabras (copla 19-20), y cuenta la segunda de un modo enteramente diverso y propio suyo (copla 1118-1135) (1). Los demás poemas franceses que conozco, ó son

las palabras: «Una cosa de nuevo queerimos que feciesses»). También en el precitado poema francés establece Alejandro, por consejo de Aristóteles, los doce pares, ya antes de su expedición guerrera contra el rey Nicolás; nombre este de *pares* que se había usado ya en otros poemas españoles. Se ve, por este ejemplo, que si bien el español imitaba aquí á los franceses, procuraba por otra ordenación y por pequeñas alteraciones ocultar estas imitaciones. A menudo, sin embargo, concuerda literalmente con ellos.

(1) Nuestro poeta parece que no ha tocado toda esta leyenda más que de paso, haciendo esto adrede, como Gualterio de Chatillon y Lambert Litors, para no manchar la fama de su héroe haciéndole provenir de origen ilegítimo y no de matrimonio. El español se cuida sobre todo de la pureza de sangre. La mayor parte de los demás poetas que han tratado esta materia, pensaban menos tierna y cristianamente sobre este punto, cosa de que se cuidaron todavía menos, como es natural, las fuentes orientales-bizantinas. De las indicaciones de nuestro poeta se saca, sin embargo, que no le era desconocida esta leyenda. En general, se distingue de los demás

más modernos que el español ó tienen por asunto otros sucesos que forman sólo una continuación de la vida de Alejandro (por ejemplo, *Le Testament d'Alexandre; La Vengeance de Alexandre*, etc.) Podría, pues, preguntarse tan solo, si no han servido de modelo á nuestro español la *Alexandreida* de Qualichino di Arezzo (1236) (1), ó quizá las fuentes mismas el *Pseudo-Calístenes*, ó *Julio Valerio*, ó alguno de los que hicieron epitomes de éste. Pero á esto puede responderse decididamente que no. Pues á pesar de que en lo principal, y en muchas particularidades, el español, lo mismo que los demás poemas de Alejandro compuestos en Occidente, concuerda, como es natural, con estas sus comunes fuentes, se ha de buscar la originalidad en casos como éste, (en que la materia está dada y pronta, por tradición trasplantada y recibida), en la concepción propia y la ordenación de la materia, ó en la elección y adición de particularidades de propia inventiva; y resulta así la diferencia entre el poema español y las fuentes greco-latinas, tan grande, que no puede pensarse en un estrecho encadenamiento con éstas, y mucho menos en una imitación propiamente dicha, en el único sentido que aquí podemos dar á esta palabra (2).

Como resultado de esta investigación comparativa he dedu-

por la pureza de su sentido moral; así, por ejemplo, trata con mucha delicadeza la chocante aventura con la reina de las Amazonas, *Calectrix* (copla 1699 y siguientes; en Gualterio, *Thalestris* siguiendo á Curcio), y pasa en silencio la de la muchacha del bosque. (*Histoire litt. de la France*, tomo xv, páginas 173-174.

(1) La *Alexandreida* de este poeta sigue en gran parte á *Julio Valerio*, ó más bien el arreglo posterior latino de ésta, el *Liber Alexandri Magni*.

(2) Toda esta materia de las fuentes del poema, ha sido tratada muy á fondo y con precisión suma por Alfredo Morel-Fatio en su excelente memoria *Recherches sur le texte et les sources du «Libro d' Alexandre»*, impresa en la *Romania* (1874). Sus conclusiones, sin embargo, no modifican en lo sustancial las de Wolf, aunque marcan de un modo detallado y categórico lo que el autor español tomó de la *Alexandreida* latina de Gualtero, del poema francés de Lambert li Tors y Alejandro de París, de otro poema sobre el mismo asunto de que solo quedan fraguentes, compuesto por el clérigo Simón; de la *Crónica Toyana* y de otras fuentes secundarias.— (M. M. y P.).

cido que el autor del *Poema de Alejandro* sacó su materia y muchas particularidades *inmediata* y *próximamente* de los poemas que acerca del mismo asunto habían escrito Gualterio de Chatillon y los franceses Lambert Tors y Alexandre de París, aunque no se pueda determinar en qué pasajes siguió al uno y en cuáles al otro; que fuera de éstos tomó también algunos rasgos de otros poemas de este ciclo ó de las leyendas oralmente trasplantadas (1); pero que lo mismo en la concepción y ordenación del conjunto, que en la explanación y hábil enlace de las particularidades y por la adición de invenciones propias muestra tanto carácter peculiar, que no puede negársele originalidad, en cuanto aquí puede hablarse de ella.

Entre las adiciones propias de nuestro poeta que no he hallado en ninguna otra *Alejandreida*, es muy digna de atención, v. gr., el largo episodio (copla 317-717) en que Alejandro cuen-

(1) El mismo cita, como ya he notado, á Gualterio de Chatillon como una de sus fuentes; pues el presentarse como secuaz de un poeta *latino* tan afamado entonces, no podía menos de dar más peso y credibilidad á su relato sin perjudicar á su fama. Hace notar además expresamente que ha seguido otras fuentes; así, dice, por ejemplo (copla 1935-1936), que va á describir la segunda lucha de Alejandro con Poro y los muchos sucesos maravillosos de este combate, aunque Gualterio no diga nada de ello. Así empieza el relato de la famosa travesía de Alejandro con la siguiente notable é ingeniosa declaración (copla 2141):

«Unas facianas suelen *las gentes* retraer :
Non yaz en escrito é es grave de creer
 Si es verdat é non, yo non he y que veer;
 Pero no lo quiero en olvido poner.»

Aquí parece referirse expresamente á leyendas populares orales, aunque estas leyendas las habían tomado algunos de los ya citados arreglos griegos y latinos y los más de los poetas, sobre todo Alexandre de París. No puede resistir, antes de contar el fin de su héroe, al deseo de recoger por lo menos algunas de las extraordinarias aventuras de Alejandro, por ejemplo, la del ave *Fénix*, la de los árboles adivinos, la de la travesía aérea con los grifos, etc., «que escritas fallamos» (coplas 2305-2306), y hace notar que si fuera á dar cuenta de todas iría demasiado lejos. Estas provienen no de Gualterio sino de Alexandre de París y de todos aquellos poetas que seguían las leyendas orientales.

ta á sus compañeros toda la historia de la guerra de Troya; asunto conocidamente muy del gusto de los poetas de la Edad Media y costumbres de aquel tiempo, aunque cita el poeta á «Omero» como autoridad en que se apoya. Tenemos también la descripción, acomodada á la superstición medioeval, de la piedra preciosa de las cercanías de Babilonia (copla 1307-1330) y de sus propiedades y fuerzas místico-simbólicas (compárese sobre esto lo que dice Busching en el *Museum f. altd. Lit. und Kunst*, *bol.* II, pág. 52 y siguientes, y Eraclio, editado por Nesmann, Zuedlinburg, 1842, 8, páginas 468-473. Apéndice). Tampoco deja pasar nuestro poeta ocasión de traer á cuento sus eruditos conocimientos en geografía, historia, mitología, astronomía, historia natural, etc., y á las veces acude no ya sólo á la Biblia, y ésto á menudo, sino también á escritores clásicos de la antigüedad (v. gr., además de «Omero» á «Oracio» en la copla 1712 y á Ovidio, sin nombrarlo, en la copla 2226, etc.) Por esto, dice, con su punto de amor propio, ya en la entrada de su poema (copla 2):

«Mester trago fremoso, non es de ioglaría,
Mester es sen peccado, ca es de clerecía.»

Es también notable el relato tratado más circunstanciadamente en esta *Alejandroida* española (copla 1937-1957) de cómo llegó Alejandro á los desfiladeros cáspios, y allí, en una hondonada entre las montañas, que no tenía más que una sola entrada y salida, halló al numeroso pueblo de los judíos, de los cuales habla el poeta, como español neto, con mucho desprecio, pero no sin verdad ni sin humor, describiéndolos así:

«Omes son astrosos de flacos corazones,
Non valen pora armas quanto sennos cabrones,
Dastrosa mantenenencia, son astrosos varones,
Cobdician dineruelos más que gato polmones.»

Quando Alejandro se enteró de la suerte de este pueblo, y que sus restos, escapando á la muerte y al cautiverio, por man-

dato de Dios y á causa de su deslealtad contra los preceptos de éste, estaban desterrados y encerrados en aquella inaccesible garganta, halló esta sentencia altamente justa y deseó que los judíos permanecieran allí hasta el fin del mundo. Para contribuir por su parte á que se cumpliera este su deseo, mandó cerrar el único paso con argamasa. Sin embargo, dudando de la duración de una obra levantada por mano de hombres, invoca la ayuda de Dios, quien oye su ruego, aunque era un gentil:

«Movieronse las pennas cada una de su partida,
Soldaronse en medio, fue presa la egida.»

Allí se quedan encerrados hasta el fin del mundo, y entonces serán libertados y puesto en angustia el mundo entero (1). Así como en esta leyenda el poeta, como español que era, se refiere á los judíos que conocía de cerca, así también cuando habla del Africa, cita con preferencia á Marruecos y no olvida poner en relación su patria con el héroe de su poema, v. gr., el proyecto de Alejandro de conquistar también España (copla 2298) y su sentencia, que expone con ingenuo orgullo nacional, de que entre todos los pueblos de la tierra los españoles eran los mejores (copla 2445):

«Quando viono en cabo terminó su sciencia,
Que eran Espannoles de mejor contenencia.»

(1) En las leyendas orientales de Iskender se halla una análoga, sólo que en ella en vez de los judíos es el pueblo de Gog y Magog de quien se trata (v. el *Rosenol* de Hammer, parte 1, pág. 287-291). Hállase también una confusa y casi ininteligible alusión á esta leyenda en el *Liber Alexandri magni* (Strasburg, 1494. Fol. Hoja f. 2 recte) y la novela italiana en prosa de Alejandro (Venecia, 1477, 4. Hoja 1, 2 verso). En Seifrit y Quali-chino se cita esta leyenda más circunstanciadamente, apareciendo los judíos junto al pueblo de Gog y Magog, como raza emparentada con la de éstos. El autor de la *Alejandroida* inglesa, refiere también esta leyenda al pueblo «Magogas, Gogas, Taracountes» y otras inventadas naciones bárbaras, sin mencionar á los judíos, y enlaza la sujeción de estas gentes á otra leyenda, propia suya (v. Weber *Romanc*, vol. 1., pág. 248-259; y la nota, vol. III, páginas 321-327, que contiene una amplia indicación sobre las distintas versiones de esta leyenda.)

Por otra parte, como ya he dicho, no he podido hallar referencia alguna á la historia política del tiempo del poeta, al revés de lo que sucede, por ejemplo, en los poemas franceses y aun en el de Gualterio de Chatillon; pero sí algunos pasajes que nos suministran datos notables respecto de la historia de las costumbres locales; como, v. gr., la salida satírica del poeta sobre los vicios y corrupciones propias de los diversos estados, en la cual fustiga el suyo propio, el de eclesiástico, con verdadero humor y tan agudamente como los restantes (copla 1655-1669). En general muestra nuestro poeta un juicio sano y un sólido sentido moral, que á las veces se expresa con toda ingenuidad (1), aparte de algunas ideas erróneas fundadas en las opiniones de su tiempo.

Si se considera el *Poema de Alejandro* en relación con las ya citadas creaciones poéticas de la literatura española, nos hallamos con que no tiene aquella grandiosa naturalidad, aquella verdad íntima y comprensiva, aquel espíritu nacional del *Poema del Cid*; ni aquella sencillez piadosa y conmovedora que sólo puede brotar de las profundidades de un ánimo creyente y que se abandona á la fe, como las leyendas de Gonzalo de Berceo; pero no es menos digno de atención, por su espíritu caballeresco en especial, espíritu común á todas las naciones de aquellos tiempos, por el matiz nacional, y la concepción y el colorido románticos de un asunto que excitaba poderosamente el interés de todos los pueblos de la Edad Media y por la manera peculiar y privativa con que lo trata desde un punto de vista local. En el *Cid* se nos presenta sobre todo el *español como tal*, en *Gonzalo de Berceo* el *español como cristiano católico-romano* y en el *Poema de Alejandro* como *miembro de la caballería aventurero-romántica*. Este es, en general, el triple proceso evolutivo de la remota Edad Media: el *pueblo*, la *iglesia* y la *caballería*, y la poesía no es otra cosa que el reflejo espiritual de tal

(1) Comp. el juicio y reseña del contenido de esta *Alejandreida* en *Clarus*, I, pág. 279 y siguientes.

proceso. Tenía, pues, que hallarse en la literatura española un representante de la última dirección, como la tercera parte esencial del arco de punto gótico, y la *Alejandro*, como tal representante, merece ya, sin otra razón, un lugar importante en aquella literatura. Además de lo cual tiene también un valor *científico*, puesto que su autor era sin duda alguna un hombre muy docto para su tiempo, que, como ya hemos visto, aducía en toda ocasión sus conocimientos, de tal modo, que su poema nos presenta atendibles aclaraciones respecto al estado de las ciencias en el siglo XIII, en todas partes en general y en España muy singularmente (1).

Hasta aquí no he hecho otra cosa que ocuparme en las relaciones del *Poema de Alejandro* con el resto de las literaturas de la Edad Media y de España, punto totalmente pasado por alto por Bouterwek, sus traductores y repetidores, y tocado nada más que á la ligera por otros.

El juicio respecto á su valor poético en sí y por sí, á su lenguaje y su versificación, puedo ahorrármelo puesto que por lo que hace al primer punto, ya Schubert (l. c., páginas 135-142) lo ha tratado suficientemente apreciándolo muy bien, y en lo que se refiere á los dos últimos, Sánchez, por una parte (l. c., páginas xxxiii-xxxviii), los ha tratado agotándolos, y por otra tendría yo que repetir aquí acerca de ellos lo mismo que hice notar con referencia á Gonzalo de Berceo (2). No puedo, por otra parte, pasar en silencio otra notable peculiaridad de esta *Alejandro*. Me refiero á las dos cartas consolatorias que Alejan-

(1) A este propósito dice Quintana (l. c., p. xx) con razón, comparando á nuestro poeta con Gonzalo de Berceo: «Juan Lorenzo, al contrario, se eleva más con su asunto, y manifiesta una instrucción tan extensa en historia, mitología y filosofía moral, que hace de su obra *la más importante de cuantas se escribieron en aquella época.*»

(2) Apenas es necesario hacer notar que los *alejandrinos* no recibieron su nombre, ni de esta *Alejandro* española *en particular*, ni del poeta francés Alexandre de París, como algunos quieren; pero sí puede sostenerse y afirmarse con seguridad que lo tomaron de su aplicación á los poemas de Alejandro *en general*; poemas muy extendidos y renombradísimos,

dro moribundo dirige á su madre Olimpias, que van incluidas en el manuscrito entre las coplas 2468 y 2469, pero que Sánchez, como están escritas en prosa, las ha dejado para imprimir las detrás del poema. Estas, como uno de los pocos monumentos de la prosa española de tan tempranos tiempos, son altamente notables, y se distinguen muy ventajosamente por la nobleza de los sentimientos, las imágenes elevadas y vivas y la fuerza y elegancia del lenguaje. Ellas solas bastarían para darnos una prueba de que no le faltaban á Juan Lorenzo dotes poéticas de concepción y exposición, y para asegurarle un puesto permanente en la literatura española. Para que el lector se persuada por sí mismo de que no se aventura nada al hacer esta afirmación, podemos poner aquí por vía de prenda, un par de pasajes de la segunda de estas cartas, completamente inadvertidas por Bouterwek (1). Dicen así:

«Madre, oit la mi carta, é pensat de lo que hy á, é esforciatvos con el buen consorte é la buena sofrenca, é non semeiedes á las mugieres en flaqueza nin en miedo que an por las cosas que lles vienen, assi como non semeia vostro fijo á los omes en sus mannas é en muchas de sus haciendas; y madre, ¿se fallastes en este mundo algun regnado que fue ficado en algun estado durable? ¿non veedes que los arboles verdes é fresmosos que facen muchas foias é espessas é lievan mucho fruto, en poco tiempo quebrantanse sus ramos, é caense sus foias é sus frutos? Madre, ¿non veedes las yerbas verdes e floridas que amanecen verdes é anohecen secas? Madre, ¿non veedes la luna que quando ella es más complida é más luciente, estonce le

aunque es versificación la de los alejandrinos que la encontramos ya en poemas épicos más antiguos, (v. gr. en el *Roman du Rou* de Robot Wace, 1159. Comp. *Hist. litt. de la France*, tomo xv, páginas 126-127 y Wackernagel: *Alfranzörs. Lieder u. Leiche*. Basel, 1846, 8, pág. 177.

(1) Estas cartas, de procedencia oriental (como probó Zacher en su *Pseudo Callistenes*), no tienen más relación con el Poema de Alejandro que haber sido copiadas en el mismo códice por referirse al mismo héroe. Hállanse también en la compilación castellana *Bonium* ó *Bocados de Oro*.— (M. M. y P.).

vien el eclipsis? Madre, ¿non veedes las estrellas que las encubre la lobreguera, é non veedes las llamas de los fuegos lucientes é ascondidos, que tan aina se amatan?... Madre, se alguno por derecho oviesse de llorar, pues llorase el cielo por sus estrellas, é los mares por sus pescados, é el aer por sus aves, é las tierras por sus yerbas, é por quanto en ella ha; é llorase ome por sí, que es mortal, é que es muerte, é que mengua su tiempo cada día, é cada hora. Mas, ¿porque ha ome de llorar por pérdida? Fasces que era seguro que antes que la perdiesse de lo non perder, é vinol cosa porque non cuidasse (1).»

Acaso al mismo autor, pero por lo menos é indudablemente al mismo ciclo pertenece el poema que el marqués de Santillana en su notable carta cita bajo el título de *Los Votos del Pavón* (2), pues también en francés hay un poema del mismo nombre (*Le Voeux du Paon*), que forma con sus ramas (*branches*) una continuación de la *Alejandroida* (3), y el marqués de Santillana nombra al español inmediatamente después del *Poema de Alejandro*. Mas esto es todo lo que de él sabemos, pues el poema mismo no ha sido hallado hasta hoy. Es tanto

(1) La segunda de estas cartas se halla también en Capmany *Teatro histórico-crítico de la elocuencia esp.* (tomo I, páginas 18-19) y en los apéndices á la traducción española de Bouterwek.—Es notable que en el llamado *Iskender*, Alejandro dirige á su madre poco antes de morir escritos semejantes; hasta con los mismos pensamientos y palabras (v. Hammer *Rosenöl*, parte I, páginas 286-287), circunstancia que no ocurre en ninguno de los poemas occidentales de Alejandro que conozco, como no sea en este español. También están indicadas expresamente estas cartas consolatorias de Alejandro moribundo á su madre en la *Historia de las dinastías*, de Abul-faradach, y el mismo consejo que aquí dirige Alejandro á su madre, para consolarla (es á saber, preparar un gran banquete, al que sólo puedan asistir gentes *perfectamente felices*) y con el mismo resultado (que no encuentra ninguno que vaya á él) se ve citado por nuestro poeta al final de la primera carta (V. Abul-Pharajius: *Hist. Dynastiarum...* ed. Ed. Pocock Oxoniae, 1663, 4, p. 62 de la traducción latina.) ¿No significa esto que utilizó *inmediatamente* fuentes orientales?

(2) Sánchez, l. c., tomo I, páginas LVII y 99-100.

(3) Véase *Catalogue de la Vallière*, tomo II, páginas 161-164, y *Notices et Extraits*, tomo V, pág. 118.

más valedera la conclusión que damos de que sea una imitación del poema francés del mismo nombre, cuanto que en las versiones greco-latinas no se halla semejante continuación (1).

Si consideramos ahora la poesía artística española al terminar su primer siglo (esto es, desde los monumentos de mediados del XII, hasta aquí citados y que han llegado á nosotros, hasta los de la segunda mitad del siglo XIII), se nos presenta, siguiendo el mismo proceso evolutivo de todas las demás literaturas medioevales, en una triple dirección épica. Este hecho, probado según creo por la precedente exposición, contradice por sí mismo la afirmación de Bouterwek de que «una historia documentada de la poesía española no puede empezar con toda propiedad sino con la mención de los méritos literarios del rey Alfonso X el Sabio». De esta manera aparecería la literatura española bajo una luz falsa desde antes de este rey hasta él, y se saltaría sin justificación alguna por encima de una sección esencial, los fundamentos de su proceso evolutivo nada menos, para la cual no faltan, como hemos visto, documentos, y de este modo, sin necesidad alguna y contra todo lo natural y analógico, y, por lo tanto, no con toda propiedad, empezaríamos con una época en que se había entrado ya en el segundo estadio, el de la literatura didáctica. Este punto de orientación, ó más bien el advenimiento de esta nueva dirección, fué en general acentuado considerablemente por Alfonso X. Se reconocen generalmente, se les da la debida importancia y han sido expuestos repetidas veces los grandes merecimientos de este docto rey para con la literatura de su patria; han sido puestas de relieve con gran diligencia por literatos, ya españoles, ya extranjeros, las numerosas obras propias de él y las que se hicieron por su mandato ó bajo su dirección

(1) Fuera de este poema español y del escocés, citado por Weber, y al cual considera éste también como una imitación del francés, no he hallado en ningún otro idioma neo-europeo versión alguna sobre este asunto, por lo menos citada con este nombre.

y con su cooperación (1). Puedo, por lo tanto, limitarme aquí á mencionar su inmediato influjo sobre el desenvolvimiento de la poesía artística española.

Alfonso se ensayó como poeta en la lírica y en la didáctica. Entonces estaba la lengua castellana todavía casi sin formarse para la expresión lírica; pues si hubiera cumplido algo en este respecto la poesía popular, habría Alfonso creído ciertamente que debía imitarla. Era, por el contrario, la poesía provenzal, introducida en Portugal por Enrique de Borgoña (2), la dominante en este tiempo en toda la parte occidental de la Península, como antes lo había sido en las fronteras orientales y en Aragón, por lo cual el romance gallego, lo mismo que el lemosín-catalán (ambos más emparentados con el provenzal que el cas-

(1) Bouterwek cita tan sólo algunas de ellas, y no bien; pues es erróneo el dato de que tradujera la Biblia al castellano é hiciera que le añadiesen una *paráfrasis de las historias bíblicas*. Tan sólo esta última, emprendida bajo su mandato, y como *principio de una historia general*, existe en manuscrito. Los traductores españoles de Bouterwek han dado (pág. 122) una noticia más completa y exacta. Compárese además, fuera de los conocidos y más antiguos escritos de Nicolás Antonio, Mondéjar, José Vargas, Ponce, etc., á Sánchez (l. c., tomo I, páginas 148-170); Rodríguez de Carte (*Biblioteca esp.*, tomo II, páginas 625-689); Mendivil y Silvela (*Biblioteca selecta de lit. esp.*, tomo IV, páginas 615-624); *Ocios de españoles emigrados* (tomo V, páginas 84-94); *Repertorio americano*, (Londres, 1827, 8, tomo III, pág. 67 y siguientes), y Clarus, I, 335 y siguientes (a).

(2) Esta afirmación histórica es enteramente arbitraria. Poco ó nada se sabe de positivo sobre los más remotos orígenes de la escuela poética de Galicia, pero más verosímil parece que la difusión de la lírica provenzal se debiese en primer término á la gran corriente de la peregrinación á Santiago.—(M. M. y P.)

(a) No enteramente erróneo el dato relativo á la traducción de la Biblia por mandato del Rey Sabio. Realmente la mayor parte del texto bíblico figura en la *Grande et General Estoria*, y de seguro estaría lo demás si esta compilación histórica se hubiese acabado ó hubiese llegado íntegra á nuestros días.

Por lo demás, el estudio crítico de las obras del Rey Sabio se ha renovado por completo desde la fecha de este libro de Wolf, merced en primer término á los trabajos de Amador de los Ríos (tomo 3.º de su *Historia Crítica de la Literatura Española*), y á las sucesivas publicaciones de los *Libros del saber de Astronomía*, por la Academia de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales, de las *Cantigas de Santa María*, por la Academia Española, y otras varias, sin olvidar la importante monografía de D. Juan Facundo Riaño, acerca del texto y fuentes de la *Crónica General*.—(M. M. y P.)

tellano), estaba más formado, sobre todo para las manifestaciones de la lírica, elemento propio de la poesía provenzal. Pero Galicia estaba hacía algún tiempo unida en un todo político con Castilla. Si se tienen á la vista estas relaciones, ha de ser menos chocante el fenómeno de que los mismos poetas castellanos de aquel tiempo compusieran sus poemas líricos en el dialecto gallego (1). De hecho los poemas líricos, de los que se puede decir con seguridad que fueron compuestos por Alfonso mismo, están escritos en dialecto gallego (2).

Con mucho, sería más importante para la historia de la poesía castellana otra obra de esta especie, conocida bajo el título

(1) Así me parece, por lo menos, que hay que explicar el pasaje de la famosa carta del marqués de Santillana (en Sánchez, l. c., tomo I, página LVII), en que da noticia de la poesía castellana; y después que ha enumerado los poemas *épicos* y *didácticos* en dialecto *castellano*, continúa así: «E despues fallaron esta arte que mayor se llama, é el *arte comun*, creo, en los Reynos de Galicia é Portugal; donde non es de dubdar que el exercicio destas sciencias mas que en ningunas otras regiones ni provincias de la España se acostumbrió; en tanto grado que non *ha mucho tiempo* qualesquier *decidores* ó *trovadores* destas partes, agora *fuesen Castellanos Andaluces, de la Extremadura, todas sus obras componian en lengua Gallega ó Portuguesa.*» Se deducirá la consecuencia que adoptamos, sobre todo, si se compara con este texto lo que sigue, en que habla de los poetas gallegos, portugueses y castellanos de Alfonso el Sabio, que eran, en general, poetas *líricos* al gusto de los trovadores, mientras que ha nombrado al arci-preste de Hita y á Ayala (del siglo XIV ó XV) junto al *Libro de Alexandre* y á los *Votos del Pavón* (del siglo XIII). Así parece arreglarse del mejor modo la disputa entre Sánchez y Sarmiento acerca de cuál es más antigua, si la poesía castellana ó la gallega. (V. Sánchez, l. c., p. 132 sig., y página 192 sig.) Compárese también lo que dice Bellermann: *Die alten Liederbücher der Portugiesen* (Berlín, 1840, 4) y mis observaciones sobre este punto (que aquí volverán á ser reimpresas); de donde resulta que Alfonso, como poeta *lírico*, perteneció más, sin duda alguna, á la poesía cortesana galaico-portuguesa, pero que puede también ser considerado como precursor de la galaico-castellana.

(2) Es, á saber, sus *Cantigas*, que Nicolás Antonio cita bajo el título *De los loores y milagros de Nuestra Señora*. (Biblioth. vet. II, 80, nota.) Se han conservado varios manuscritos de ellas. (V. Rodríguez de Castro, l. c., pág. 631 sig., donde se dan muestras de ellas, así como en Papebroch: *Acta vitae S. Ferdinandi*. Antverpiae, 1684, 4, pág. 321 sgg.; Terreros y Pando: *Paleografía esp.*, p. 72 sig.; Ortíz de Zúñiga: *Anales de Sevilla*, pá-

de *El Libro de las querellas* (1), y de la cual se tiene comúnmente por autor al mismo Alfonso, si se hubieran conservado de ella más que dos octavas, y si se hallara para atribuirle á Alfonso una fuente más positiva que la vaga noticia de D. José Pelli- cer (en su *Información de la casa de Sarmiento*, hoja 22) á que no hacen más que suscribir los demás.

Estas elegías del viejo y abandonado Rey sobre la infideli- dad de sus vasallos, están en lengua castellana y escritas en aquella versificación que los españoles llaman «coplas de arte mayor». Pero precisamente la intrínseca excelencia del len- guaje y de la versificación, el que ésta se halle en estrofas y versos que con toda certeza se desarrollaron en época posterior, y la gran diferencia entre este y otros poemas que provienen sin duda alguna de aquel tiempo, hacen muy sospechosa la su- posición de que sea su autor Alfonso (2) y nos obligan más bien á suponer que son una fabricación del siglo xv.

Con no mucha mayor probabilidad se atribuye á este rey

gina 36 sig. y 116 sig., y Argote de Molina: *Nobleza de Andalucía*; Sevilla, 1588, hoja 151 sig.) En la traducción española de Bouterwek (grabado 2) hay un facsímile del códice toledano de estas *Cantigas*. Que Alfonso hu- biera compuesto antes otros poemas, y poemas *profanos*, es cosa que resulta de un pasaje del prólogo á las *Cantigas*, pasaje en que dice:

«..... é ar
 Querreime leixar de trobar desi
 Por outra dona, é cuid' á cobrar
 Por esta quant' en as outras perdí.»

(1) Quintana (*Poesías selectas castellanas*. Introducción, p. xxv) dice respecto á éste en comparación con otros poemas del mismo tiempo: «Pa- rece que hay la diferencia de un siglo entre versos y versos, entre lengua y lengua, y lo más raro es que para encontrar coplas de arte mayor que tengan igual mérito, así en la dicción como en la cadencia, es preciso sal- tar casi otros dos siglos, y buscarlas en Juan de Mena.» En casi todas las colecciones de poemas españoles se hallan impresas las dos estrofas, úni- cas conocidas, de este poema.

(2) Editado completo por primera vez por Sánchez (l. c., tomo 1, pá- ginas 152-159) y después de éste en la *Biblioteca castellana*, de Schubert, tomo 1, páginas LVII-LXIII, y también en la traducción española de Bou- terwek, páginas 124-129.

un poema didáctico acerca del arte de hacer oro, bajo el título de *Libro del Tesoro ó del Candado* (1). Está igualmente en dialecto castellano, en parte en la misma versificación que el precedente, y en parte en versos octosílabos. Es obra conocida ya y juzgada por Bouterwek (2).

De todo lo dicho hasta aquí se deduce que la influencia *inmediata* de Alfonso sobre el desenvolvimiento de la poesía castellana ejercida por sus propias poesías no se ha de llevar demasiado lejos; pero que, á pesar de esto, es muy verosímil haya que reservarle el mérito de haber enriquecido el arte poética castellana y preparado su aptitud para la expresión lírica mediante la introducción, y el empleo definido y regular de los versos *cortos* de la poesía popular y erudita junto á los pesados alejandrinos, hasta entonces casi dominantes (3). Sobre todo se le juzgará atinadamente como poeta y se le pondrá en su verdadero lugar en relación con el arte poética de Castilla, cuando se le considere como precursor de aquel período en que, bajo D. Juan II, llegó á predominar en Castilla la poesía cortesana provenzal, poesía para la cual él, fuera de las relaciones de lugar y tiempo arriba indicadas, debía mostrar una

(1) Es muy dudoso que haya existido nunca *El Libro de las querellas*, no mencionado jamás por ningún escritor de los tiempos medios. En cuanto á las dos octavas de arte mayor citadas por Pellicer, manifiestamente son apócrifas, como lo prueban su lenguaje y versificación. Y quizá se falsificaron más tarde de lo que Wolf supone, y sean una de las innumerables invenciones del mismo Pellicer.—(M. M. y P.)

(2) Amador de los Ríos, que todavía defendió la autenticidad de las *Querellas*, demostró en cambio ampliamente el carácter apócrifo del *Libro del Tesoro*. Véase uno de los apéndices del tomo 3.º de su *Historia Crítica*.—(M. M. y P.)

(3) Comp. Martínez de la Rosa, *Obras literarias*, tomo 1, páginas 162-163. En el artículo de la *Enciclopedia* de Ersch-Gauber dedicado á este rey, se le llama equivocadamente «el primer poeta en lengua castellana». Se le atribuye además el *Poema de Alejandro*, etc., así como la parte de este artículo que trata de la actividad literaria de Alfonso está hecha con medios antiguos y faltos de toda crítica. Es, por lo tanto, casi inútil tal artículo.

singular preferencia por su elevada posición, y, por lo tanto, no sólo procuró aclimatarla en su patria con sus propios cantos en habla gallega, sino que también se esforzó en ello llamando á su corte y favoreciendo con empeño á los trovadores, razón por la cual fué festejado muchas veces por éstos como uno de sus principales protectores (1). Hallaron, sin embargo, poco reconocimiento y poca imitación en aquel tiempo en Castilla estos esfuerzos y aun el ejemplo del rey, y corrió todavía un siglo hasta que la dirección lírica según el modelo de la poesía cortesana provenzal, llegó á ser allí predominante; en parte, por estar aún poco preparado el lenguaje castellano, y los poetas de este círculo obligados por la necesidad á servirse durante largo tiempo todavía de un dialecto extraño, quedando, por lo tanto, sus cantos como algo extraño al pueblo, cosa que además hería el celoso orgullo de los castellanos que estaban políticamente más altos que los gallegos; y en parte, porque esta dirección no había hallado aún un punto medio ó foco, ni en el sobresaliente genio de un individuo ni en el ejemplo, que diera el tono, de una corte brillante, pues ni como poeta ni como rey valía en este respecto Alfonso (2). Pero en otro

(1) Comp. Sánchez, l. c., páginas 168-170. Diez: *Die Poesie der Troubadours* páginas 61 y 75, sig. y su *Leben und Werke des Troubadours*, Zuvickan 1829, 8, páginas 331, 482, 518, 572, 581 y 591.—Ticknor, 1, 39.

(2) Se pueden, por lo descubrir, señalar en Alfonso los primeros acentos de aquel arte y poesía cortesana líricas que se desarrollaron más tarde, pero no se le puede tomar por un poeta, por cuya eficacia se hubiera fundado una *nueva época*. Tampoco se puede aceptar la división de Maury, que cierra con Alfonso la primera época de la más antigua poesía castellana (*Espagne poétique*, París, 1826, tomo 1, páginas 49-50) puesto que el espíritu de la misma siguió esencialmente el mismo hasta los tiempos de Juan II, si bien ya antes algunos ensayos aislados habían preparado y anunciado la renovación de este tiempo. Los traductores españoles de Bouterwek procuran contradecir en una nota (3) la afirmación de este último de que «la historia de la poesía española (mejor, castellana) fué pobre en nombres de poetas hasta fines del siglo XIV», nota en que ellos cuentan los trovadores catalanes y aragoneses que florecieron en el siglo XIII, sólo que en una historia de la poesía castellana tan sólo puede hablarse de

respecto parece haber obtenido éxito el ejemplo de este rey, en cuanto desde este tiempo los reyes castellanos, los príncipes de sangre real y los grandes del reino no consideraron como indigno de ellos el ensayarse como escritores y se presentaron abiertamente como poetas. Ya el hijo é inmediato sucesor de Alfonso, el belicoso Sancho IV el Bravo, que fue en otras cosas completa antítesis de su padre y su más acérrimo enemigo le imitó en esto, ensayándose también como escritor.

Concluyó en el año 1293 (era de 1331), es decir, dos años antes de su muerte, una obra filosófico-moral, que contenía, en cuarenta y nueve capítulos, reglas de vida para su hijo el rey Fernando IV *el Emplazado* (1). Al hijo de este último, Alfonso XI *el Bueno*, se le tiene generalmente por autor de una crónica rimada en lengua española, y aunque esta suposición sea muy dudosa (2), le corresponde indisputablemente

éstos en cuanto ejercieran algún influjo mediato sobre su formación, cosa que se muestra por primera vez en toda su fuerza en los tiempos de don Juan II (a). Así es que considero como más acertado diferir la mención de estos poetas, pasados totalmente en silencio por Bouterwek, hasta la introducción á la segunda época.

(1) Véase Rodríguez de Castro, *Bibliot. Esp.*, t. II, páginas 725-729. Esta obra, que no existe más que manuscrita (b) tiene por título: *Castigos para bien vivir ó documentos que dió el Rey D. Sancho el Bravo á su hijo el Rey don Fernando el IV.*—Castro, en la obra primeramente citada, ha presentado el contenido de todo un capítulo, según un manuscrito de la Biblioteca de El Escorial, y otro capítulo entero como prueba. La juzga así: «Es obra de filosofía moral: está escrita en estilo sencillo, y confirmada toda su doctrina con textos de la Sagrada Escritura y autoridades de los Santos Padres y Doctores de la Iglesia y las de filósofos antiguos.»

(2) Comp. Sánchez, l. c., t. I, páginas 171-177, que, con mejor crítica que Nicolás Antonio y Sarmiento, hace muy verosímil el origen de esta falsa suposición. En él, lo mismo que en la *Biblioteca castellana* de Schubert

(a) Conocido el *Cancionero de Baena*, hay que adelantar algo este desarrollo de la poesía cortesana de los trovadores castellanos que realmente coincide con el advenimiento de la casa de Trastámara.—(M. M. y P.)

(b) El libro de los *Castigos y Documentos* ha sido publicado por D. Pascual de Gayangos en el tomo de *Escritores en prosa anteriores al siglo XV* de la *Biblioteca de AA. Españoles.*—(M. M. y P.)

el mérito de haber dado ocasión á que se compusieran muchas obras en lengua castellana, contribuyendo de este modo al cultivo de su idioma patrio. También aquel *Juan de la Cerda*, á quien el marqués de Santillana, en su famosa carta cita, en primer lugar, entre los poetas castellanos que siguieron á Alfonso el Sabio, podía muy bien ser, según la probable opinión de Sánchez (l. c., tomo I, páginas 177-178), un descendiente de este rey por medio de su hijo mayor, D. Fernando de la Cerda, y haber vivido á mediados del siglo XIV, si bien no se halla en ninguna otra parte noticia acerca de él. Pero quien sobresalió con mucho sobre todos por su actividad como escritor y por su influjo literario, fué el infante D. Juan Manuel (muerto en 1347) descendiente también de Fernando III (el Santo) de Castilla. Por desgracia, la prensa no nos ha dado á conocer más que una obra suya, no impresa hasta mediados del siglo XVI, pero en la biografía de este príncipe, que precede á esta su obra, nos da su editor, el docto historiador y conocido también como poeta, Argote de Molina, noticia de las restantes y numerosas obras del mismo infante, ya en prosa, ya en verso. Hay que deplorar el que documentos tan preciosos para la historia de las costumbres y de la literatura en España, sigan siendo un tesoro cerrado, lo mismo que otros muchos, por una inconcebible incuria, y que acaso muchos otros se hayan perdido por completo. Esta, hasta hoy

(t. I, pág. LXVIII-LXXIII), y en la traducción española de Bouterwek están impresas las treinta y cuatro redondillas que contienen la descripción de una victoria obtenida por las tropas de Alfonso XI sobre los moros, redondillas sólo por estas impresiones conocidas é insertas primeramente por Argote de Molina en su *Nobleza de Andalucía* (lib. II, cap. 74).—Sánchez las considera compuestas antes del siglo XV, y tan sólo por esta circunstancia muy dignas de atención. Amador de los Ríos, en sus *Estudios históricos, polít. y lit. sobre los judíos de España* (Madrid, 1848, 8.º, pág. 50), cita como autor de esta crónica rimada á *Rodrigo Yáñez*. Acerca de las obras en prosa compuestas por orden de Alfonso XI, v. Bouterwek (a).

(a) Las redondillas á que se alude, publicadas por Argote de Molina, forman parte del *Poema ó Crónica privada*, de Alfonso XI, escrita por Rodrigo Yáñez, (si es que no la tradujo del gallego), publicada en 1865 por D. Florencio Janer.—(M. M. y P.)

única obra (1) dada á conocer, es el *Conde Lucanor* (2). Bouter-

(1) Sevilla, 1575, y Madrid, 1642, 4. Ambas ediciones pertenecen, aun en la misma España, á las mayores rarezas. Recientemente han aparecido reimpressiones de ellas en Suttgart, 1839, 8, por A. de Keller; y en Barcelona, 1853, 8 (como parte del *Tesoro de autores ilustres*), editada por Milá y Fontanals. Las dos son reimpressiones de la primera edición, pero sólo la de Barcelona contiene los dos tratados de Argote de Molina («sobre la poesía castellana» y «Sucesión de la casa de los Manueles»), y además de esto, y el ya citado fragmento de la crónica rimada de Alfonso XI y una muy buena introducción á la vida y obras del infante, redactada conforme á las más recientes investigaciones. También poseemos traducciones completas del conde Lucanor, una alemana por el barón de Eichendorff (Berlín, 1840, 8), y otra francesa de Puibusque (París, 1854, 8). Esta última está hecha sobre el manuscrito de Madrid, da los capítulos en su orden primitivo y uno más que la impresión antigua (impresión también según el original recién hallado en el manuscrito de Madrid), juntamente con una introducción que contiene una circunstanciada biografía del príncip- y un tratado *Sur l'introduction de l'apologue d'Orient en Occident*, y con notas históricas y literarias á cada uno de los relatos y algunas disertaciones al final.—Comp. acerca de esto el notable ensayo de Lemcke en las *Blätt. f. lit. Unterhalt*, 1857, W.º, 16, y el del señor profesor Benfey en la *Götting Anzeig*, 1858, gt. 32, con ajustadas observaciones acerca de las fuentes del conde Lucanor. Mucho más completas que las indicaciones dadas por Puibusque acerca de las fuentes é imitaciones de los apólogos en el conde Lucanor, son las de Félix Liebrecht (primero en el *Neuen Jahrb. d. Berlin. Gesellschaft f. Deutsch. Spr.*, Berlín, 1850. Bd. VIII, páginas 196-200 y después en su traducción de Dunlop, pág. 501, nota 383, pág. 543 y siguientes).—Noticias bibliográficas acerca de las obras del infante se hallarán en Ticknor y sus traductores españoles (I, pág. 55 y siguientes, y II, pág. 667 sig.) Comp. también el análisis del contenido del conde Lucanor en Clarus, I, páginas 357-397; y Roscoe *The Spanish Novelists* (London, 1832, 8, vol. I, pág. 3 y siguientes). El conde Lucanor lleva también en el manuscrito el título de *Libro de Patronio*, tomado de otro personaje de él, el consejero del conde Lucanor, que es quien interrogado por éste le cuenta todas las historias, fábulas, etc., y que acaso es idéntico al que aparece como compañero del infante en el manuscrito del *Libro de los Exemplos*. Los traductores españoles de Ticknor (II, 670-673), citan con esta ocasión un manuscrito hallado por ellos, el *Libro de los Exemplos ó de los gatos*, de principios del siglo XV á juzgar por su escritura, pero por el lenguaje aún más antiguo, y presentan una prueba de ello (que contiene una versión del conocido cuento *Las Cornejas*, en Grimm, 107, y en Wuk Steph. Karaschitsch, *Cuentos populares de los serbios*, núm. 16), que hace muy de desear el que se edite esta notable colección de apólogos.

(2) Casi inútil parece advertir que hoy afortunadamente conocemos y

wek ha desconocido por completo el carácter y la relación de este libro con la literatura nacional y las demás literaturas coetáneas. Pues dice: «No se debía esperar en un libro español del siglo XIV un tan sano entendimiento práctico, una dignidad de carácter tan poco presuntuosa, vestidos con una forma tan sencilla, aunque anticuada, pero después de todo, no desprovista de ingenio... Pero no se halla ni rastro de novelesca exaltación en el conde Lucanor. En todos sus rasgos denuncia el libro al caballero hombre de mundo y al conocedor de las gentes, sin ensueños de ninguna clase.» Con este último juicio estoy conforme, pero la expresión, «forma anticuada», no tiene valor alguno en ningún respecto, puesto que con ella se designa de un modo totalmente erróneo el origen de esta obra y su enlace con la dirección de su tiempo. Se acercó más al verdadero punto de vista Sismondi cuando puso en parangón al *Conde Lucanor* con el *Decamerón*, si bien no puso en claro el común origen de ambas obras, y su aparición, casi coetánea, como expresión de una dirección del tiempo, expresada con toda fijeza. Me refiero, al decir esto, á aquella introducción y aceptación general de la materia y la forma orientales en las literaturas del Occidente. Pues ya hacía un par de siglos que estaba en uso aquella forma oriental, una serie de apólogos, cuentos y relatos, y que se utilizaba para revestir las reglas de la sabiduría ó de la prudencia, forma que por mediación de las lenguas del Asia Menor, y de la griega y la latina, se había abierto camino á Europa desde su tierra natal, la India (*Pan-*

tenemos impresos la mayor parte de los libros de D. Juan Manuel. En el tomo de *Escritores en prosa anteriores al siglo XV*, de la Biblioteca de Rivadeneyra, dió á conocer D. Pascual de Gayangos *El Libro del Caballero y el Escudero*, *El Libro de los Estados*, *El Libro Infinito ó Libro del Infante*, el *Libro de las tres razones*, el *de la Asunción de Nuestra Señora*, y completó además el texto de *El Conde Lucanor* con las partes 2.^a, 3.^a y 4.^a El *Libro de la Caza*, omitido en esta edición, ha sido impreso después por D. José Gutiérrez de la Vega en su *Biblioteca Senatoria*, y con más corrección por S. Baist. Grä-Hemberg ha hecho una nueva edición crítica de *El Caballero y el Escudero*.—(M. M. y P.)

chatantra, Sendebār) (1). Las cruzadas habían contribuido, como es natural, á su mayor difusión en los idiomas patrios, y vemos alguno de estos cuentos ó fábulas, aprovechados é imitados á menudo por los troveros.

Ya á principios del siglo XII escribió un judío converso español (*Petrus Alphonsi, Disciplina clericalis*, 1106), una colección semejante, en cuanto al contenido y á la forma, según el modelo oriental (de inmediato origen arábigo, obra que quizá un siglo más tarde fué traducida por segunda vez en francés del Norte (*Le Castoiment d'un père à son fils*). En el siglo XIV se hizo á menudo uso en el púlpito de este modo de enseñar, y para ayuda de ello surgieron colecciones apropiadas en lengua latina (una de las más antiguas es la *Gesta romanorum*). Era, pues, una acción natural del gusto del tiempo expresado de ese modo concreto, y la satisfacción de una necesidad natural, el que ya en el mismo siglo, unos después de otros, con corto intervalo, y en los diferentes países, se ejercitaran en esta forma de apólogo oriental hombres de espíritu y de talento, cultivándola en sus idiomas patrios para la consecución de fines morales y políticos. Pero más tarde sirvió de puro solaz y á menudo de frívolo pasatiempo de los ociosos. De este modo adquirió arraigo en la literatura occidental un género de instructivo entretenimiento, que tanta afición ha despertado hasta el mismo día de hoy. Este me parece ser el común origen del *Conde Lucanor*, del *Decamerone* y de los *Canterbury tales*. La numerosa serie de imitaciones en todas las lenguas de la Europa culta, entre las cuales imitaciones han alcanzado renombre y perma-

(1) Comp. Hüllmann: *Städtewesen des Mittelalters*, parte IV, páginas 185-221.—Görres: *Die deutschen Volksbücher*, pág. 154 y siguientes.—Weber: *Metrical Romances*, Edinburgh, 1810, 8, vol. I. Introduction, pág. LVII.—Ellis: *Specimens of early engl. metrical Romances*, London, [1811, 8, vol. III, pág. 3 y siguientes.—*Göttinger Anz.*, 1830, Sb., 170-172, pág. 1700 y siguientes, y 1843, Sb., 73-77.—Loiseleur de Longchamps: *Essai sur les fables indiennes* (París, 1838, 8).—Se espera una obra muy comprensiva acerca de este asunto del prof. Benfey.—Comp. Du Méril: *Poésies inédites du moyen-âge précédées d'une histoire de la fable ésoopique* (París, 1854).

nente aprecio las de Boccacio y Chaucer, muestran con cuánto aplauso y éxito fueron acogidas y cuánto influyeron estas obras. Me parece que el *Conde Lucanor* es un libro no menos digno de atención en lo que respecta á la historia de la literatura que el *Decamerón* y los *Canterbury tales*, y que será apreciado en lo debido si se le considera respecto á su origen y á sus relaciones con las demás obras de esta forma. Es innegable que por la seriedad y dignidad de la exposición, por la subordinación del todo al fin principal de la enseñanza y el adorno del entendimiento también á este fin enderezado, por su sentido sentencioso y la tendencia estrechamente moral, se atiene muy de cerca á los modelos orientales, y singularmente á las ya en época muy temprana traducidas al español, *Fábulas de Bidpai* (*Hitopadesa*) (1).

(1) Véase Sarmiento: *Memor. para la hist. de la Poesía y Poetas Esp.*, pág. 339 y sig.—D. A. Pellicer: *Ensayo de una Bibliot. de Traduct. Esp.* Madrid, 1778, 4.º, pág. 156 y sig., y Rodr. de Castro, *Biblioteca Esp.*, tomo I, páginas 636-638.

FERNANDO WOLF.

(Se continuará.)

OBRAS NUEVAS

- Discursos de recepción y de contestación leídos ante la Academia de Ciencias Morales y Políticas. Tomos v y vi. En 4.º mayor, 619 y 699 páginas.—Cada tomo 8 pesetas.—Contiene: Discursos de los señores siguientes. Tomo v. Don Alejandro Pidal y Mon, Francisco Silvela, Eugenio Montero Ríos, Raimundo Fernández Villaverde, Joaquín Sánchez de Toca, Aureliano Linares Rivas, y José Salamero y Martínez. Tomo vi. D. Gumersindo de Azcárate, Marcelino Menéndez y Pelayo, Marqués de la Fuensanta del Valle, Antonio de Mena y Zorrilla, Vicente Santamaría de Paredes, Conde de Tejada de Valdosera y Eduardo Sanz y Escartín.
- Actas del Congreso internacional de americanistas, Novena reunión. Tomo i. En 4.º, 463 páginas.—14 pesetas.
- Aguilar (P. M.)—Vida admirable del siervo de Dios P. Antonio María Claret, 2 tomos. En 4.º, viii-639 y 587 páginas. Retratos y láminas. Tela.—12,50 pesetas.
- Albanell y Vilas (J.)—La roseta de Valldaura. Novela original de D. Joaquín Albanell y Vilas; ilustrada por Manuel Puig y Genis. En 8.º, 178 páginas.—2 pesetas.
- Almanach de la «Esquella de Torratxa» para l'any 1895. En 4.º, 192 páginas.—1 peseta.
- Almanaque Bailly-Baillièrè para 1895. En 8.º, 408 páginas, grabados y 12 mapas.—1,50 pesetas.
- Almanaque Bastinos para 1895. En 4.º, 80 páginas.—No se vende.

- Almanaque sud-americano para el año 1895. En 4.º, 266 páginas.—2,50 pesetas.
- Alonso de Villapadierna (S.)—Discurso leído en la Real Academia de Jurisprudencia y Legislación. En 4.º, 75 páginas.
- Altamira (R.)—La enseñanza de la historia. Segunda edición, corregida y considerablemente aumentada. En 8.º, XII-479 páginas.—5 pesetas.
- Andrade (B. M.)—Carácter y vida íntima de los principales pelotaris. En 8.º, 62 páginas 1,50 pesetas.
- Aramburo y Machado (M.)—Estudio de las causas que determinan, modifican y extinguen la capacidad civil según la filosofía del derecho, la historia de la legislación y el derecho vigente en España. En 4.º, XXII-473 páginas.—7 pesetas.
- Acta de la sesión pública celebrada en el Ateneo Barcelonés el día 24 de Noviembre de 1894. En 4.º, 45 páginas.
- Balius (J.)—Fabricación de las cervezas y gaseosas consideradas como industria lucrativa. En 4.º, 184 páginas con varios grabados.—3 pesetas.
- Ballesteros (C.)—Páginas de gloria: poema histórico. En 8.º, 31 páginas.—2 pesetas.
- Brunet y Bellet (J.)—Erros historichs. IV. Els Gregs, els Etruscos, el vidre, els llamps, porque es diu llengua d'oc?, la gorra catalana. En 4.º mayor, VIII-537 páginas con grabados.—15 pesetas.
- Calendario matritense para 1895. En 8.º, 165 páginas.—1 peseta.
- Calendario y guía de Madrid. En 12.º, 96 páginas.—0,25 pesetas.
- Calvo Camina (P.)—La instancia única en lo civil y la organización de tribunales. En 4.º, VI-146 páginas.—4 pesetas.
- Canalejas y Méndez (L.)—Discurso leído en la Real Academia de Jurisprudencia y Legislación. En 4.º, 98 páginas.
- Capelo (J.)—Estudios filosóficos. Materia y espíritu. En 8.º, 121 páginas.—1,50 pesetas.
- Cardenillo.—El melonar de la villa. En 12.º, 58 páginas.—1 peseta.
- Carrasco y Sanz (A.)—Santa Bárbara bendita. En 4.º, 26 páginas.
- Cebreros (R.)—Pensamientos. En 8.º, 230 páginas.—3 pesetas.
- Coroleu (J.)—América. Historia de su colonización, dominación é independencia. Tomo I. En 4.º mayor, 373 páginas con varios grabados.
- Cos (José María de.)—Carta pastoral del Excmo. é Ilmo. señor Arzobispo-Obispo de Madrid-Alcalá, con motivo de la pretendida consagración episcopal de un ministro protestante. En 4.º, 16 páginas.

- Curriols (F. N.)—Tesoro epigramático; novísima recopilación de epigramas y otras composiciones cortas del género festivo, tomadas de nuestros más distinguidos poetas. En 4.º, 623 páginas. En tela, 10 pesetas.
- Chaves (M.)—Páginas sevillanas. En 8.º, 351 páginas.—3 pesetas.
- Dema Soler (A.) y Morales Aguilera (J.)—Descripción del fusil Maüßer español, modelo 1893. En 8.º, 104 páginas.—2 pesetas.
- Demófilo.—Nuevos evangelios. ¿Qué es el socialismo? En 12.º, 60 páginas.—25 céntimos.
- Estadística de la administración de justicia en lo civil, durante el año 1893, en la Península é islas adyacentes. En fol., VIII-319 páginas.—3,50 pesetas.
- Estadística de la administración de justicia en lo criminal, durante el año 1893, en la Península é islas adyacentes. En 4.º mayor, VI-171 páginas.—3,50 pesetas.
- Font y Sagué (N.)—Estudi sobre l regionalisme. En 4.º, VIII-168 páginas.—2 pesetas.
- El Aspirante á oficial del Cuerpo pericial de contabilidad. Contestación á las preguntas del programa. En 4.º, 99 páginas. 4 pesetas.
- García Avellano (N.)—Educación de la niñez. En 12.º, 80 páginas.
- García Hernández (A.)—Discurso leído en la Universidad de Zaragoza. En 4.º, 33 páginas.—Tema: El Teorema de M. Fourier como base de la acústica, de la audición y de la música.
- González Domingo (C.)—Discurso. En fol., 51 páginas.—Tema: Influencia del desarrollo científico en el elemento sentimental del hombre.
- González Tanago y García (M.) y Riva y Perea (F. de).—La sueroterapia en la difteria. En 8.º, 210 páginas.—3 pesetas.
- Gorostola Prado (L.)—Escalas graduales de penas, á partir de cada una de las que señala el Código penal vigente. En 4.º, 131 páginas.
- Heine (E.)—Heineanas; poesías de Enrique Heine, traducidas en verso castellano por Efraim Vázquez Guarda. Santiago de Chile. Impenta de la Nueva República, 1894. En 12.º, 61 páginas.—1,50 pesetas.
- Kneipp (S.)—Almanaque para 1895. En 8.º, 248 páginas.—1 peseta.
- El Cuidado de los niños. Avisos y consejos para tratarlos en el estado de salud y en las enfermedades, por Mons. Sebastián Kneipp. En 8.º, VII-213 páginas.—4 pesetas.
- Larra (L. de) y Gullón (M.)—Los Dineros del sacristán...; zarzuela cómica. En 8.º, 46 páginas.—1 peseta.
- Lefèvre (C.)—Guía del pintor

- colorista. En 8.º mayor, 55 páginas.—1 peseta.
- León (N).—El Escolar naturalista. En 8.º, 46 páginas.—2 pesetas.
- Levi (J.).—Arte de hacer fortuna. En 8.º, 160 páginas.—2 pesetas.
- Lombroso (C.).—Los Últimos progresos de la antropología criminal. En 8.º—3 pesetas.—Colección de libros escogidos. Tomo cxxxv.
- López (S. El Doctor paletilla; juguete cómico-lírico. En 8.º, 33 páginas.—1 peseta.
- Martínez Angel (M.) y Oyuelos y Pérez (R.).—Legislación de construcciones. Tratado de arquitectura legal. En 4.º, 2 tomos, xvi-661 y 709 páginas. 20 pesetas.
- Martínez Vigil (R.).—Oración fúnebre del Emmo. Sr. D. Fray Zeferino González. En 4.º, 24 páginas.
- Merico (G.).—El Muñeco; bufonada lírico fantástica. En 8.º, 35 páginas.—1 peseta.
- La del capotín ó con las manos en la masa; humorada en un acto. En 8.º, 30 páginas.—1 peseta. — Galería dramática de Fiscowich.
- Mestres (A.).—Epigramas (catalanes).—En 8.º, 63 páginas, dibujos del mismo autor.—1 peseta.
- Miranda y Ramos (M. L.).—¡El mejor regalo...; monólogo. En 8.º, 20 páginas.—1 peseta.
- Molins (A. E. de).—Diccionario biográfico y bibliográfico de escritores y artistas catalanes del siglo xix. Cuadernos 42 y 43.—En 4.º, á dos columnas. (Tomo II, páginas 605 á 668.)—Cada cuaderno 1 peseta.
- Monasterio (R.).—Olivilla; juguete en un acto. En 8.º, 30 páginas.—1 peseta.
- Murillo (F.).—Curación de la difteria. Fundamentos de la seroterapia y guía práctico para su aplicación. En 8.º, VIII-99 páginas.—2 pesetas.
- Navarro (C.).—Calma chicha; juguete lírico en un acto y en verso. En 8.º, 27 páginas.—1 peseta.
- Navidad de 1894. Barcelona. Círculo Artístico de San Lucas. En folio mayor, 24 páginas.—3,50 pesetas.
- Nieto Aguilar (J.).—Mindanao, su historia y geografía. En 4.º, VIII-153 páginas y un plano.—4 pesetas en Madrid y 4,50 en provincias.
- Observaciones meteorológicas efectuadas en el Observatorio de Madrid durante los años 1892 y 1893. En 8.º mayor, XXII-514 páginas.
- Ochoa (S. de).—Tierra de Segovia. En 8.º, VIII-197 páginas.—2,50 pesetas.
- Ots y Esquerdo (V.).—El cerebro; obra premiada por la Real Academia de Medicina de Madrid. En 8.º, 256 páginas.—3,50 pesetas.

- Pedregal Prida (F.) — La educación gimnástica. En 4.º, VIII-379 páginas.—6 pesetas.
- Pedrell (F.)—Diccionario técnico de la música. En 4.º, mayor, XIX-529 páginas, á dos columnas.—15 pesetas.
- Pérez Dindurra (E.)—Propiedad industrial. En 8.º, 96 páginas.—1 peseta.
- Poggio (S.)—La eventualidad de España en la próxima guerra naval en el Mediterráneo. En 4.º menor, 119 páginas.—2 pesetas.
- Taboada (L.) — Madrid alegre. En 8.º, 274 páginas.—3 pesetas.
- Tcheng-ki-Tong. — La China contemporánea. En 8.º, 312 páginas.—3 pesetas.—Colección de libros escogidos. Tomo 134.
- Torrents y Monner (A.)—Agenda de administración municipal y general. En 4.º, 184 páginas. En tela.—2 pesetas.
- Vázquez (A. C.)—Enriqueta Faber; ensayo de novela histórica. En 4.º, 264 páginas.—5 pesetas.
- Vázquez Prada (M.) — Ecuaciones. En 8.º—3 pesetas.
- Obras escogidas de Ventura de la Vega. Tomo 1. En 4.º, 344 páginas, edición ilustrada.—5 pesetas.
- Vinyals (F.)—Paca la florera, lío madrileño. En 8.º, 75 páginas.—1 peseta.

INDICE

	<u>Págs.</u>
<i>El Japón y las Islas Filipinas</i> , por S. Moret y Prendergast.....	5
<i>En torno al casticismo</i> , por Miguel de Unamuno.....	17
<i>Los Tres Arcos de Cirilo</i> , novela, (conclusión) por Emilia Pardo Bazán.....	41
<i>Goya</i> , (continuación), por Zeferino Araujo Sánchez.....	64
<i>Recuerdos</i> , por José Echegaray.....	91
<i>Crónica internacional</i> , por Emilio Castelar.....	104
<i>La Prensa internacional</i> , por el Licenciado Pero Pérez.....	121
<i>La Literatura castellana y portuguesa</i> , por Fernando Wolf, con prólogo y notas de M. Menéndez y Pelayo.....	175
<i>Obras nuevas</i>	203